

# ESCUCHÉ BUENAS NUEVAS HOY

Historias para niños

Cornelia Lehn

**HISTORIAS MISIONERAS  
PARA NIÑOS Y NO TAN NIÑOS  
A TRAVÉS DE LA HISTORIA**

Traducido por  
Mariana Carballo

2014

**Editado por  
Hermann Woelke  
2014**

**Título original en inglés:  
I Heard Good News Today  
Autor: Cornelia Lehn  
Publicado por “Faith and Life Press”  
Impreso por Mennonite Press, Inc 1983  
Traducido por Mariana Carballo**

## **ESCUCHÉ BUENAS NUEVAS HOY HISTORIAS PARA NIÑOS Y NO TAN NIÑOS**

Escritas por Cornelia Lehn.

Para sus hermanas, Tina, Helen y Sara.

### **Comentario**

En una sociedad con poca evidencia de una moral cristiana fuerte, historias para niños, que enfatizan buenos ejemplos de comportamiento, han sido cada vez más difíciles de encontrar. Ha sido un desafío para los mayores encontrar buenas historias de servicio y misión para contar a los niños. Algunas historias dignas podrían ser encontradas en libros que ya no se publican más; otras historias podrían estar en la memoria de las personas y necesitaban ser grabadas en forma impresa. A causa de repetidas demandas de historias de este tipo, Mujeres en Misión de la Conferencia General de la Iglesia Menonita (Women in Mission of the General Conference Mennonite) han encargado a Cornelia Lehn escribir este libro.

Cornelia es conocida por su amor hacia los niños y su don como maestra, escritora, y cuenta-historias. Sus libros previos God Keeps His Promises (Dios Cumple Sus Promesas) y Peace Be With You (La Paz Sea Contigo), han sido recursos valiosos para la iglesia.

Estamos agradecidos a Cornelia por grabar las experiencias de otros en un formato de historias muy interesantes en “Escuché Buenas nuevas Hoy”. Maestros, padres, y pastores disfrutarán en compartir estas historias con los niños en los cultos de adoración, en sus hogares, en la escuela dominical, y diariamente en la escuela bíblica de vacaciones. Creemos que el material será de inspiración a niños y adultos.

Confiamos en que este libro demostrará ser una herramienta útil a la hora de fomentar la naturaleza del discipulado cristiano y lo que significa amar, compartir y cuidar según el Señorío de Jesús.

Lora S Oyer

Mujeres en Misión (Women in Mission)

## Prefacio

Jesús dijo a sus discípulos, "... serán mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea, en Samaria, y hasta los confines de la tierra" (Hechos 1:8 NVI)

Las historias en este libro, escritas para niños, nos muestran cómo esta palabra de Jesús se hizo realidad a través de los siglos.

En la primera historia la buena noticia es identificada. María Magdalena es la primera persona a la que Jesús se le aparece, y la primera persona en llevar las buenas nuevas de la resurrección a otros. Desde ese entonces y ampliándose cada vez más, las historias muestran cómo mensajeros de Dios llevaron las buenas nuevas de Jesús de país en país, y cómo las personas las escucharon, aceptaron y se convirtieron en seguidores de Cristo.

Es mi deseo y oración, de que estas historias ayuden a chicos y chicas en nuestras congregaciones a crecer para ser hombres y mujeres de Dios fuertes, los cuales también le hablarán a otros sobre su Salvador y esparcirán el amor de Cristo en donde sea que vayan.

Estas historias inicialmente fueron escritas para contarlas. Espero que los pastores puedan usarlas en sus sermones/prédicas; que los que trabajan con niños los encuentren útiles en la escuela dominical, en las escuelas bíblicas, en grupos con personas de todas las edades, en campamentos; y que los padres las cuenten o lean a la hora de compartir tiempo de lectura con la familia, cuando hay viajes largos, vacaciones. Por supuesto espero que los niños quieran leerlos ellos mismos también.

Fue una fascinante aventura trazar el camino que las buenas nuevas han tomado alrededor de todo el mundo y un gran privilegio familiarizarme con mucha gente que, por amor a Cristo, soportó privaciones y estuvieron dispuestos a morir con el fin de acelerar y alcanzar su objetivo.

La escritura de este libro fue encargada y fundada por Mujeres en Misión (Women in Mission). Le agradezco a la Comisión en Educación (Commission on Education) por darme un período de seis meses de ausencia, y a Edna Dyck por estar dispuesta a hacer mi trabajo en ese tiempo.

Estoy profundamente agradecida a todos los amigos que me ayudaron a localizar fuentes de información en las librerías y me prestaron sus libros; a misioneros que han vuelto; los trabajadores de socorro, y otros que estuvieron dispuestos a compartir sus historias conmigo. Sin ellos, este libro no hubiese sido posible. También me gustaría agradecer a Lois Deckert, Herta Funk, John Gaeddert, Gladys Goering, James Juhnke, Robert Kreider, Lora Oyer, Alyce Reimer, Mary Rempel, Blanche Spaulding, Mabel Suderman, and Joan Wiebe por leer el borrador de manera crítica y darme sugerencias útiles.

Los reconocimientos y fuentes para las historias se encuentran escritos en las últimas hojas del libro original.

De África viene una historia llamada "Cantando la Biblia" ("Singing the Bible"). En él los niños en su obra bailan al son de una vieja canción que dice:

"¡Escuché buenas nuevas hoy!"

"Oh, ¿quién te las ha contado?"

"Un mensajero de Dios"

Esto es básicamente de qué trata el libro y de dónde se sacó su título.

Cornelia Lehn

## **Índice de Contenidos**

Comentario - 3

Prefacio – 4

Indice de Contenidos - 6

### **Historias de la Biblia**

1. Las Buenas Nuevas (María Magdalena) 9
2. ¿Qué significa? (Felipe y los Etíopes) 11
3. Dios ama a todos (Pedro y Cornelio) 13
4. El encuentro en el río (Pablo y Lidia) 15

### **Los Primeros Misioneros**

5. Iré a dónde quieras que vaya (Tomás) 17
6. Un trabajo propio (Juan Marcos) 19
7. Patricio va a Irlanda (San Patricio) 21
8. Cómo llegaron las buenas nuevas a Escocia (Columba) 24
9. No volver a atrás (Agustín) 26
10. El árbol que apunta hacia el cielo (Bonifacio) 28

### **Las Buenas Nuevas en Europa**

11. Los evangelios de Lindesfarne 31
12. Margaret, Reina de Escocia 34
13. Quiero leer 35
14. ¿Quién es culpable? 38
15. La Biblia en sus corazones 39
16. La Pequeña Tina 42
17. Dios puede (C.F. Klassen) 44
18. Demasiado 45
19. El Milagro (Pedro y Elfrieda Dyck) 46
20. Serás libre 48

### **Las Buenas Nuevas en la India**

21. ¡Siéntate, joven! (William Carey) 50
22. ¡Nunca, nunca, nunca! (Ida Scudder) 52
23. Un santo hombre Cristiano (Sadhu Sundar Singh) 55
24. Aquel que pierde su vida la salvará (Sadhu Sundar Singh) 57
25. Tus manos harán el trabajo nuevamente (María Verghese) 58
26. ¿A dónde vamos a ir? (P.A. y Elizabeth Penner) 59
27. Tus pecados te encontrarán (J.F. Kroeker) 61
28. Que otros puedan vivir (Anita Funk) 62
29. ¿Quién nos ayudará? (Ezra y Elizabeth Steiner) 64
30. ¿Quién mató al gallo? 66
31. Quiero volver (Annelle Wiens) 67
32. Aquel que siembra poco, cosechará poco 69

### **Las Buenas Nuevas en China**

33. Respuesta a la oración (Hudson Taylor) 70
34. Que entren (Gladys Aylward) 72
35. Camino a la tierra prometida (Gladys Aylward) 75
36. Nido en las nubes 77
37. Un gran secreto (H.J. Brown) 79
38. Todos los ídolos se tienen que ir (H.J. y María Brown) 81

39. Respeto por los muertos	82
40. ¿Recuerdas? (María J. Regier)	83
41. Todo el poder me es dado	84
42. El llamado de Dios (Stephen Lee)	86
<b>Las Buenas Nuevas en el Sureste Asiático</b>	
43. Te perdono (Ann y Adoniram Judson)	90
44. ¿Por qué lo hizo? ( Luke y Dorothy Beidler)	93
45. La iglesia que crecía y crecía (Abdi Djajadihardja)	94
46. La Biblia en la mesa (Rosella Toews)	96
47. El león y la paloma (Vern Preheim)	97
<b>Las Buenas Nuevas en Japón</b>	
48. Otro José (Joseph Hardy Neesima)	100
49. Echó su suerte con los pobres (Toyohiko Kagawa)	103
50. El maremoto	104
51. La pueblo brillante	105
52. Orar sin cesar	108
53. ¿Qué es ser pobre?	109
54. Estamos listos para ir (Masaki y Shiori Yamazaki)	111
<b>Las Buenas Nuevas en Taiwán</b>	
55. La Madre entre las iglesias de las tribus de Taiwán (Chi-o-ang)	114
56. Un Dios de amor (Mary Gau)	117
57. El anillo de oro	119
<b>Las Buenas Nuevas en África</b>	
58. Abriendo el camino (David y Mary Livingstone)	122
59. Cantando la Biblia	125
60. Lo veo venir	127
61. Al lado del sendero	130
62. Libre para volar	133
63. Podían confiar en él (Kabangu Thomas)	135
64. Un camino preparado (Matthew Kazadi)	137
65. Hambre en el Congo (Archie Graber)	140
66. Un buen samaritano	142
67. Una buena idea	143
68. No mostremos parcialidad	144
69. Trabajando en equipo	145
<b>Las Buenas Nuevas en Latinoamericana</b>	
70. Apóstol de los indígenas Occidentales (Bartolomé de Las Casas)	146
71. Dayuma	148
72. Dona	152
73. La búsqueda entre los ladrones	154
74. Roberto y los conejos	156
75. La importancia de cada vida	159
76. ¿A quién le importa?	161
77. Éramos extraños y sin embargo nos dejaron entrar	163
<b>Las Buenas Nuevas en Norteamérica</b>	
78. Una historia del Cheyenne	167
79. ¿Por qué falló?	169

80. En su propio idioma (Rodolphe Petter) 172
81. Un púlpito, un órgano y una estufa 175
82. Un cacique de paz (Lawrence Hart) 176
83. Recibió una llamada (Elijah McKay) 178
84. Una sorpresa (Elijah McKay) 180
85. El doctor Labrador (Wilfred Grenfell) 182
86. Hospitalidad (Wilfred Grenfell) 185
87. La deuda está pagada (David Toews) 186
88. ¿Cómo puedo ayudar? 188
89. Su don 190
90. Estuve en la cárcel 191
91. Jamie 193
92. Le debes algo al mundo 195

### **Conclusión**

93. La luz ha llegado 198

# HISTORIAS DE LA BIBLIA



## 1. LAS BUENAS NUEVAS

(MARÍA MAGDALENA) AÑO 39 D.C.

María Magdalena se despertó muy temprano aquella mañana, el tercer día después de que hayan crucificado a Jesús. Aún seguía oscuro. Ella no podía dormir. Silenciosamente se escabulló de la casa y fue al lugar donde Jesús se encontraba enterrado.

Su corazón estaba destrozado. Jesús estaba muerto. Ella lo sabía. Oh, sí sólo pudiese verlo otra vez. Si sólo pudiese hablar con él y escuchar su voz. ¿Cómo podía estar muerto? (María Magdalena caminaba aún más rápido). Al menos quería ver su tumba.

De repente se detuvo. Podía ver la tumba. Sí. Pero algo era diferente. Solía haber una gran piedra frente a la cueva donde el cuerpo de Jesús se encontraba, y ahora la piedra había sido corrida de la entrada. Corrió hacia adelante. ¡La tumba estaba vacía!

Horrorizada, volvió corriendo a su casa donde algunos discípulos se estaban quedando.

-Pedro, - dijo llorando. –Pedro, alguien ha sacado a Jesús de la tumba y se lo ha llevado.-

Pedro y otro discípulo saltaron y junto a María Magdalena volvieron a la tumba. Miraron dentro. Era verdad, la tumba estaba vacía.

¿Qué podría significar esto? Los dos discípulos fueron a sus casas pensativamente. Pero María Magdalena se quedó. Se quedó al lado de la tumba vacía, llorando angustiada. No sabía qué hacer.

Una vez más miró dentro de la tumba para asegurarse de que realmente Jesús no se encontraba allí. Su corazón casi se detuvo. Allí en la tumba se encontraban sentados dos ángeles vestidos con ropas blancas.

-¿Por qué estás llorando?- Preguntó uno de los ángeles

- Se han llevado a mi Señor – dijo llorando, - Y no sé dónde lo han puesto –

Después de esto María Magdalena salió de la tumba, y ¡allí se encontraba parado Jesús! Pero al principio ella no supo quién era.

Jesús le dijo, -¿Por qué estás llorando? ¿A quién buscas? –

-Si usted se lo llevó, señor, por favor dígame dónde lo ha puesto – dijo María Magdalena

Jesús la miró y dijo, - ¡María! –

Con esto María Magdalena se dio cuenta de que era Jesús.

-Maestro, maestro – dijo llorando.

-No te aferres a mí – dijo Jesús – porque no me he ido aún a estar con mi Padre. Pero ve a los otros que me aman y diles que me iré a estar con mi Padre, el cual también es tu Padre; iré a estar con Dios, el cual también es tu Dios –

María Magdalena apenas sabía lo que estaba haciendo, estaba tan feliz. Ahora su corazón estaba saltando de alegría. Corrió todo el camino de vuelta. Cuando vio a los discípulos a la distancia, gritó – He visto al Señor. Está vivo. He escuchado su voz. No está muerto. ¿Me oyen? ¡Jesús está vivo! Y me dijo que les diga que su Padre es también nuestro Padre. Él ha hecho bien todas las cosas–

(Basado en Juan 20:1-18)

## 2. ¿QUÉ SIGNIFICA?

**(Felipe y los Etiópes) – Alrededor del año 40 d. C.**

El palacio de la reina de Etiopía estaba hecho un caos. Un oficial que estaba encargado de cuidar todo el dinero y los tesoros de la reina iba a ir por un largo viaje. Los sirvientes estaban por doquier puliendo el carruaje, peinando las colas de los caballos, guardando comida y todas las cosas que tenían que llevar.

-¿A dónde va a ir? – murmuró un sirviente a otro

-A la ciudad de Jerusalén en Judea. Tienen un dios extraño allí, y quiere ir y adorarlo a él, - contestó el otro sirviente.

-¡Un dios extraño! – exclamó el primer sirviente.

-¿Me pregunto si nos contará algo sobre él cuando regrese? –

-No lo sé –murmuró su amigo, mientras corría hacia el carruaje para poner una canasta para el viaje.

Mientras tanto, el Gran Oficial, con ropas espléndidas, fue anunciado para ver a la reina y decir adiós.

-Ahora, dime de vuelta – Dijo la reina -¿Por qué quieres ir a orar a Jerusalén cuando tenemos tantos dioses propios? –

- En Jerusalén conocen un Dios muy especial – dijo el oficial. –Cuando estuve allí hace unos años por negocios, compré un manuscrito en donde el escritor, Isaías, habla sobre este Dios. Se supone que es el único Dios. Quiero saber más sobre él, porque realmente no entiendo todo lo que dice en el manuscrito -

-Ve en paz entonces – dijo la reina. –Nosotros esperaremos por tu informe cuando vuelvas –

Así fue que el gran oficial etíope partió hacia Jerusalén.

Mientras su sirviente iba conduciendo el carro, el hombre tuvo mucho tiempo para leer. Leyó y leyó el manuscrito de Isaías, pero seguía siendo muy confuso para él. Ansiaba llegar a Jerusalén. Seguramente allí alguien podría explicarle todo.

Finalmente el etíope llegó a Jerusalén.

Fue al templo.

Conoció algunos maestros de la ley.

Le dijeron, que sí, en realidad Jehová Dios es el único Dios. Le dijeron que tenía que obedecer todas las reglas de Dios o si no se enojaría mucho con él. Incluso le dieron una lista con todas las leyes. Era un manuscrito muy largo. El hombre de Etiopía estaba cada vez más preocupado. ¿Cómo podría él cumplir con todas esas leyes?

Finalmente partió de regreso a su hogar. Tenía miedo de dar el informe a la reina y la gente en Etiopía, pensarían que estaba trayendo muy malas noticias. El carruaje se deslizaba lentamente hacia adelante en el camino desierto y empolvado de Jerusalén a Gaza. Una vez más el etíope sacó el manuscrito escrito por Isaías. Leyó -...*como cordero fue llevado al matadero. Y como oveja en silencio ante sus trasquiladores, él no abrió su boca.* -

El hombre suspiró. ¿Quién era este “él” del que hablaba Isaías y qué significaba todo eso?

-Dios del cielo y de la tierra,- oró el hombre, -no sé cómo hablarte pero ¿me ayudarías a entender más de ti? – Después leyó nuevamente la misma parte en voz alta.

En ese momento el etíope vio un hombre corriendo hacia él. Hizo parar al carruaje.

El hombre se acercó al carruaje, mirando curiosamente a su manuscrito. – ¿Entiendes lo que estás leyendo? – preguntó el hombre.

-¿Cómo podré entenderlo al menos que alguien me lo explique? – contestó el oficial. – ¿Me puedes decir lo que significa? -

El hombre subió al carruaje. –Soy Felipe – dijo. –Estaría encantado de ayudarte si puedo –

El hombre le mostró lo que estaba leyendo. Felipe sonrió y dijo –Tengo buenas nuevas para ti. Lo que acabas de leer habla de Jesús, el Hijo de Dios, quien murió por

nosotros como un cordero que es matado. Murió para salvarnos de nuestros pecados. Dios sabía que no podíamos cumplir con todas las leyes, así que Jesús las cumplió por nosotros. Nos mostró que Dios nos ama y quiere que nosotros lo amemos también –

Los ojos del etíope comenzaron a brillar. -¿Dices que Dios me ama también? – preguntó.

-Sí, por supuesto, - contestó Felipe. –Dios te ama a ti y a todos en Etiopía. De hecho él ama a todas las personas en el mundo. Quiere que todos vayan a él. –

El oficial y Felipe hablaron por un largo rato. El hombre quería saber más y más sobre Dios y su Hijo, Jesús.

Al seguir por el camino llegaron a un lugar donde había agua al costado del camino.

-Mira allí hay agua – dijo el oficial. -¿Por qué no podría ser bautizado? Amo al Señor Jesús y quiero pertenecerle a Él –

Pararon el carruaje y salieron.

Allí en el agua Felipe bautizó al oficial de Etiopía.

Después el Espíritu del Señor se llevó a Felipe. A pesar de que el oficial no lo volvió a ver, su corazón estaba lleno de regocijo. Cuando volvió a Etiopía tenía buenas nuevas para la reina y toda la gente.

(Basado en Hechos 8: 26-40)

### **3. DIOS AMA A TODOS**

(Pedro y Cornelio)- Alrededor del año 40 d.C.

El apóstol Pedro viajaba por todo el país predicando las buenas nuevas de Jesús a donde sea que fuera. A veces necesitaba quedarse por varios días para ayudar a la gente y hablar con ellos. Un día fue al pueblo de Jope donde conoció a un hombre llamado Simón. Para ganarse la vida, Simón curtía pieles de animales para hacer cuero. Vivía en una casa cerca de la costa. Era un hombre muy amable y hospedó a Pedro en su casa.

Un día, el almuerzo aún no estaba totalmente preparado, Pedro fue al techo a orar. Era un lugar tranquilo y podía estar solo. Mientras estaba orando, de repente tuvo una visión. Vio que el cielo se abrió y algo como una gran sábana agarrada de sus cuatro puntas, era bajada a la Tierra. Esta sábana contenía todo tipo de animales, reptiles, y pájaros. Pedro oyó una voz, que decía –Levántate Pedro. Mata y come. –

-¡Oh, no, Señor! – Pedro contestó. -¡¿Cómo podría hacer eso?! ¡Son impuros y se supone que no debemos comerlos! –

-No llames impuro a nada que Dios haya purificado – dijo la voz.

Esto pasó tres veces y después la sábana fue llevada de vuelta a los cielos.

Pedro seguía preguntándose qué significaba la visión, cuando tres hombres llegaron a la puerta de la casa de Simón.

-¿Simón Pedro se está quedando en esta casa? – llamaron.

El Espíritu Santo le dijo a Pedro –Tres hombres te están buscando. Ve abajo. Ellos querrán que vayas con ellos. No dudes en hacerlo, porque yo los he enviado –

Pedro bajó y les dijo –soy a quién buscan. ¿Por qué vinieron? –

-Vinimos de parte de Cornelio, el centurión – dijeron –Es un hombre justo y temeroso de Dios, que es respetado por todos los judíos. Un ángel le dijo que te invitara a su casa para poder escuchar lo que tienes para decirle.

Pedro invitó a los hombres a la casa, y al otro día ellos, junto con algunos amigos de Pedro, comenzaron su viaje a Cesarea, donde vivía el soldado romano, Cornelio.

Cornelio ya había invitado amigos cercanos y parientes. Estaban todos sentados allí listos para escuchar a Pedro cuando llegara.

-Sabes muy bien que es contra la ley que un judío como yo visite a alguien que no es judío, - dijo Pedro al grupo de gente. – Pero Dios me ha mostrado a través de una visión que no debería de llamar a nadie impuro, y que debía venir a tu casa. ¿Podría saber por qué me mandaste buscar? –

Cornelio contestó, y dijo, -Cuatro días atrás estaba en mi casa orando. De repente un hombre vestido con ropas brillantes se paró frente a mí y dijo “Cornelio, Dios ha escuchado tus oraciones y recuerda tus ofrendas a los pobres. Envía a buscar a Simón, que está en Jope, el cual es llamado Pedro. Se está quedando en la casa de Simón el curtidor, que vive al lado del mar”. Entonces envié a buscarte inmediatamente, y fue bueno de tu parte que hayas venido. Ahora estamos todos en la presencia de Dios para escuchar todo lo que el Señor te ha mandado decirnos –

Pedro estaba profundamente conmovido. ¡Cuán cuidadosamente Dios había preparado a ambos para este encuentro! Incluso le había dicho a Cornelio con exactitud donde él estaba.

-Ahora sé que Dios no tiene favoritos – dijo Pedro. –Él acepta gente de todas las naciones que le temen y hacen lo que es correcto. Dios nos ha dado estas buenas nuevas a través de Jesucristo que es Señor de todos, y las buenas nuevas son para todos –

Así fue que Pedro les contó a las personas en la casa de Cornelio todo sobre Jesús.

Les contó cómo Jesús había ido a través del país haciendo bien y sanando a los enfermos.

Les contó cómo él había enseñado sobre el Reino de Dios.

Les dijo cómo había sido matado y resucitado de la muerte por Dios. También que Jesús le había dicho a sus discípulos de predicar las buenas nuevas del gran amor de Dios a todos.

-Él es quien Dios escogió para juzgar los vivos y los muertos – dijo. –Todo el que cree en él recibe el perdón de sus pecados a través de Su nombre –

Mientras Pedro seguía hablando, el Espíritu Santo vino sobre todos los que oyeron el mensaje. Comenzaron a hablar en lenguas y a alabar a Dios.

Pedro y los que fueron con él estaban asombrados. Ahora sabían que estas personas estaban listas para pertenecer a la iglesia de Cristo, de manera que los bautizaron.

Cornelio invitó a Pedro y a sus acompañantes a quedarse en su casa por varios días. Todos pasaron un buen tiempo juntos.

(Basado en Hechos 10: 1-48)

#### 4. EL ENCUENTRO EN EL RÍO

(Pablo y Lidia). ALREDEDOR del año 45 a.C.

Lidia era una buena mujer de negocios. Ella había venido de Tiatira para abrir una tienda ubicada en una ciudad de Macedonia llamada Filipo. En su tienda Lidia vendía hermosas telas hechas de púrpura. Eran telas muy especiales. A la gente le gustaba comprarlas.

Lidia disfrutaba trabajar en su tienda, pero no era muy feliz. Telas lindas y cosas hermosas no eran lo más importante en su vida. Para ella lo más importante era amar a Dios y cumplir con sus mandamientos. Ella trataba de hacer todo lo que Dios quería que hiciera, pero muy seguido hacía cosas que no eran muy amables, cosas que estaban mal. Después ella tenía miedo de Dios. ¿Dios la castigaría?

El sábado, día de descanso, Lidia y algunos de sus amigos fueron hacia el río para orar. Estaba lindo y fresco bajo los árboles y nadie les molestaba allí. Era el lugar donde Lidia se sentía más cerca de Dios. Cuando oía el viento en los árboles y el agua correr sobre el pedregullo, ella pensaba que Dios tendría que ser muy sabio y grandioso para poder hacer un mundo tan hermoso. Ella deseaba poder conocerlo mejor, pero no había nadie que les pudiera decir mucho sobre él.

Un sábado Lidia y sus amigos estaban sentados en el pasto al lado del río. Todos estaban pensando en Dios y orando silenciosamente cuando de repente sintieron pasos.

Varios hombres venían por el camino que se encuentra al lado del río. Eran extraños. Lidia nunca los había visto en las reuniones anteriores. ¿Quiénes podrían ser?

-Soy Pablo – dijo uno de los hombres, -y este es Timoteo. Hemos venido para hablarle a la gente de Dios y de su Hijo, Jesucristo. ¿Podemos pasar un tiempo con ustedes? –

-Oh, sí, sí, - dijo Lidia con entusiasmo. –Nos gustaría saber más de Dios. ¿Qué es eso que dijiste sobre su hijo? No sabía que tenía un hijo. –

Pablo les empezó a hablar de Jesús. Les dijo que Dios amaba a todos en el mundo.

Que los amaba tanto que mandó a su único Hijo para que todo el que creyera en él pudiera ser salvado del mal camino y vivir una vida que durara para siempre.

Lidia aun no podía entender todo. Ella quería saber más. Así que siguió preguntando. Esto parecía ser exactamente lo que ella estaba esperando.

Pablo y Timoteo se quedaron en Filipo por un tiempo, así Lidia tuvo muchas oportunidades para hablar con ellos.

Un día Lidia le dijo a Pablo, -Ahora he aceptado a Jesús como mi Señor y Salvador. Ha perdonado mis pecados. Le he dado toda mi vida a él y sé que me ha aceptado. Lo amo con todo mi corazón y quiero pertenecer a él y a su iglesia. –

Fue un gran día cuando Lidia y su familia fueron bautizados. Ahora Lidia ya no le tenía miedo a Dios. Ella amaba a Dios y eso la hacía feliz.

(Basado en Hechos 16: 11-15)

## II. LOS PRIMEROS MISIONEROS



### 5. IRÉ A DONDE QUIERAS QUE VAYA

(Tomás). Alrededor del año 39 a.C.

El apóstol Tomás empezó a caminar cada vez más lento. Levantaba el polvo del suelo golpeándolo con sus sandalias, -Oh, desearía no tener que ir a esta reunión – pensaba-

Los apóstoles se iban a reunir en Jerusalén para decidir a qué país debería ir cada uno para hablarle a la gente de Jesús. Iban a echar suerte.

Tomás quería hablarle a la gente de Jesús. Él estaba listo para ir a un país y hacerlo. Él temía que si echaban suertes, tendría que ir a un lugar donde él no quería ir.

A pesar de que Tomás caminaba muy lentamente, finalmente llegó a la casa donde se reunirían. Todos los otros apóstoles ya se encontraban allí.

Se sentaron todos juntos. Después de orar juntos echaron suerte. El apóstol Tomás tenía que ir a la India.

-¡Oh, no! – dijo casi llorando. –Esto es lo que temía. ¡India! Es imposible. No puedo ir a la India. Está demasiado lejos. Nadie sabe mucho sobre la India, y por otro lado, soy hebreo. Las personas allí no entenderán lo que digo. Podrían hasta matarme. No, ¡no iré! –

Tomás salió abruptamente de la habitación, era un hombre muy infeliz.

Esa noche, sin embargo, cuando Tomás finalmente se durmió, Jesús se le apareció y dijo, -No tengas miedo, Tomás. Ve a la India y háblales de mí. Estaré contigo cada paso del camino. –

Tomás se despertó. Sabía que Jesús le había hablado. Jesús, a quien amaba, quería que fuera a la India. Y Jesús iría con él. Tomás le dijo a Jesús en su corazón –Iré a donde quieras que vaya, Señor Jesús. Tu voluntad será hecha. –

La mañana siguiente Tomás fue al mercado para ver que podía averiguar sobre ir a la India. Estaba seguro que encontraría gente de varios lugares.

Mientras se encontraba caminando por allí, mirando por todos lados, se encontró repentinamente con un comerciante que se veía como alguien de un país extranjero.

-¿Cuál es tu nombre? Y ¿De dónde eres? – Preguntó Tomás.

-Mi nombre es Abbanes, - dijo el hombre. –Acabo de llegar de la India. El rey Gundaphoros quiere que lleve un carpintero de aquí para que trabaje para él. ¿Conoces a alguien? –

Tomás no podía creer lo que oía. –Soy carpintero, - dijo tartamudeando.

-¿A qué tipo de carpintería te dedicas? Preguntó Abbanes.

-Oh, trabajo en madera, hago arados y yugos y barcos. También trabajo con losas de piedra y tengo algo de experiencia en la construcción de palacios. –

-¡Eres el indicado! – dijo felizmente Abbanes. – ¿Irías a la India conmigo?

Parecía como otro sueño para Tomás. Antes de saberlo ya estaba en camino a la India.

Fue un viaje muy largo en aquellos días. Los barcos eran lentos. Tomás y Abbanes probablemente fueron abordaron un barco en uno de los puertos del Mar Rojo y navegaron alrededor de Arabia y a través del mar hasta el Sur de la India.

Finalmente llegaron a la corte de rey Gundaphoros y Tomás comenzó a trabajar para él.

Sin embargo, ser carpintero no era lo más importante para Tomás. A donde quiera que fuera, era amable con los pobres. Compartía su comida con los hambrientos, y sanaba aquellos que estaban enfermos. Aprendió el idioma de esa zona de la India y le habló a la gente que lo rodeaba de Jesús. Fundó muchas iglesias. Finalmente el rey Gundaphoros se hizo cristiano.

Muchos años pasaron. Tomás predicó lo que sabía sobre Dios en varias partes de la India. Después otro rey llamado Misdeus subió al poder. Misdeus se enojó mucho cuando se enteró que su madre y su hijo se habían convertido en discípulos de Jesús. Él planeaba matar a Tomás, pero le tenía miedo a la gente, porque sabía que lo amaban. Así que personalmente llevó a Tomás fuera de la ciudad como si fuera a discutir algo con él, y cuando estaban lejos de la multitud, mandó a varios soldados que lo llevaran a ser ejecutado.

Tomás sabía que estaba por morir. Pero ahora no tenía miedo como lo tuvo cuando le habían dicho de ir a la India inicialmente.

Camino a su muerte, Tomás oró lo siguiente, -Mi Señor y mi Dios; tú que has sido mi líder y guía donde quiera que haya viajado, guíame ahora camino a ti. He terminado el trabajo que tú me has encomendado. –

Así fue que mataron a Tomás.

No todos los antiguos escritos están de acuerdo sobre los detalles de cómo Tomás llegó a la India y cómo murió. Pero una cosa es segura. Cuando misioneros fueron a la

India cientos de años después encontraron, para su sorpresa, que había gente que se llamaba a sí mismos “Cristianos de Tomás”.

-¿Quién trajo las buenas nuevas de Jesús a la India? – preguntaron los misioneros.  
-El apóstol Tomás lo hizo, - respondían. –Es por eso que nos llamamos de esa manera.

## **6. UN TRABAJO PROPIO.**

(Juan Marcos) Alrededor del año 45 d.C.

Juan Marcos amaba al apóstol Pedro. Le gustaba su amplia risa resonante. Le gustaba la manera en que el apóstol Pedro contaba las historias de Jesús.

Juan Marcos era su ayudante. Adonde quiera que Pedro fuera, Juan Marcos iba con él. Hacía todo lo necesaria para facilitarle a Pedro los viajes y la predicación del evangelio. A Juan Marcos le gustaba hacer eso, pero a veces se preguntaba si algún día Dios le pediría hacer algo por su propia cuenta.

Mucha, mucha gente venía a escuchar a Pedro hablar sobre lo que había sido estar con Jesús. Escuchaban embelesados, mientras Pedro contaba de cómo Jesús ayudaba a la gente, cómo había muerto, y por supuesto cómo Dios lo había resucitado de la muerte.

No querían dejar a Pedro ir por miedo a olvidarse de algo que Pedro haya contado. Querían memorizar las palabras, pero no las escribían en ningún lugar.

Un día la gente tomó aparte a Juan Marcos. –Sabemos que Pedro está demasiado ocupado para escribir todo lo que Jesús dijo, - dijeron. – Tú lo has escuchado contar estas historias muchas veces. Por favor escríbelas para darnoslas, así las podemos leer una y otra vez y recordarlas. –

Juan Marcos pensó sobre esta propuesta. Cuanto más lo pensaba más entusiasmado quedaba. Tal vez esto era lo que Dios quería que hiciera. Conocía las historias de Pedro casi de memoria. Las podía escribir exactamente como Pedro las contaba, cortas y claras.

Pero Juan Marcos se preguntaba cómo se sentiría Pedro sobre esto, ya que las historias pertenecían a él. Tal vez no le gustaría. Tal vez Pedro pensaría que no sería la mejor manera si alguien más escribía las historias.

Juan Marcos decidió intentar escribir las historias antes de decirle a Pedro. Cada noche cuando no estaban viajando, Juan Marcos se sentaba en su pequeño cuarto y escribía.

Era cuidadoso para escribir exactamente lo que Pedro había dicho. Tenía cuidado de no olvidarse de nada y trató de no cometer errores.

Él esperaba que Pedro no supiera de su trabajo hasta que estuviese listo. Pero una noche justo cuando el trabajo de Juan Marcos estaba casi terminado, la puerta se abrió y Pedro entró caminando. Juan Marcos se congeló en su asiento. Podía sentir Pedro inclinándose sobre él y sabía que comenzaba a leer lo que estaba escrito.

-Hijo, - dijo Pedro finalmente, -presentía que algo estaba sucediendo. ¿Qué es lo que estás haciendo? –

Ahora Juan Marcos le dijo todo a Pedro, cómo la gente le había pedido escribir las historias para poder leerlas y recordarlas mejor, como estaba tratando de escribirlas exactamente como Pedro las contaba.

Pedro se sentó, perdido en sus pensamientos. Después dijo, -Juan Marcos, creo que esto es algo buenísimo. Es del Señor. Muchas de las personas que conocieron a Jesús cuando estuvo en la tierra murieron. Yo podría morir pronto. La gente debe tener alguna manera de escuchar las historias de Jesús de forma correcta cuando ya no estemos. Sé que eres muy meticuloso. No hay nadie en la tierra que pueda contar mis historias tan bien como tu, porque has estado conmigo todos estos años. Te agradezco.

Juan Marcos estaba feliz. Terminó de escribir las historias.

Más adelante Juan Marcos llevó su pequeño libro a Egipto y comenzó una iglesia allí. Después de muchos años Juan Marcos murió, pero el pequeño libro que había escrito se siguió copiando y leyendo. Lo tenemos hoy en nuestras Biblias como el Evangelio de Marcos.

## **7. PATRICIO VA A IRLANDA.**

(San Patricio) Alrededor del año 400 d.C.

En Inglaterra alrededor del año 400 vivía un niño muy feliz. Su nombre era Patricius Sucatus, pero lo llamaban Sucat.

Sucat tenía padres que lo amaban y eran cristianos. Tenían un lindo hogar. Tenían grandes campos y lugares con madera donde Sucat podía jugar y hacer todo lo que le gustara. Muy frecuentemente Sucat se sentaba bajo un árbol y soñaba con lo que haría cuando fuese grande. ¿Sería un granjero? ¿Un cazador? ¿Sería tal vez un hombre de negocios?

Pero un día cuando Sucat tenía 16 años, algo pasó que cambió toda su vida. Todo comenzó en un día común. Sucat les dijo a sus padres que después del desayuno iría a cazar en los bosques detrás de su casa. Tomó su arco y flecha y bajó ligeramente por el camino hacia el bosque.

Todo estaba tranquilo. Se detuvo y escuchó. Miró al suelo para ver si encontraba huellas de algún ciervo.

De repente, alguien lo agarró por detrás. Sucat era un muchacho saludable y fuerte, pero no se podía liberar. Varios hombres lo agarraban muy fuertes. Sucat no los conocía. No importaba cuán fuerte luchara, no lo dejaban ir.

Los hombres eran piratas de la costa este de Irlanda que habían venido a Inglaterra a buscar varones para venderlos como esclavos.

Sucat no les pudo decir ni adiós a sus padres. Ellos no sabían lo que le había sucedido. Los piratas ataron las manos de Sucat y lo arrastraron a su bote donde lo tiraron a la bodega oscura que había debajo.

Muchos otros chicos que los piratas habían secuestrado se encontraban allí.

Sucat estaba aturdido. Él no podía creer que esto había pasado. Por un momento estaba corriendo en los bosques como un chico libre, y al otro momento estaba atrapado para ser vendido como esclavo.

Cuando el bote llegó a Irlanda, los varones, todos encadenados juntos, fueron sacados del bote y arrastrados a la costa. Allí fueron llevados a un mercado de esclavos.

No pasó mucho tiempo hasta que un cacique irlandés comprara a Sucat.

-¿Cuál es tu nombre?- gruñó rudamente.

-Patricius Sucatus,- dijo orgullosamente.

-Bueno, desde ahora tu nombre será Patrick (Patricio), - dijo el hombre, -y vas a cuidar los cerdos, -

Entonces Patrick cuidó de los cerdos de su maestro. No había nada más que pudiera hacer. Frecuentemente mientras iba de aquí para allá llevándoles alimento y agua pensaba: - ¿Será esto lo que haré toda mi vida? – Extrañaba mucho a sus padres y a la vida que había dejado atrás.

Un día vino una gran tormenta. Los truenos recorrían el cielo, y los rayos se veían en forma de zigzag por todos lados. Mientras Patrick contemplaba la belleza de tal vista, para su asombro vio a otros sirvientes, que eran irlandeses, acurrucados juntos con una mirada de terror en sus rostros.

-¿Cuál es el problema? – preguntó Patrick.

-La tormenta muestra que los dioses están enojados con nosotros, - susurró uno de ellos. –Seguramente no los hemos honrado lo suficiente. ¡Podrían matarnos! –

-¿Sus dioses están enojados? – preguntó Patrick sorprendido.

-Sí, - dijo otro. Nuestro sacerdote nos dice que no hemos traído suficiente comida para su ofrenda. Hemos traído todo lo que pudimos; así como están las cosas nuestros hijos ya no tienen suficiente para comer. Pero si los dioses nos liberan hoy, traeremos todo lo que tenemos. –

-Pero, pero, - tartamudeó Patrick, - el Dios que yo conozco es bueno y amable. –

-No así los dioses nuestros, - dijo otro de los hombres. –No les importa lo que nos pasa a nosotros. Nos odio, pero tengo que hacer lo que el sacerdote diga o no sé lo que los dioses le harán a mi familia. Podrían morir todos. –

La tormenta se alejaba lentamente, y Patrick tenía que cuidar a los cerdos, de manera que no se podía quedar hablando. Pero esa noche estando acostado y despierto pensó intensamente en Dios, el Dios que él había aprendido a conocer en su hogar, el Dios que había hecho los cielos y la tierra. El único Dios. El Dios que amó a todo el mundo tanto que mandó a su propio Hijo a la tierra para mostrarle a la gente cómo era él.

De repente Patrick se dio cuenta de cuan diferente era el Dios que él conocía de los dioses que tenía la gente que lo rodeaba. Pensó en Jesús, el Hijo de Dios, que era compasivo con la gente, que sanaba a los enfermos y alimentaba a los hambrientos. Pensó en Jesús quién amó a todo el mundo tanto que estaba dispuesto a morir por ellos. Patrick sintió de repente como si el amor de Jesús lo rodeara de una manera tan real que desde ese momento hablaba de Jesús como un amigo... Aprendió a amar a Jesús cada vez más.

Mientras aprendía a conocer a Jesús, Patrick se preocupaba más por las personas a su alrededor. Hablaba con los otros sirvientes. Se hizo amigo de ellos y de sus otros vecinos. Ahora cuando él veía cuanto miedo le tenían a sus dioses deseaba con todo su corazón que aprendieran a conocer a Jesús.

Patrick comenzó a soñar sobre cómo podría hablar de Jesús a la gente de Irlanda. Pero era esclavo. No se podía mover como deseaba. Y también tenía que aprender más sobre Dios y su hijo. El deseaba estudiar la Biblia. ¿Cómo podría hacer esto? Parecía imposible que alguna vez pudiera. Pasaron seis años. Finalmente una noche Patrick tuvo la oportunidad perfecta para escapar. Su maestro no estaba en casa y nadie estaba viendo. ¿Por qué no intentar? Al menos podría intentar volver con sus padres. Y después, quién sabe, tal vez podría volver a la escuela.

Patrick agarró rápidamente su campera y corrió de la casa. Caminó y caminó. Cuando amaneció pudo ver el puerto. Un buque estaba allí con sus velas listas para irse. Patrick corrió lo más rápido que pudo. Sin aliento, finalmente alcanzó al buque y se enteró de que iba a Inglaterra.

-Por favor llévenme a bordo, - le rogó al capitán. -Mis padres le pagarán cuando llegue a casa.-

Así es cómo sucedió. Patrick fue a su casa y se reencontró con sus padres.

Sin embargo, Patrick no se olvidó de sus amigos en Irlanda. No se olvidó de su sueño de hablarles del Dios de amor y compasión. Ahora sabía lo que quería hacer con su vida. Fue a la escuela a estudiar la Biblia y varios años más tarde fue a Irlanda como misionero.

Patrick se quedó allí el resto de su vida, y cuando murió mucha gente creía en Cristo. Los irlandeses amaban tanto a Patrick que hasta el día de hoy en todo el mundo lo honran cuando celebran el Día de San Patricio cada 17 de Marzo.

## **8. CÓMO LLEGARON LAS BUENAS nuevas A ESCOCIA.**

(Columba) Año 521 d.C.

Columba nació en el año 521 en Donegal, Irlanda. Su padre era rey y se había hecho cristiano gracias al trabajo que Patrick había hecho en su país.

A Columba le gustaba sentarse en la falda de su padre cuando anochecía y oírlo contar historias. Una de las historias que más le gustaba era la historia de cómo Patrick había llegado a Irlanda. Su padre se la tenía que contar una y otra vez. Columba se sabía cada palabra de memoria. Primero Patrick fue arrastrado a Irlanda como un esclavo. Cuidaba los cerdos de su maestro.

Columba se sentía mejor y le ardía el corazón cuando su padre decía, -Pero Patrick sabía que lo necesitábamos. Volvió a Irlanda para contarnos sobre el amor de Dios y su Hijo, Jesús. -

Cuando la historia había terminado, Columba suspiraba. Un día cuando fuese grande quería ser como Patrick y contar a otros sobre Jesús.

Pero Columba tenía que aprender muchas cosas antes de convertirse en misionero. Primero tenía que ir a la escuela. Eso era un asunto difícil. Había pocas escuelas en Irlanda, Columba tenía un largo viaje desde su casa hasta donde había una escuela. Extrañaba a sus padres, pero amaba a su maestro, un hombre bueno, amable y muy sabio.

Durante sus años de escuela Columba nunca se olvidó de que algún día quería ser un misionero. Sabía que tenía que aprender a leer la Biblia para contar a otros lo que hay en ella. Pero había algo que lo intrigaba. ¿Por qué tenía que aprender a hacer tantas cosas distintas?

En la escuela a la que iba, los estudiantes no sólo aprendían a leer y escribir. También aprendían a cultivar vegetales, construir botes, y hasta construir casas. Columba no sabía cómo eso podría ayudarlo a ser un misionero.

Finalmente Columba creció y se hizo un hombre alto y fuerte. Se convirtió primero que nada en predicador y maestro. Viajó alrededor de toda Irlanda para enseñar a la gente sobre el amor de Cristo. Fundó escuelas donde niños y niñas podían aprender de

Jesús. Le gustaba hacer esto, pero nunca podía olvidarse de las historias sobre Patrick, quien había venido a Irlanda cuando las personas aun no habían oído de Cristo.

Columba sabía que al otro lado del mar en Escocia vivía gente que nunca había oído las historias de Jesús. ¿Quién llevaría las buenas nuevas de Su amor a ellos? ¿Debería ser él? ¿Dios quería que lo hiciera?

A Columba se le hizo difícil decidirse. Viajar era muy lento. Columba sabía que si decidía ser un misionero en Escocia probablemente nunca volvería a ver su hogar. Pensaba “Esperaré hasta el año que viene”.

Al año siguiente pensaba “Esperaré otro año. Todavía hay tiempo suficiente.”

Pasaron muchos años y Columba todavía no había ido a Escocia.

Finalmente Columba teniendo 42 años, sabía que si iba a ir tenía que hacerlo pronto. Columba y otros 12 hombres se despidieron de sus familias y de su país. En un pequeño bote empezaron a cruzar el tormentoso mar.

Lentamente las verdes colinas irlandesas empezaron a desaparecer. Sólo podían ver el océano infinito y el enorme cielo sobre sus cabezas. ¿Llegarían alguna vez a tierra firme?

El pequeño bote se balanceaba arriba y abajo y la tormenta lo lanzaba de atrás hacia adelante, pero finalmente vieron tierra a lo lejos. Llegaron a la Isla Iona ubicada en la costa oeste de Escocia.

En esta isla Columba y sus ayudantes se construyeron pequeñas cabañas y una iglesia. Hicieron un jardín para cultivar comida. Construyeron botes para ir a la zona de Escocia que no es una isla y contar a la gente de Cristo. Columba necesitó todo lo que había aprendido cuando fue a la escuela.

Al final Columba estaba donde sabía que Dios lo quería. Por 32 años Columba viajó alrededor de toda Escocia para contarles a todos sobre Jesús, como lo hizo Patrick en Irlanda. Fundó muchas iglesias y escuelas. Le enseñó a la gente a ser obediente a Cristo, y no sólo los domingos, sino todos los días de la semana. Columba creía que toda la vida pertenecía a Dios.

Hoy la comunidad de la Isla de Iona sigue floreciendo. Es parte de la Iglesia Presbiteriana de Escocia. La gente sigue yendo allí para aprender a hacer trabajos útiles y a llevar a otros a Cristo.

## **9. NO VOLVER ATRÁS**

(Agustín). Años 540 a 604 d.C.

Hace mucho tiempo atrás había un papa en Roma llamado Gregorio I. Era el líder de las iglesias cristianas.

Un día mientras Gregorio iba caminando por el mercado y pasó por el lugar de venta de esclavos.

Se detuvo un segundo. No podía creer lo que veía. Un grupo de varones estaban parados allí listos para ser vendidos. Eso era algo común en aquellos tiempos, pero su pelo era igual al oro. Cuando Gregorio se acercó a ellos, vio que sus ojos eran azules como el cielo. La gente que Gregorio había visto antes allí solían tener todos, pelo y ojos marrones

-¿Quiénes son estos varones?- preguntó Gregorio a unos que estaban parados a su lado.

-Son Anglos de Inglaterra,- dijo alguien.

-¡Anglos!- exclamó Gregorio. – ¡Se ven más como ángeles para mí!-

Gregorio sabía que estos hermosos muchachos de tierras lejanas en Inglaterra estaban siendo vendidos como esclavos, y que sus padres nunca habían oído del amor de Cristo. Se puso muy triste. En ese mismo momento, allí mismo decidió que la Iglesia Cristiana debía enviar misioneros a Inglaterra. Eligió a un hombre llamado Agustín para liderar este proyecto.

Agustín y cuarenta hombres comenzaron el viaje a Inglaterra. El viaje fue largo y peligroso. Viajaron cientos de millas. Fue difícil andar por el bosque cuando había mucha maleza. Era aún más difícil andar subiendo y bajando las ásperas montañas. A veces se sentían muy desanimados.

Un día se encontraron con un grupo de gente en el camino. Las personas preguntaron, -¿A dónde van?-

Agustín dijo, -vamos a Inglaterra a contarle a la gente de Jesús-

Las personas no podían creer lo que oían. -¿¿Qué?! ¿Van a Inglaterra? exclamaron. – Deben estar locos. Puede que los salvajes bárbaros que viven allí los maten inmediatamente. Si no es así seguramente no los convertirán con palabras amables y amorosas de Jesús.

Agustín y sus amigos se miraron. Ya estaban muy cansados y ¡ahora esto! ¿Qué debían hacer? Agustín sabía que sus amigos no querían continuar.

Lentamente Agustín dijo, -Iré de regreso a Roma y le rogaré a Gregorio que nos deje volver a casa. –

Volvió travesando todas esas millas ya recorridas, con el corazón muy cargado. Cuando finalmente llegó a Roma, Gregorio lo escuchó cuidadosamente, pero después dijo, -Agustín no hay que dar marcha atrás. No puedo olvidar a esos chicos de ojos azules en el mercado. Las personas en Inglaterra tienen que escuchar las buenas nuevas de que Jesús los ama.-

No había opción. Agustín luchó de vuelta a través de los bosques, subiendo y bajando las montañas, a través de los valles. El viaje se puso aún peor, pero algo le pasó a Agustín mientras viajaba solo. Escuchó a Dios, y de repente no tuvo más miedo. Sabía que Dios estaba con él.

Cuando volvió a encontrarse con los hombres que lo estaban esperando, dijo, -Seguiremos. Dios va con nosotros. No sé cómo nos tratarán las personas en Inglaterra, pero ahora estoy seguro de que tendremos una oportunidad para hablarles de Cristo y de su amor por ellos. –

Siguieron adelante. Cuando finalmente llegaron a Inglaterra, enviaron un mensajero al rey Ethelbert. ¿Qué intentaría hacer el rey? ¿Los intentaría matar como habían dicho aquellas personas en el camino?

El mensajero volvió, -el rey Ethelbert escuchó su mensaje, - dijo. –Su esposa es cristiana, entonces los ha invitado a quedarse en la isla. –

Varios días después, el rey Ethelbert fue personalmente a ver a Agustín y a sus acompañantes misioneros. Sin embargo no se acercó mucho, porque tenía miedo de que estos hombres practicaran magia o brujería en él. ¡Había oído que Agustín hacía que crecieran colas a aquellos que lo irritaban! Entonces se sentó en el medio de un campo. Después le ordenó a Agustín que le dijera lo que tenía que decir.

El momento había llegado. Agustín le contó al rey Ethelbert la historia de cómo Dios había creado al mundo y todo lo que había en él. Le contó cómo Dios había enviado a su único Hijo, Jesucristo, para salvar a la gente de sus pecados.

El rey Ethelbert escuchó cuidadosamente, pero después dijo, -Eso es muy interesante, pero tengo que quedarme con la religión que mi nación y yo hemos creído por mucho tiempo. De todos modos, te puedes quedar aquí, y contarle a la gente sobre tu Dios. –

Ahora Agustín y sus amigos comenzaron a predicar sobre Dios en la ciudad de Canterbury. Vivían entre la gente. Les ayudaban y transmitían el amor de Cristo. Muchos se convirtieron y se unieron a la pequeña iglesia en esa ciudad.

Cuando el rey Ethelbert vio cómo Agustín y sus seguidores vivían, se veía cada vez más interesado en el cristianismo y comenzó a escuchar lo que decían. Con el tiempo se hizo cristiano también, y fue bautizado. La reina estaba feliz. Ella por muchos años había esperado y orado por esto.

Las buenas nuevas sobre Jesús finalmente habían llegado a la tierra de los de pelo de oro y ojos azules que el papa Gregorio había visto en el mercado. Mucha, mucha gente se convirtió en discípulos de Cristo.

En el año 601 el papa Gregorio nombró a Agustín arzobispo de Canterbury.

Canterbury sigue siendo el lugar donde se encuentra el jefe de la Iglesia de Inglaterra. Es llamado el “arzobispo de Canterbury”, al igual que llamaban a Agustín muchos años atrás.

## **10.EL ÁRBOL QUE APUNTA AL CIELO**

(Bonifacio). Año 724 d.C.

Era víspera de Navidad en el año 724. La luna brillaba fuertemente sobre los árboles cubiertos de nieve y dispersaba millones de diamantes en sus ramas. A través de la hermosa blanca caminaba un grupo de hombres. El líder, Bonifacio, caminaba adelante. Abría camino en la nieve profunda, y los otros hombres, uno por uno seguían sus pasos en una sola fila. Habían llegado como misioneros a Alemania. -¿No es tiempo de acampar por la noche?- preguntó uno de ellos. Todos pararon para tomar un respiro.

-No, - dijo Bonifacio. –Tenemos un trabajo importante que hacer esta noche. Es navidad. La gente del bosque ya se habrán reunido bajo el gran roble para adorar a su dios, Thor. Harán un sacrificio. Tenemos que ir ahí para romper el poder del maligno que su dios tiene sobre ellos. –

El pequeño grupo de hombres se apuraron a través de la nieve. Finalmente pudieron ver un resplandor rojo. Un fuego se había encendido frente al roble. Mientras se acercaban, podían ver una gran multitud de gente sentada en un semicírculo alrededor del fuego. Sus rostros miraban hacia el gran roble, el árbol sagrado para adorar a su dios. Toda la gente estaba vestida de blanco puro. Algo muy especial estaba a punto de suceder.

Bonifacio y sus hombres se acercaron.

Frente a la gente estaba parado un sacerdote en una larga túnica. El sacerdote levantó sus manos. –Esta es la noche cuando el sol muere, - dijo cantando. –Es la hora

de la oscuridad. Thor, el dios de los truenos y de la guerra, que habita en este roble, nos ha mostrado que está enojado con nosotros. –

-Nuestras cosechas han fracasado. Los lobos han devorado nuestras ovejas. Una vez más debemos alimentar las raíces del árbol sagrado de Thor con sangre. –

Un murmullo de aprobación recorrió las masas populares.

El sacerdote levantó su cara y llorando dijo, -Thor demanda que le den lo mejor y máspreciado que tienen. –

Caminó hacia el lugar desde donde los niños estaban mirando el fuego. Puso sus manos sobre la cabeza del pequeño Asulf, el hijo del cacique de la tribu. El pequeño de pelo rubio con la alegre sonrisa era especialmente querido por la tribu.

-Este es el elegido, - dijo el sacerdote. Sólo él puede llevar sus pecados. –

Los padres de Asulf quedaron congelados por el horror, y un suspiro se escuchó de parte de toda la asamblea mientras el sacerdote llevaba al pequeño príncipe Asulf a una gran piedra frente al fuego.

Bonifacio y sus hombres estaban parados detrás de algunos árboles, mirando. Sin hacer ruido Bonifacio se acercó aún más. El sacerdote le había pedido al niño que se arrodillara en la piedra. Después levantó a lo alto el martillo del dios Thor. Pero justo cuando el martillo comenzó a caer sobre la cabeza del pequeño niño, Bonifacio agarró el martillo por detrás.

-No, - gritó Bonifacio. -¡No! Este sacrificio no es necesario. El Dios de los cielos y de la tierra no está enojado con ustedes. Él los ama y envió su propio Hijo a morir por ustedes. –

La gente saltó. Algunos estaban enojados y querían matar a Bonifacio por interrumpir el sacrificio. Otros estaban felices de que su pequeño príncipe estaba a salvo.

El cacique detuvo el ruido. -¿Qué palabras tienes para nosotros de parte del Dios del que hablas? – le pregunto a Bonifacio.

Bonifacio dio un paso adelante –La palabra es “amor” – dijo. –Jesús, el Hijo de Dios nació esta noche para ser el Salvador de todo el mundo. El poder del mal está destruido. Thor no tiene poder. –

Bonifacio apuntó hacia el gran roble. –Ustedes dicen que este es el árbol de Thor, - dijo. –Veamos si lo protegerá. –

Bonifacio hizo un gesto a sus ayudantes. Rápidamente vinieron hacia adelante con sus hachas. Todos se pusieron a trabajar cortando el viejo roble.

La gente estaba asustada. El sacerdote murmuró enojado. Seguramente el poderoso dios Thor atacará para matar a estos hombres por cortar su árbol.

Pero nada de eso sucedió. Todo se encontraba en silencio en el bosque excepto el sonido de las hachas. Finalmente el poderoso árbol cayó al suelo con un estruendo.

-Su dios está muerto, - dijo Bonifacio. –El Dios verdadero manda que lo adoremos sólo a él. Bonifacio caminó hacia un pequeño árbol abeto cerca de él –Permitan que este pequeño árbol que siempre está verde y apunta al cielo, les recuerde de la vida que Jesús ha traído. El pequeño Asulf con sus padres y toda la gente que se encontraba allí se reunieron y se sintieron felices por las buenas nuevas que Bonifacio había traído de Dios.

Llegó un tiempo en que cada familia en Alemania se reunía alrededor un pequeño árbol (abeto) en Navidad para celebrar el nacimiento de Cristo y el amor eterno de Dios.

### III. LAS BUENAS NUEVAS EN EUROPA



#### 11. LOS EVANGELIOS DE LINDES FARNE.

Alrededor del año 700 d.C.

Durante los años 700 las personas que vivían en la costa este de Inglaterra nunca estaba segura de cuando los vikingos del norte caerían sobre ellos con sus terribles gritos de batalla.

Sus veloces y grandes botes de dragón venían silenciosamente. Nadie los escuchaba antes de que llegaran. Después el fuego, la muerte y el terror descendían sobre alguna comunidad pacífica. ¡Cuánto temían a los vikingos!

Los monjes que vivían en la bella isla de Lindesfarne sabían que algún día también serían atacados por los vikingos. Ellos también les temían, pero era por una razón especial. Tenían un libro muy preciado que no querían perder. Era un libro que contenía los cuatro evangelios.

Antes de su muerte Eadfrith, su amado obispo, había copiado las palabras en latín en pieles de animales cuidadosamente preparadas, llamadas vitelas. Las había copiado pacientemente, palabra por palabra, para que lo que Jesús había dicho no se perdiera.

Eadfrith esperaba y soñaba que algún día las personas dejarían sus espadas y lanzas para seguir a Jesús, quien lleva la bandera del amor. ¿Cómo iba a suceder esto? Únicamente si las palabras de Jesús, quien es el único que puede salvar al mundo de sus sufrimientos, fuesen llevadas a todas las personas.

El libro era hermoso. Eadfrith, quien era un artista, había decorado muchas de las letras mayúsculas con flores y fotos de ángeles. Las había pintado de muchos colores.

Después de la muerte de Eadfrith, hicieron una tapa para las páginas y un hábil herrero la había adornado con oro, plata y piedras preciosas.

Este era el tesoro que preocupaba a los monjes. ¿Qué harían si los vikingos viniesen repentinamente? ¿Cómo salvarían al libro con su mensaje de amor y paz?

Un día sucedió. Alguien vio los llamados barcos dragón acercándose. Pronto su amado hogar estaría en llamas. Ellos actuaron rápido.

Uno de los monjes corrió hacia donde se encontraba guardado el libro. Secretamente los monjes se deslizaron hacia abajo, donde el barco estaba anclado. Durante la noche remaron a través de las aguas hasta la costa de Inglaterra.

Sin embargo, incluso en Inglaterra no había un lugar seguro para su tesoro. Los vikingos fueron allí también, entonces los monjes decidieron ir a Irlanda.

En el viaje a Irlanda, surgió una tormenta espantosa. El viento y las olas desgarraban al pequeño barco. Los monjes luchaban por sus vidas. De repente una ola imponente rompió sobre ellos, y frente a sus ojos arrasó con su preciado libro llevándolo a las tormentosas aguas.

El bote fue llevado de regreso a Inglaterra, y los monjes apenas pudieron escapar con vida. Se pararon en la costa mirando hacia las espumosas olas. Su tesoro se había ido. Después de todos los planes cuidadosos y su esfuerzo, lo habían perdido.

Finalmente la tormenta se detuvo. El mar estaba tranquilo nuevamente. Cuando la marea estaba baja, los que vivían allí cerca bajaban a la costa para buscar entre las rocas algo de valor que pudiera haber sido arrastrado a la costa por la tormenta. Los monjes bajaron también. Con poco entusiasmo buscaban por aquí y por allá. Realmente no creían que encontrarían el libro, pero estaban tan desconsolados que no podían hacer otra cosa que buscar.

De repente uno de los monjes comenzó a avanzar. ¿Allí, atrapado entre las piedras, no era eso un paquete? No, ¡seguramente que no! Probablemente eran trapos. Con sus corazones palpitantes corrieron hacia allí. ¡Era el libro! Con gritos de alegría abrieron el paquete

-¡Toda la alabanza sea para Dios! – susurraron los monjes. -Nuestros evangelios están a salvo –

-¡Y ni siquiera están estropeados!- murmuró uno. –Ven, sólo algunas de las páginas están mojadas. –

Nuevamente, cargando su preciado libro, los monjes siguieron caminando por las calles a través del país, sin hogar. Finalmente un día llegaron a un monasterio en la ciudad de Chester-le-street y encontraron un refugio para ellos y su tesoro.

Los monjes anglosajones de aquel lugar miraban con asombro el hermoso libro, pero pocos de ellos sabían latín. Querían leer lo que estaba en el libro pero no entendían el idioma.

Uno de ellos, llamado Aldred, notó algo. Los renglones en el hermoso libro estaban muy separados como Eadfrith los había copiado. ¿Podría él escribir la traducción entre los renglones?

Después de mucho pensar y orar, los monjes de Lindesfarne dieron su consentimiento y entonces Aldred fue a trabajar. Palabra por palabra, oración por oración, escribió el mensaje entre los renglones en su propio idioma anglosajón. Porque, ¿cómo se llegar a que abandonen las espadas, y que las lanzas sean dejadas de lado, sin que todos conozcan a Cristo y su amor? ¿Y cómo sabrán de Cristo, sin leer las buenas nuevas en su propio idioma? Eadfrith hubiese estado muy complacido con lo que hizo Aldred.

En un lugar especial en Londres donde los ingleses guardan sus tesoros más queridos, aun hoy podrás encontrar una de estas antiguas ediciones. Los que van allí pueden ver las palabras originales que escribieron Eadfrith y Aldred hace más de mil años en los evangelios de Lindesfarne.

## **12.MARGARET, REINA DE ESCOCIA.**

Alrededor del año 1000

Unos quinientos años después de que Columba le había contado a la gente de Escocia sobre Cristo, algo más pasó, que fue muy hermoso y trajo importantes cambios a ese país.

Sin embargo no empezó con algo hermoso. Comenzó con una gran tormenta. Toda la noche las enormes olas rompieron contra las rocas de la costa de Fifeshire. En Dunfermline, la residencia real, el rey Malcolm se preguntaba qué le estaría pasando a los barcos que estaban en el mar.

En la mañana un sirviente corrió para avisarle al rey que un barco había sido desviado por el viento de su trayectoria y había desembarcado en una bahía cercana y segura. Los viajeros aparentemente eran de una familia real de Inglaterra.

El rey Malcolm y algunos sirvientes se apuraron a traer a las personas cansadas al castillo. Había una princesa, su hijo Edgar, que era el heredero del trono británico, y dos hijas, Christian y Margaret. Debido a una crisis política se dirigían a Hungría cuando quedaron atrapados en la tormenta.

La princesa Margaret era alta, una chica encantadora. Muchas escrituras antiguas hablan tanto de la belleza de su carácter, aunque dicen poco de la belleza de su apariencia. El rey Malcolm se enamoró de ella inmediatamente y quería que ella se casara con él. Al principio Margaret no quería ser reina. Ella había puesto su corazón en entrar a un convento y servir a Dios a través de la meditación y la oración. Pero después de un tiempo cambió de opinión y en el año 1070 Margaret se casó con Malcolm, el tempestuoso monarca de Escocia.

Una de las primeras cosas que hizo la joven reina fue asegurarse que su gente se pudiese acercar a ella en cualquier momento. Había una piedra cerca del palacio en la cual frecuentemente se sentaba para que cualquiera que tuviese un problema se acercara a ella por ayuda.

Pronto se hizo costumbre en Dunfermline que cada mañana los pobres eran invitados a la entrada principal del palacio real. Cuando estaban sentados, el rey y la reina entraban. El rey se paraba en un lado y la reina del otro lado mientras, juntos, esperaban y servían a la gente...

El rey Malcolm llenaba a Margaret de riquezas, pero ella no consideraba nada como si fuera suyo. Usaba todo al servicio de otros y ayudaba a fundar iglesias, escuelas y refugios para los enfermos y necesitados.

La bella reina era tan dulce, feliz y encantadora que todo el mundo se sentía atraído por ella.

El clero, así como los jefes de los clanes aceptaban las reformas sugeridas para la vida de la Iglesia y el Estado. Ella era sabia y tenía un buen corazón y entonces confiaban en ella. Más que eso, la amaban.

El rey Malcolm adoraba a su esposa. Se dice que todo lo que la complacía a ella, él también lo amaba, por el amor que tenía por ella. Él la apoyaba en todo lo que hacía y reconocía que sus fuerzas venían de Dios.

Margaret y Malcolm tuvieron ocho hijos. Cerca del final de sus vidas ellos vivieron en el castillo de Edinburgo. Allí dentro de las paredes del castillo, la reina Margaret tenía una pequeña capilla construida para que ella pudiera ir a orar y estar a solas con Dios.

La pequeña capilla aún sigue en pie. La puedes ver si vas a Edinburgo y escalas la colina hacia el gran castillo. Encontrarás flores frescas sin importar cuando llegues. Son puestas allí cada semana por las Margarets de Escocia, que se han unido para formar un gremio para honrar a la reina por la que fueron nombradas así y quien, por lo que dijo e hizo, dirigió a la gente de Escocia a una mejor manera de vivir.

### **13. QUIERO LEER.**

#### **ALREDEDOR DEL AÑO 1700.**

Hace trescientos años atrás vivía en Francia en pequeño niño llamado Louis Braille. Su padre era el fabricante de monturas en la población. Louis pasaba mucho tiempo jugando en la tienda de monturas. Sus grandes y brillantes ojos azules no se perdían de nada.

Un día cuando tenía tres años; Louis decidió que también haría una montura. Tomó un pequeño pedazo de cuero y un filoso punzón del banco de trabajo de su padre. Intentó perforar un agujero en el cuero como había visto que su padre lo hacía. Pero el cuero era duro.

Intentó una y otra vez. Finalmente se acercó para ver mejor. ¡El punzón resbaló y perforó su ojo!

Su grito de terror hizo que su padre viniera de un salto hasta el banco de trabajo. Su madre y hermanas vinieron corriendo. Incluso los vecinos salieron a sus puertas.

Louis fue llevado rápidamente a un doctor, pero no pudo ayudarlo. La infección del ojo lastimado se extendió hacia el otro y un día el pequeño Louis no pudo ver absolutamente nada. Estaba ciego.

Louis no podía entender lo que le había pasado. ¿A dónde se habían ido todas las cosas que antes podía ver? Tristemente se sentó en el pequeño banco frente a la estufa a leña. Siempre estaba oscuro.

Su familia trató de ayudarlo lo más posible. Su madre puso un pequeño perro de peluche en sus manos y guió sus dedos para que lo tocara y entendiera lo que era. Su padre lo animó a explorar la tienda de monturas con sus manos. Su hermano y hermanas le describían las cosas constantemente.

Lo que más le gustaba a Louis era que su hermana Catherine le contara historias. - ¿Cómo sabes tantas historias Catherine? – le preguntó un día.

-Oh, - dijo Catherine, -cuando era pequeña la abuela Braille me contaba historias, y después cuando iba a la escuela leía historias de los libros. –

- Cuando vaya a la escuela voy a leer historias de los libros también, ¿verdad? – preguntaba Louis.

Pero el pequeño no podía leer historias como el resto de los niños. Iba a la escuela, pero aunque sostuviera el libro como los otros niños lo hacían, no podía hacer que el libro hablara.

-¿No hay libros para que los niños ciegos lean? - le preguntó a la maestra.

-No, - dijo su maestra tristemente. –No hay libros para niños ciegos. –

Louis puso su cabeza sobre la mesa y lloró. Poder leer libros era lo que más deseaba.

Pronto Louis llegó a estar mejor que el resto de su clase porque recordaba todo lo que la maestra decía. Hacía toda la aritmética en su cabeza. Pero no podía leer ni escribir.

Llegó el tiempo cuando el resto de los niños fueron a estudios superiores. Louis no podía ir porque era ciego. Tristemente se sentaba en la tienda de monturas y trenzaba borlas para las monturas que su padre hacía.

Un día el pastor de su iglesia vino a su casa. –He oído de una escuela para ciegos en París, - dijo.

Louis saltó. -¿Habrán libros que yo pueda leer allí? - Decía muy emocionado.

-Eso creo, - dijo el pastor -Al menos escuché que los niños de la escuela leen de los libros delante del rey y de la reina. –

-¿Cuándo puedo ir? – Preguntó Louis mirando a sus padres. – Quiero ir enseguida

–  
Louis fue a la escuela en París, y allí encontró libros para que los ciegos leyeran. Pero había muy pocos. Eran enormes. Cada letra tenía relieve para que al tocarlas con los dedos pudieran identificarlas. A Louis no le llevó mucho tiempo aprender a leer estos libros y los había terminado en muy poco tiempo. Nuevamente no había libros para él.

Se le dijo que debía aprender a tejer y hacer zapatillas y ya no preocuparse por leer. Aprendió a hacer zapatillas rápidamente, pero aún quería leer.

-Seguramente debe haber alguna manera para que los ciegos lean y escriban – pensaba él para sí mismo. Si sólo pudiera descubrirlo.

Louis concluyó en que encontraría una manera. Desde ese momento pasó cada minuto de su tiempo libre intentando inventar un código alfabético que ocupara poco espacio y que pudiera ser leído rápidamente con la punta de los dedos.

Una vez se encontraba parado en el estudio de su pastor y tocando con sus manos los muchos libros que había en los estantes.

-¿Yo mismo nunca podré leer libros como estos? – le preguntó al pastor. -¿Siempre tendré que depender de alguien para que me lea? –

-Sólo Dios sabe eso, hijo, - dijo el pastor gentilmente. – Confía en él. Presiento que él tiene una tarea especial para ti. –

Dios sí tenía un plan especial y una tarea especial para Louis Braille. Por muchos años Louis trabajó para crear un código alfabético. A veces se sentía muy desanimado. Nada parecía funcionar. Pero finalmente tuvo la idea de hacer puntos con relieve hechos perforando el papel con un punzón. Inventó una forma de organizar los puntos en un código de seis ubicaciones a fin de que cada letra del alfabeto pudiera ser escrita rápidamente y también ser sentida rápidamente con los dedos.

¡Al final lo había logrado! Louis copió su alfabeto de puntos para llevarles a los chicos a la escuela. Uno de ellos lo comprendió rápidamente y perforó una oración. Decía, -Puedo escribir. –Estaban todos contentos.

Así es como el alfabeto Braille fue inventado.

## 14. ¿QUIÉN ES EL CULPABLE?

### SIGLO XIX

La habitación en uno de los juzgados de Londres estaba llena. La puerta se abrió y un hombre pequeño y muy delgado fue traído. Su campera parecía demasiado grande para él.

-¿Es su nombre William John Turnbright? – preguntó el juez.

-Sí, su señoría, - respondió el hombre con un susurro que apenas se podía escuchar.

-Señor Turnbright, - continuó el juez, -Usted robó una flauta de pan de una de las panaderías de la ciudad ayer. ¿Por qué lo hizo? –

John Turnbright se secó las gotas de sudor de su codo. –Su señoría, - dijo nervioso. –Tengo a mi esposa enferma y dos hijos. Necesitan comida. Yo no puedo hacer trabajos pesados y no hay disponibles trabajos más livianos. El año pasado comencé a mendigar para que mi familia no se muriera de hambre. Sin embargo esta semana no nos quedaba nada para comer. No sabía qué más hacer. Entonces tomé el pan.

-Yo no robé el pan, su señoría. Lo tomé. Había tantos panes puestos allí. Me pregunté cuántos de ellos, si no se vendían, serían arrojados en los contenedores de residuos como pan viejo. Y con uno sólo era suficiente para alimentar a mi familia un día más.

Tengo una vieja Biblia en mi casa. La leo a veces cuando mi esposa y mis hijos están durmiendo. Dice allí que aquellos que tienen deben darle a los que no tienen. Su señoría, ¿cuánto tenemos que esperar hasta que algo nos es dado? –

Exhausto, el hombre paró de hablar. El juez que lo había estado escuchando con mucha atención, estuvo callado por un tiempo.

Después dijo, -Señor Turnbright, tenemos una ley en este país que no nos permite hacer ninguna excepción. Eres culpable de robo y debes pagar la multa de cinco libras.

El juez hizo una pausa. Después sacó su billetera y agarró un cheque de cinco libras. Lo puso en el recipiente de su escritorio y le dijo al hombre frente a él, -Esta es tu multa. Está pagada. –

Después el juez dejó que sus ojos miraran a todas las personas en el juzgado. – Además de las leyes que están escritas en nuestros libros de derecho, - dijo lentamente, -hay una ley moral y universal. De acuerdo a esa ley somos todos culpables. Es nuestra culpa que este hombre haya tenido que robar. ¿Quién quiere restituir a este hombre lo que no hemos hecho por él durante todos en estos años? Aquel que tenga oídos para oír que oiga. –

El juez levantó el recipiente con el billete de cinco libras de su escritorio y lo hizo pasar por las filas de gente sentada en el juzgado. El recipiente, lleno hasta desbordar con dinero fue entregado al señor Turnbright.

El sostenía el recipiente con sus dos manos y lo miró fijamente, como si esto fuera sólo un sueño.

La corte fue despedida.

## **15.LA BIBLIA EN SUS CORAZONES.**

Alrededor del 1900

Karl Olsen vendía Biblias. No las vendía en una tienda. ¡Para nada! Las vendía caminando por los caminos llenos de lodo, de pueblo en pueblo al este de Polonia.

Un día estaba luchando a lo largo de una carretera especialmente mala y estaba cansado. Cuando finalmente llegó a un pueblo, se detuvo en la primera casa.

Un hombre lo atendió cuando golpeó. Por debajo de sus brazos se asomaban tres niños mirando al extraño.

-Estoy en busca de un lugar para pasar la noche, buen señor, - dijo Karl. –Tengo dinero para pagar por el hospedaje y también por una comida. Tengo libros para vender. También leo y cuento historias a las personas en las casas donde me quedo. –

Al escuchar que contaba historias, los niños quedaron encantados, y el hombre dijo, -Entra entonces, sal del frío. Mi nombre es Antoni Kowalski. ¿Cuál es el tuyo? –

-Karl Olsen, - dijo.

Karl Olsen entró en la casa y conoció a toda la familia. Allí estaba Marja, la esposa de Antoni, que estaba cocinando la cena, y después estaban la pequeña Marja, Jan y la bebé Zosia.

Los niños de inmediato querían escuchar una historia, pero su padre dijo firmemente, -Dejen que nuestro invitado pueda calentar primero sus manos, antes de que lo molesten, -

-Y la cena está casi lista, - dijo su esposa. –Tenemos que comer primero. –

Después de la cena toda la familia se reunió alrededor de Karl. Éste abrió su bolso y sacó una Biblia. –Este es el libro máspreciado del mundo, - dijo. ¿Les leo una historia? Aquí hay una historia que Jesús contaba a la gente que se reunía alrededor de él. –

Karl leyó la historia del buen samaritano. –Han sido un buen samaritano conmigo, - dijo. –Me han dejado entrar y me han dado refugio. –

Después Karl leyó historia tras historia. Les contó de José, de David. Les contó de Salomón y su hermoso templo. La pequeña Marja suspiró con placer cuando Karl finalmente cerró el libro.

-Permítenos comprarte una Biblia, así nuestro padre nos puede leer de ella todas las noches, - suspiró.

-Somos demasiado pobres para tener libros, - dijo su padre frunciendo el ceño.

-¡Por favor! ¡Por favor! – suplicaba la pequeña Marja. Finalmente su padre se rindió y compró la Biblia.

Karl se quedó con la familia por dos días más. Hizo amigos en el pueblo, pero nadie más compró una Biblia. Karl estaba decepcionado. Tristemente caminó por el lodo hacia el siguiente lugar.

Sin embargo algo muy interesante estaba sucediendo en el pueblo que acababa de dejar. En invierno las noches son muy largas en Polonia. El sol se oculta temprano y por la noche los lobos pasean por el campo. La gente se queda dentro de sus casas y no hay mucho más para hacer.

En noches como esas, Antoni Kowalski y su familia se sentaban alrededor del fuego. Antoni agarraba la Biblia y leía las historias que Karl había dejado marcadas. Era todo nuevo para ellos. Hablaban y se preguntaban sobre lo que habían leído.

A veces un vecino venía. Antoni agarraba su Biblia y decía, -Escucha esta enseñanza. Dime lo que piensas de ella. –

-¿Por qué debería de perdonar a mis enemigos? – preguntaba el vecino asombrado. -¿Significa eso, que debo cortar leña para alguien que ha robado parte de mi cosecha de trigo? ¡Seguramente no puede significar eso! –

-¿Quién sabe? - Antoni movía su cabeza dudando. –Una enseñanza extraña –

O hablaban del versículo, -Trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti. – La pequeña Marja y Jan escuchaban mientras su padre y su madre discutían estas cosas con su vecino. A veces se acordaban de que cuando jugaban con otros niños no siempre habían sido amables.

Cómo se produjo ese cambio, nadie sabe. Era como la levadura en la masa, trabaja silenciosamente, el Espíritu de Dios estaba trabajando en el corazón de la gente. La enseñanza de la Palabra de Dios comenzó a cambiar a Antoni y su familia, a los vecinos y amigos, comenzó a cambiar su manera de pensar, hablar y actuar.

Llegó el día cuando Antoni y su familia decidieron hacerse seguidores de Jesús, no sólo en sus corazones, sino abiertamente frente a los demás. Otros en el pueblo también querían pertenecer a Cristo. Pronto más y más vinieron, y llegó el día cuando hubo 200 cristianos en este pueblo.

Unos años después, Karl Olsen estaba nuevamente caminando por el lodo hacia el mismo pueblo. Se acordaba de que había vendido solo una Biblia allí. También se acordaba de la familia con la que se había quedado. Golpeó a su puerta, apenas pensando que lo iban a reconocer.

La pequeña Marja fue hacia la puerta. Ahora era más alta que su madre. Después gritó, -¡Mamá, mamá! Es Karl. ¡Ha vuelto! –

La familia se reunió alrededor de él. Se corrió el rumor por todo el pueblo, y pronto una gran multitud estuvo allí para darle la bienvenida.

Karl estaba completamente confundido. ¿Qué significaba esto? ¿Cómo pudieron recordarlo?

De a poco la historia salió a luz. Le mostraron la Biblia que prácticamente se estaba desarmando. Le contaron que más de 200 personas se habían hecho seguidores de Jesús por el mensaje que había en el libro.

Al día siguiente se reunieron para adorar. Durante la reunión Karl preguntó, -¿Hay alguien que se haya aprendido de memoria un versículo y pueda recitarlo? –

Por un momento hubo silencio. Después Antoni preguntó, -¿Versículos o capítulos?–

Una sonrisa apareció en los rostros de los más grandes, y los pequeños se reían.

-Sí, - dijo Antoni. –Teníamos tanto miedo de que pudiésemos perder la única Biblia que tenemos, que comenzamos a memorizarla. Cada niño y niña, hombre y mujer se le asignó una parte, y ahora podemos, como grupo, recitar la mayoría de los libros de la Biblias de memoria. –

Karl Olsen estaba sorprendido. Apenas podía creer lo que oía. Esta vez se quedó en el pueblo por una semana, porque estos nuevos cristianos tenían muchas preguntas. Y esta vez compraron todas las Biblias, Nuevos Testamentos y Evangelios que tenía con él.

Karl pensaba maravillado, -Muchos años atrás vendí sólo una Biblia aquí, y ¡esto es lo que ha pasado por eso! Realmente, cuando Dios trabaja en los corazones y mentes de las personas, cosas increíbles suceden. –

A paso liviano y con un corazón feliz, Karl Olsen se fue al siguiente pueblo.

## **16.LA PEQUEÑA TINA.**

Alrededor del año 1945

La pequeña Tina vivía con su madre y su padre en un pueblo menonita en Rusia.

Un día cuando Tina tenía tres años y medio, se escuchó un gran golpe en la puerta. Hombres del gobierno entraron y se llevaron a su padre. No dijeron por qué ni a dónde lo llevaban.

No muchas semanas después, la gente en el pueblo de Tina estaba atemorizada. Había una guerra y el enemigo se acercaba cada vez más. Podían escuchar los disparos.

Una noche un vecino vino a la casa y le dijo a la madre de Tina, -¡Rápido! Arma una valija y ven. Estamos huyendo. ¡El ejército está casi aquí! –

Frenéticamente mamá arrebató a Tina mientras dormía, la vistió, y echó las cosas más necesarias en una valija. Silenciosamente salieron de la casa a la noche.

Una larga fila de gente silenciosa iba caminando hacia los bosques, seguían y seguían. Durante la noche caminaban y en el día intentaban esconderse y encontrar un lugar para dormir. Finalmente llegaron a un país llamado Polonia. Los oficiales polacos tampoco no los querían. Pusieron a todas las madres con sus hijos en un campo de concentración y a trabajar duro en los campos. Los supervisores eran crueles y ellas tenían poco para comer.

La pequeña Tina lloraba y quería ir a casa, pero había una cerca de alambre de púas alrededor de ellas. Se tenían que quedar allí.

Un día el supervisor llamó a las madres al patio cuando era mediodía y anunció, -En quince minutos van a traer a todos sus hijos aquí. Los vamos a llevar para que no las molesten más en su trabajo. ¡Marchen! –

La madre de Tina subió corriendo las escaleras. Sujetó a la pequeña Tina desesperadamente contra su pecho. Sacó rápidamente un pequeño pedazo de papel color marrón, que se usa para envolver, que había guardado y un trozo de lápiz.

Escribió algo en el papel, y después dijo, -Tina, escucha cuidadosamente a tu madre. En este pequeño pedazo de papel he escrito tu nombre, fecha de nacimiento, y mi nombre. Debes guardarlo en tu bolsillo, y nunca, nunca perderlo. No debes dejar que nadie te lo quite, porque si lo hacen, mamá no te podrá volver a encontrar. Y ahora, cariño, no temas, incluso aunque mamá no sepa dónde estás, Dios sí. Él cuidará de ti. Siempre ora a él, y algún día él nos volverá a juntar. –

Después Tina tenía que ir con los otros niños. Valientemente saludó a su madre con una mano, y con la otra se aferró al pequeño pedazo de papel en el bolsillo de su vestido roto.

Cuando mamá no pudo ver más a la pequeña Tina, se tiró al suelo de rodillas y clamó a Dios para que cuidara de su pequeña niña.

Los niños fueron llevados muy lejos en tren y después distribuidos entre gente polaca que cuidarían de ellos.

Una pareja muy amable llevó a Tina a su casa. Siempre habían querido una pequeña niña. Ellos abrazaron y besaron a la pequeña Tina, le dieron comida para comer y le llevaron a dormir en una cama pequeña y limpia.

En tanto los días pasaron, amaban a Tina cada vez más, como si fuera su propia hija. Pero había algo que los intrigaba. Un día la mujer le dijo a su esposo, -¿Qué piensas que está escondiendo nuestra pequeña? Durante el día nunca saca la mano de su bolsillo, y en la noche esconde algo bajo su almohada.

-Sí, - dijo su marido, -es extraño. Tenemos que descubrir qué es. –

Pero cuando le preguntaban a Tina, ella no les respondía. Y cuando intentaban sacar su mano del bolsillo, lloraba y gritaba alejándose.

Una noche, cuando Tina estaba durmiendo profundamente, miraron bajo su almohada. Qué más encontrarían que un pedacito de papel para envolver con el nombre de Tina, su cumpleaños y el nombre de su madre.

El hombre y su esposa se miraron. Se emocionaron profundamente.

-Su madre se lo había dado para que lo cuidara y así reconocerla si pasaban muchos años. – susurró la mujer.

A pesar de que realmente querían adoptarla y quedársela, decidieron que la dejarían ir si la madre de Tina fuese encontrada algún día. Se aseguraron de que la pequeña Tina tuviera ese pedacito de papel en un lugar seguro.

Por fin, después de tres años, la madre de Tina fue sacada del campo de concentración, e inmediatamente salió a buscar a su pequeña niña. Fue al lugar donde se decía que habían llevado a los niños y comenzó a preguntar de casa en casa. La madre de Tina estaba preocupada, ¿reconoceré a Tina ahora que tiene más de seis años? ¿Me reconocerá? ¿Habría guardado aquel pedacito de papel para poder ser identificada?

Finalmente, la madre de Tina llegó al lugar correcto. Tina corrió a los brazos de su madre. Se reconocieron y ese pequeño pedazo de papel probaba que eran madre e hija. La amable pareja polaca, que habían cuidado de Tina, estuvo dispuesta a dejarla ir para estar con su madre nuevamente.

## **17. DIOS PUEDE.**

(C.F. Klassen) alrededor del año 1946.

Un hombre alto y atractivo caminaba rápidamente por las calles de una ciudad bombardeada de Alemania; trepaba por montones de escombros, tropezó con algunos agujeros, y de vez en cuando se detenía y miraba más de cerca partes de casas donde aparentemente la gente podría haber encontrado refugio.

De repente, se inclinó sorprendido, y escuchó. Muy claramente podía escuchar a alguien cantar, era la melodía de un himno que los menonitas solían cantar en Rusia.

El hombre llamó a la puerta de la habitación de donde salía el sonido. Todo quedó en silencio inmediatamente. Después alguien abrió la puerta lentamente y con una cara aterrorizada miró hacia afuera.

-Soy C.F. Klassen, un menonita de Norteamérica, y estoy buscando a mi gente, - dijo el hombre alto en un alemán bajo.

-¡Un Menonita! – La gente que se encontraba adentro saltó. Lo llevaron adentro. Lloraron con gran alegría.

-¿Has venido de América? –

-¿Cómo sabías de nosotros? –

-Teníamos miedo de que los rusos nos encontraran y nos llevaran de vuelta a Rusia

-Todos hablaban a la vez.

-Los menonitas en Norteamérica están preocupados por ustedes. Quieren ayudarlos. ¿Saben de algún otro refugio menonita por aquí? – preguntó C.F. Klassen.

Así es como C.F. Klassen, enviado por el Comité Central Menonita, comenzó a ayudar a otros menonitas después de la segunda Guerra Mundial. Pronto necesitó ayudantes. Miles de menonitas que habían perdido sus hogares por la guerra, venían a campos de refugiados, esperando a ser ayudados.

Una y otra vez C.F. Klassen intentaba convencer a los oficiales del gobierno de dejar ir a estas personas sin hogar a otros países. Había muchas dificultades, pero siempre que las cosas parecían imposibles, C.F. Klassen decía, -No podemos resolver este problema, pero Dios puede. –

Y Dios podía. Más y más gente se les permitía ir a Paraguay, Uruguay, Canadá y los Estados Unidos. C.F. Klassen se alegraba con cada uno de los que le permitían irse y encontrar un nuevo hogar.

Pero él mismo no tenía tiempo para estar en casa. No tenía tiempo para descansar. Había demasiado para hacer. Un día manejó hasta Gronau, el lugar donde miles de refugiados habían estado y donde ahora los campamentos estaban vacíos. Aquel día Dios lo llamó a su hogar eterno. C.F. Klassen al final podía descansar. Su trabajo estaba hecho.

## **18. DEMASIADO.**

Alrededor del año 1950.

Por muchos años los niños y las niñas de Canadá, y de los Estados Unidos preparaban paquetes de navidad para los niños en los campos de refugiados. Frecuentemente una clase de Escuela Dominical compraba las cosas que iban en los paquetes.

El paquete contenía un vestido si iba para una niña, o una camisa y pantalones si iba para un varón. También tenía un jabón y una toallita. Y siempre había un juguete.

Todas las cosas eran envueltas en una toalla de color brillante y cerrado con un alfiler. Después el Comité Central Menonita añadía un Nuevo Testamento en el idioma del país al que fuera el paquete.

Una pila gigante de paquetes de navidad fue enviada a Berlín después de que la Segunda Guerra Mundial terminó.

Los trabajadores de la CCM estuvieron contentos cuando vieron todos los paquetes que podían dar.

Reunieron a todos los niños de la zona, donde se había perdido casi todo y tuvieron un programa de Navidad. Un trabajador de la CCM les contó la historia del pequeño Jesús que había nacido en Belén. Juntos cantaron villancicos alemanes y oraron.

Durante el programa los niños habían estado mirando los paquetes envueltos en esas toallas coloridas que estaban apilados sobre la mesa. Se preguntaban qué había dentro de ellos. Casi que no podían esperar hasta saber.

Al final del programa los trabajadores del CCM les dijeron que los niños y las niñas de Norteamérica habían enviado los paquetes, y finalmente los comenzaron a repartir.

Cada niño recibió un paquete. Los niñas se volvieron locas de emoción y alegría cuando sacaban sus vestidos y los niños cuando sacaban su conjunto de una camisa con un pantalón, cuando olían el jabón, o cuando jugaban con los juguetes. Nunca habían visto tantas cosas nuevas y lindas en sus vidas.

Los trabajadores de la CCM miraron a los niños disfrutar de sus regalos de navidad.

Pero de repente Harold Buller, uno de los trabajadores, se dio cuenta de que un pequeño niño estaba parado frente a él. Era el pequeño Pedro. Tendió el paquete de navidad que había recibido y dijo, -¡Esto es demasiado para mí! –

Harold miró al pequeño niño. No podía creer lo que oía. Pedro realmente le estaba devolviendo el regalo de navidad.

Rápidamente Harold se agachó para poder mirar a Pedro a los ojos. Puso sus manos en los hombros de Pedro y dijo, -No, Pedro. No es demasiado para ti. ¿Sabes por qué? –

Pedro negó con su cabeza.

-Porque lo puedes compartir. –

Pedro miró a Harold. Había una luz en sus ojos y una sonrisa se apoderó de su delgada carita. Aferró el regalo a su pecho y salió corriendo.

## **19.EL MILAGRO.**

(Peter y Elfrieda Dyck). Año 1947.

Durante la Segunda Guerra Mundial, como en todas las guerras, hubo muertos, enfermedades y pobreza.

Miles de personas quedaron sin casa y recorrían lugares buscando refugio y comida.

En algunos edificios en Berlín, más de 900 menonitas de Rusia había encontrado refugio. Peter y Elfrieda Dyck, del Comité Central Menonita, los habían traído hasta allí. Pero la gente tenía miedo. Sabía que podrían ser llevados de regreso a Rusia en cualquier momento si no encontraban casa para ellos.

Peter y Elfrieda, junto a otros trabajadores del CCM, estaban trabajando mucho para sacarlos de Berlín. Habían alquilado un barco, el Volendam, para llevarlos a ellos y muchos otros refugiados menonitas de Alemania a Paraguay y Uruguay, donde estarían a salvo.

Para poder llegar al barco a tiempo, los refugiados en Berlín tenían que salir en tren el domingo 26 de enero de 1947. Peter y Elfrieda estaban constantemente trabajando con las autoridades para tener el permiso para sacar a los refugiados hacia la ciudad de Bremerhaven a través de la Zona Rusa. Pero no les habían dicho a los refugiados sobre el barco en caso de que no funcionara.

Llegó el sábado y aún no tenían permiso. La tensión era terrible. Finalmente en la noche, le dijeron a Peter la decisión final: Los líderes Rusos no permitirían que los refugiados viajaran por la zona Rusa.

Casi adormecidos por el dolor, Peter y Elfrieda reunieron a los refugiados. Les dijeron que el barco estaba listo y esperando por ellos en Bremerhaven, pero que no podrían ir. La voz de Peter se quebró. Se tenía que ir a Bremerhaven para ayudar a cargar el barco y para decirles que el Volendam se tendría que ir sin el grupo de Berlín.

Los refugiados se sentaron con sus cabezas bajas. Estaban en silencio. No parecía haber esperanza para ellos. Pero después alguien comenzó a orar. Dios, quien siempre había sido su ayuda en tiempo de dificultades, seguramente sabía de esta situación sin esperanza. Aún podía ayudar. Todos oraron por un milagro. Después se fueron silenciosamente a través de la oscuridad, cada uno a su respectiva casa.

Pero ningún milagro sucedió. Pasó el domingo y el lunes, y le siguió el martes, miércoles y jueves. Todos sabían que el Volendam se iba de Bremerhaven el viernes.

El jueves uno de los refugiados comenzó a armar su valija. Los otros en su cuarto lo miraban. Finalmente uno de ellos preguntó, -¿Qué haces?

-Sólo estoy empacando, - dijo. -Oramos por un milagro, ¿no? Me estoy preparando. ¿Qué tal si Dios quiere contestar nuestra oración pero no estamos listos?-

A las seis en punto del jueves por la noche, Elfrieda recibió una llamada de teléfono para avisar que los refugiados tenían que estar listos para irse en tres horas. El permiso para irse había sido firmado.

Rápidamente todos se prepararon. Elfrieda arregló para que 12 camiones vinieran a buscarlos. Organizó a la gente en grupos para poder subir rápidamente y sin confusión. Los camiones llevaron a la gente hasta la estación de trenes, a través de las oscuras calles de Berlín.

Justo antes de que se fuera e tren, Peter Dyck vino corriendo hasta la estación. Acababa de llegar de Bremerhaven. ¡El barco iba a esperar por un día más! Saltó al tren y la larga fila de vagones comenzó a irse lentamente de la estación.

La gente apenas podía respirar, estaban tan emocionados. También estaban asustados. ¿Qué pasaría si los soldados los paraban y los enviaban de regreso de todos modos? Todos oraron.

El tren pasó por la zona Rusa. El tren se sacudía entrando y saliendo de la zona. Finalmente llegó a Bremerhaven, y allí estaba el Volendam, aún esperando por ellos en la costa.

## **20. SERÁS LIBRE.**

Alrededor de 1935.

Lejos en Siberia había un campamento en el cual presos políticos y criminales eran condenados a hacer trabajos forzados.

El joven Turkela, de Finlandia, fue enviado a este campamento. Era cristiano.

Los otros reclusos pronto se dieron cuenta de que había algo diferente en Turkela. Era abierto y amigable con todos. Incluso cuando las cosas estaban complicadas, aún parecía tener esperanza.

Ivan, un criminal violento, se sentía especialmente atraído a Turkela. Ivan estaba muy amargado. Desde su niñez lo único que había conocido era rechazo, injusticia y odio. Ahora de repente había alguien en quien había luz, amor y calidez. Lentamente Ivan comenzó a confiar en Turkela. Se hicieron amigos.

Durante las largas noches de invierno cuando tormentas de nieve golpeaban salvajemente el campamento, Turkela le contaba a su nuevo amigo sobre su fe en Jesucristo. Ivan tenían un gran anhelo por amor y significado para su vida, pero hasta ese momento no había podido superar la oscuridad y la sospecha que habían sido parte de él por tanto tiempo.

Turkela no lo presionaba, pero en respuesta a todas las preguntas de este criminal, le aseguraba una y otra vez: -Puedes experimentarlo tú mismo. Cristo te puede hacer libre de esas cosas que te hacen esclavo. Pídele que te libere. Trata de obedecer sus palabras. Verás que Cristo nos ha dicho la verdad. Podemos ser libres para vivir una nueva vida. –

Después de un largo invierno, llegó la primavera a Siberia. Con ella llegó una gran cantidad de problemas al campamento. Había peleas entre los reclusos y los guardias. Finalmente los prisioneros se rebelaron y se negaron a trabajar.

El castigo fue rápido y horrible. Tropas fueron enviadas al campamento. Los reclusos puestos en filas y de cada diez uno se tenía que adelantar y era ejecutado con un disparo.

Turkela estaba justo atrás de su amigo. Turkela se dio cuenta rápidamente mientras se hacía el recuento que Ivan sería el número diez.

Sólo quedaban unos segundos. Turkela agarró la mano de su amigo, y le susurró – Serás libre, - y cambió de lugar con él.

Al momento siguiente Turkela dijo en voz alta, -¡Diez! – y dio un paso adelante.

Turkela recibió un disparo. Pero su fe vivía ahora en su amigo, por quien había muerto. Ivan ya no podía vivir sin el Salvador que había hecho que Turkela diera su vida por él.

## IV. LAS BUENAS NUEVAS EN LA INDIA.



### 21. ¡SIÉNTATE, JOVEN!

(William Carey). Años 1761-1834

William Carey, quien había nacido en Inglaterra en 1761, era la persona menos probable en convertirse en misionero.

Incluso desde que era un pequeño niño era delgado y frágil. Su familia vivía lejos de cualquier salida al mar, por lo que no se enteraban de nada de otros países. William tuvo que dejar la escuela cuando tenía doce años y fue aprendiz de un zapatero. Ciertamente él mismo nunca soñó con convertirse en un misionero. ¿Por qué habría de hacerlo? Nadie en su iglesia iba a un país extranjero a hablarles de Cristo.

La gente en la iglesia protestante se había olvidado de que Jesús le había dicho a sus discípulos de ir al mundo y de hacer seguidores de todos. Se habían olvidado de que alguien les había traído las buenas nuevas de que Jesús los amaba y que tenían que

decírselo a los demás. Así mismo, se sentaba en su banco de zapatero, soñaba sobre todas las cosas que haría cuando fuera grande, nunca pensando que iba a ser un misionero.

William siempre supo de Cristo. Siempre había ido a la iglesia. Pero llegó el tiempo cuando Jesús se convirtió en su amigo personal y su Salvador. Ahora la vida de William tomó una nueva dirección. Quería hacer lo que Jesús quería que hiciera.

Cuando William leía la Biblia, repentinamente encontró que Jesús le había dicho a sus discípulos de hablarle a otros sobre su amor. William estaba sorprendido. Si Jesús había dicho eso, ¿por qué nadie lo hacía?

Desde ese momento William Carey soñaba con ir a un país lejano donde la gente nunca hubiese escuchado sobre Jesús y contarles sobre su amor.

En la pared de su tienda clavó un gran mapa del mundo. Por las noches leía hasta muy tarde. Pronto sabía mucho sobre países extranjeros y sobre la gente que vivía allí, pronto sabía más que la mayoría de las personas en Inglaterra.

Descubrió que había esclavos en varias partes del mundo, que eran tratados cruelmente. Descubrió que nunca habían oído de Cristo. William comenzó a orar por los esclavos. Pero cuando comenzó a orar por ellos se dio cuenta de que Dios quería que hiciera algo por sus vidas difíciles.

Una de las primeras cosas que hizo fue negarse a comprar azúcar de las Indias Orientales porque la caña de azúcar era producida con trabajo de esclavos. Otra cosa que hizo fue hablarles a los demás para que esparcieran las buenas nuevas del amor de Cristo a personas que nunca lo habían escuchado. Se levantó en una reunión de pastores y dijo, -Jesús les dio a sus discípulos la orden de ir por todo el mundo y llevar las buenas nuevas de salvación a toda la gente. ¿No deberíamos hacer eso ahora y llevar el evangelio a los paganos? –

La idea era completamente nueva. Nunca habían oído cosa igual. El presidente de la reunión frunció el ceño, -Siéntate, joven, - respondió. –Cuando a Dios le plazca convertir al pagano lo hará sin tu ayuda o la mía. –

William se sentó, pero sabía que se volvería a parar algún día. No se iba a rendir.

Y no lo hizo. Habló, escribió y predicó.

-Esperen grandes cosas de Dios, - decía, - e intenten hacer grandes cosas para Dios. Grandes cosas comenzaron a pasar. Se organizó la Sociedad Bautista Misionera. William Carey junto con su esposa e hijos fueron a India y comenzaron su trabajo misionero allí. Ayudaba a los pobres, e hizo muchas reformas económicas. Tradujo la Biblia para que la gente la pudiese leer en su propio idioma. Predicaba y fundaba iglesias.

Cuando la gente escuchó lo que William Carey estaba haciendo y la cantidad de dificultades y decepciones que tenía que soportar, querían ayudarlo. También muchos fueron a otros países para hablarle a la gente de Jesús. Es por esto que William Carey es llamado el padre de las misiones modernas.

## 22. ¡NUNCA, NUNCA, NUNCA!

(Ida Scudder). Año 1890.

Ida Scudder, nieta de John Scudder I e hija de John Scudder II, definitivamente tenía una mente propia. Su abuelo había sido un médico misionero en India. Su padre y seis tíos habían sido misioneros en India. Todos estaban esperando que ella hiciera lo mismo. ¡Pero ella seguramente no iba a permitir que la hicieran al molde Scudder!

Primero que nada ella estaba enfadada con su padre y su madre por haberla abandonado en Estados Unidos para ir a la escuela, cuando ellos regresaron a la India después de las vacaciones.

Segundo, odiaba la pobreza de la India - las calurosas calles llenas de gente, los olores, los mendigos. Más que nada odiaba pensar en los niños que se morían de hambre. No quería ver eso de vuelta. Se quedaría en América donde podía disfrutar de aire limpio, de las calles sin suciedad, y de una casa cómoda.

Ahora, en 1890 Ida estaba pasándola bien en la escuela con sus amigos. Era hermosa y popular. Sólo soñaba con un futuro lleno de diversión con amigos, riquezas, y aventura.

Un día, llegó un telegrama de su padre desde la India. Decía, - Ven inmediatamente. Tu madre está enferma y te necesita. -

Ida estaba sorprendida. Quería ver a su madre de nuevo. La había extrañado mucho y quería ayudarla. Pero, ¿ir a la India?

¡Nunca, nunca, nunca!

Esa noche Ida estuvo dando vueltas en la cama hasta el amanecer. ¿Qué debería hacer? Finalmente tuvo una idea. Iría a la India, pero sólo se quedaría hasta que su madre estuviese bien. Después volvería a América y planearía su vida como quería.

Ida Scudder volvió a la India, al polvo, a la suciedad, a la pobreza y al hambre que ella recordaba. Ella estaba contenta de estar de vuelta con sus padres y les ayudó con su trabajo lo más que pudo. Pero siempre soñaba con que su madre se recuperara y ella pudiera volver a Estados Unidos.

Una noche cuando su madre ya estaba dormida y su padre todavía estaba trabajando en su estudio, Ida estaba escribiendo una carta a una amiga de la escuela. Todo estaba tranquilo. De repente oyó algo. ¿Eran pisadas suaves en la terraza o estaba imaginando? Se sentía como si alguien la estuviese mirando a través de la oscuridad. Y después lo escuchó claramente - una tos desde la puerta de entrada.

Ida se sintió aliviada. Ella sabía que en la India toser era lo mismo que golpear la puerta. Tomó una lámpara y fue a abrir la puerta.

Allí en la terraza estaba un joven hombre hindú.

-¿Qué pasa? - preguntó Ida. -¿Puedo hacer algo por usted? -

-Oh. ¡Sí! - dijo el hombre ansiosamente. -Necesito tu ayuda desesperadamente. Mi joven esposa, que tiene sólo catorce años, está muriendo en el parto. Escuché que viniste de América y podrías ayudarnos. ¡Por favor, ven!

-Los siento, - dijo Ida sintiendo compasión. -Mi padre es el doctor. Está en la puerta de al lado en su estudio. Le llevaré junto a él. -

El joven hombre estaba horrorizado. -No sabes lo que estás diciendo, - dijo. - En mi religión ningún hombre que no sea de la familia puede mirar a una mujer. -

Ida intentó convencerlo de que dejara venir a su padre, pero él sólo se negaba y finalmente preguntó con tristeza, -Entonces, ¿no vendrás? -

Desesperado, el joven hindú dio la vuelta y comenzó a bajar los escalones hacia la oscuridad.

Ida volvió para seguir escribiendo la carta, pero no se podía olvidar de la chica de solo catorce años que se estaba muriendo. La podría haber ayudado si fuese una doctora.

Después de un rato, volvió a oír pasos en la terraza. Saltó.

En la puerta había otro hombre. –Salaam, señora, - dijo. – Que Alá le de paz. ¿Me podría ayudar? –

-Por supuesto, -dijo Ida. -¿Qué puedo hacer por usted? –

-Temo que mi esposa está muriendo, - dijo con su cara triste. – Oí que había un doctor que vino recientemente de América. –

Ida corrió a buscar a su padre. –Aquí está el doctor que estás buscando, - dijo. –Iré con él a ayudarte, si quieres. –

-Señora, - dijo el hombre. –Usted no entiende. Somos musulmanes y en nuestra fe sólo hombres de la familia pueden entrar al cuarto de una mujer. Vine a pedirle ayuda a usted, no a su padre. –

Ida vio como él bajaba lentamente las escaleras. Después corrió a su cuarto y cerró la puerta. Ya no podía soportarlo más. Sólo quería irse de la India donde cosas como estas pasaban, y volver a América.

Después de un rato oyó una voz afuera. ¡Tal vez uno de los hombres había cambiado de opinión! Tal vez todavía podían salvar a una de las mujeres. Ida abrió la puerta.

Pero el hombre que se encontraba allí parado no era ni el hindú ni el musulmán. Era el padre de uno de los niños a los que ella estaba enseñando en la escuela de la misión. Ella conocía a su encantadora esposa que tenía ojos oscuros y risueños. No era mayor que Ida.

El hombre dijo, -Por favor ven a mi casa. Mi esposa está muy enferma. Ella morirá si no vienes. –

-No soy doctora. No serviría de nada si voy, - dijo Ida nuevamente. – Déjame llamar a mi padre. Él es doctor. Te ayudará. –

Antes de que el dijera una palabra, Ida ya sabía que diría. Podía ver la decepción en su cara. No podía permitir que fuera un hombre. Quería que fuera una mujer.

-¿No vendrás? – preguntó nuevamente.

Casi le rompe el corazón el no poder ayudar. Después de que este hombre también se fuera, Ida volvió lentamente a su cuarto. ¿Cómo le podía pasar una cosa así tres veces en la misma noche? Se preguntaba si Dios estaría intentando decirle algo.

A la mañana siguiente se enteró que las tres mujeres habían muerto en el correr de la noche.

Una vez más Ida fue a su cuarto y cerró la puerta. Cuando salió fue a sus padres y les dijo, -Voy a estudiar para ser doctora y poder ayudar a las mujeres de la India. –

Eso fue lo que Ida Scudder, la doctora misionera, hizo por el resto de su vida. Ayudaba a las mujeres, pero también ayudaba a los niños y hombres. Construyó un gran hospital en la ciudad de Vellore. Allí también preparó una universidad de medicina cristiana, donde hombres y mujeres pudieran estudiar para ser doctores. Creó un centro de rehabilitación para leprosos y un hospital de salud mental. Todos estos edificios se convirtieron en los mejores centros médicos de toda Asia.

Ida Scudder, por medio de sus acciones y de sus palabras enseñó a la gente de la India que Dios es amor. Ella amaba a la gente, y la gente la amaba a ella.

Incluso cuando ya era muy mayor y volvía para visitar su amado hospital, los pacientes extendían sus manos sólo para tocarla y hacerla sonreír y que les hablara.

Cuando alguien le preguntó, - ¿No sientes una gran satisfacción cuando ves este hermoso hospital y recuerdas cómo comenzó todo? –

-Sí, -decía con su rostro radiante. – Dios ha sido muy bueno conmigo. –

Después de tantos años, la Dra. Ida Scudder no se arrepentía de haber elegido lo que eligió cuando era joven. Estaba agradecida.

### **23.UN SANTO HOMBRE CRISTIANO.**

(Sadhu Sundar Singh) Alrededor del año 1900.

Hace más de cien años, un muchacho, llamado Sundar Singh, nació en India. Sus padres eran ricos, y Sundar creció en una casa linda. Tenía todo lo que un pequeño niño podía desear.

La madre de Sundar era amable y gentil. También era muy sabia. Le enseñó al pequeño Sundar que la hermosa casa que tenían y todas sus pertenencias no estaban cerca de ser tan importantes como tener la mente en paz y felicidad interior. Frecuentemente iba a pedir consejos a los hombres santos llamados sadhus. El pequeño Sundar iba con su madre a donde sea que fuera, porque era el más joven de la familia. Su madre frecuentemente solía decirle, -Sundar, algún día tendrás que convertirte en un santo sadhu. –

Sundar no dudaba que algún día eso es lo que sería.

Sundar amaba profundamente a su madre y estaba muy triste cuando ella murió. Tenía sólo catorce años, pero desde ese día buscó tener esa paz mental que su madre tanto quería. Leyó todos los libros sagrados de los hindúes y mahometanos. Memorizó muchas páginas. Fue a ver a los sacerdotes. Habló con los sadhus. Pero nada traía descanso a su corazón.

Sundar sabía de la religión cristiana, pero la odiaba porque enseñaba cosas opuestas a lo que él había aprendido en su niñez. Una noche Cristo se le apareció y dijo, -¿Por qué te opones a mí? Yo soy tu Salvador. Morí en la cruz por ti. –

Cuando Sundar vio el amor en la cara de Cristo, toda su oposición desapareció. Sabía que era perdonado y aceptado. En ese momento, la paz que había buscado por tanto tiempo vino a su corazón. La lucha había acabada. Con su corazón lleno de alegría, Sundar fue a la habitación de su padre y dijo, -¡Soy cristiano! –

El padre de Sundar no tomó en serio lo que dijo. Sólo le dijo que se fuera a acostar. Pero cuando realmente quedó claro que Sundar había decidido seguir a Cristo y unirse a los cristianos despreciados, su familia pensó que esto era demasiado malo para ser verdad.

Al principio, su padre le rogó tiernamente. Era seguro que no rechazaría todo lo que su madre creía. Cuando vio las lágrimas de su padre, el corazón de Sundar casi se rompe, pero sabía que tenía que amar a Jesús más que a sus padres.

Su tío llevó a Sundar a la bodega de su gran mansión. Allí abrió el seguro y le mostró más joyas y dinero de lo que Sundar había soñado que existían. –Todo esto

puede ser tuyo, sí te quedas con nosotros, - dijo su tío. Sundar estaba deslumbrado, pero cuando pensó en el amor de Cristo se le hizo fácil decir que no.

Su cuñado, que tenía una buena posición, llevó a Sundar con el Raja o rey de esa zona. El Raja le ofreció una buena posición en su servicio. Pero ni siquiera el Raja podía cambiar la profunda devoción que Sundar tenía por Cristo.

Sundar había superado las tres primeras pruebas. Su familia no pudo lograr que rechazara a Cristo. Ahora intentaron asustarlo.

-Ya no eres más un hijo en esta casa, - dijo su padre enojado. Sundar tenía que dormir y comer afuera. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Apenas podía soportarlo.

Ahora el hermano de Sundar era su enemigo más amargo. Le ponía nombres. Era malo con él. Se burlaba de Jesús.

Finalmente el padre de Sundar le ordenó que antes de que amaneciera el próximo día, tenía que irse de la casa. Por última vez Sundar se acostó en la terraza para dormir. Temprano en la mañana, se fue de su hermosa casa donde había sido muy feliz. Fue al mundo, sin casa, sin amigos, y sólo con la ropa que tenía puesta. Había dejado todo para seguir a Cristo.

¿Y qué ahora? ¿A dónde iría y qué haría? Sundar sabía que su lugar estaba con los cristianos. Así fue a la Misión Médica Americana en Sabathu donde estaría a salvo de persecución y podría estudiar la Biblia.

En su décimo sexto cumpleaños, Sundar fue bautizado como cristiano, y treinta y tres días después se puso la simple túnica naranja de un sadhu, un “hombre santo.”

Descalzo, casi sin ninguna pertenencia terrenal, excepto su Biblia bajo el brazo, se propuso a ser un sadhu cristiano para evangelizar a la India. La gente estaba familiarizada con los “hombres santos”. Sadhu Sundar Singh tuvo la oportunidad de llegar a aquellos que nunca hubiesen escuchado a un misionero blanco.

A menudo tenía hambre y frío. En sus viajes mucha gente se burlaba de él. A veces era golpeado y torturado. Pero siempre seguía con su trabajo para Cristo.

Llegó un tiempo cuando miles de personas se juntaban para escucharlo predicar. Incluso su padre se convirtió a Cristo y se reconcilió con su hijo.

Nadie sabe cómo Sadhu Sundar Singh murió. Comenzó un largo y peligroso viaje a través de las montañas hacia Tíbet y no se oyó nunca más de él.

## **24. AQUEL QUE PIERDA SU VIDA LA SALVARÁ**

(Sadhu Sundar Singh) Alrededor del año 1900

Sadhu Sundar Singh, el hombre santo cristiano, viajó por toda la India para llevar las buenas nuevas de Jesús a todo el que escuchara. Incluso fue al Tíbet, donde la gente blanca no era permitida.

El viaje a Tíbet fue peligroso. Había fuertes rocas afiladas y barrancos profundos. Él y su amigo tibetano escalaron las cuestas de eterna nieve, donde el viento cortaba como el azote de un látigo y el sol sobre la nieve casi cegaba los ojos.

Sundar y su acompañante estaban intentando llegar a un refugio antes de que cayera la noche. Si no lo hacían, se congelarían hasta morir.

Ya estaba oscureciendo, cuando vieron algo acostado al lado del sendero. La mano de un hombre sobresalía de la nieve. La mitad de su cuerpo estaba enterrado en la nieve.

-No pares, dijo el tibetano. –Nos tenemos que apurar o la noche nos alcanzará. El hombre probablemente esté muerto, o al menos es demasiado tarde para salvarlo. –

-Entonces sigue, - dijo Sundar mientras se acercaba al hombre en la nieve. El tibetano continuó caminando por el camino lo más rápido que pudo.

Sundar puso su mano sobre el pecho del hombre. El corazón aún latía.

Luchando, Sundar levantó al hombre, y cargándolo en su espalda, escaló contra el terrible viento. Era difícil caminar en la nieve y su corazón latía con fuerza bajo el peso.

-Señor, dame fuerza, - oraba.

Finalmente vio el refugio. El gran esfuerzo de cargar al hombre hizo que Sundar entrara en calor. Él y el hombre que llevaba en su espalda lograron estar seguros. Pero allí en el camino frente a él estaba acostado su acompañante tibetano congelado, muerto.

## **25. TUS MANOS HARÁN EL TRABAJO NUEVAMENTE**

(María Verghese) Alrededor de 1930.

María Verghese, una joven cristiana en la India, fue al hospital de la doctora Ida Scudder en Vellore para entrenarse como doctora. ¡Qué emocionada estaba cuando su primera cirugía fue un éxito! Ella soñaba con ayudar a mucha, mucha gente. Pronto se hizo evidente que sería una gran cirujana.

Un día, los doctores estudiantes o internos iban a ir a un picnic. Invitaron a la doctora María Verghese para ir con ellos. Entre los estudiantes jóvenes estaba uno que acaba de recibir su licencia de conducir y quería conducir el auto en el que irían.

Por un largo rato condujo bien. Después el auto se encontró con un ómnibus que se movía lentamente. Cada vez que el auto trataba de sobrepasar al ómnibus, el ómnibus se detenía y le negaba el paso. Esto hizo que el joven conductor se enojara tanto, que perdiendo la cordura lo pasó de todos modos.

Desvió y perdió el puente. El auto dio vuelta y cayó rodando por la pendiente. Todos quedaron seriamente heridos. La doctora María estaba tan herida que pensaron que estaba muerta. Todos fueron llevados de vuelta al hospital.

La doctora María lentamente recobró la consciencia, pero su columna estaba tan lastimada que nunca podría volver a caminar. ¿Sería este el final de sus sueños de ayudar a la gente? María Verghese decidió que no sería así.

Durante años de agonía y dolor, se entrenó para manejar su propia silla de ruedas, vestirse sola, moverse desde la silla hasta la cama sola, alimentarse. Finalmente llegó el día, que sentada en su silla de ruedas, hizo nuevamente una cirugía. ¡Fue un éxito!

La doctora María había dicho muchas veces que creía que Dios había salvado su vida para algo. Ahora sabía lo que era sentirse indefensa. Pero también sabía que si no se rendía, era posible hacer grandes cosas por ella misma de nuevo.

Se interesó especialmente por los pacientes con lepra en el Centro Médico de Vellore, que habían perdido el uso de sus manos.

Su corazón se entristecía por el artista que no podría agarrar más un pincel, por el carpintero que no podría volver a agarrar un martillo, por la madre que ya no podría agarrar a su bebé. Se hizo una experta en colocar nuevos tendones en las manos lastimadas. Le mostró a la gente como ejercitar sus manos para que sus manos pudieran volver a funcionar nuevamente.

Los pacientes amaban a la doctora María. Cuando miraban a sus ojos felices y veían la alegría y el dolor en su rostro, volvían a tener esperanza. Sabían que la doctora María entendía. Había pasado por eso ella misma. Sabía cómo estaban sufriendo, y ella estaba allí para ayudarlos. Su vida de servicio y fe cristiana les hacía darse cuenta, que en Cristo no sólo sus manos, sino también sus vidas podían ser restauradas.

## **26. ¿A DÓNDE VAMOS A IR?**

(Pedro.A. y Elizabeth Penner) Alrededor del año 1900

Era el año 1900. El joven Pedro A. Penner y su esposa Elizabeth acababan de llegar a la India, para ser misioneros. Venían de su pequeña comunidad menonita en Mountain Lake, Minnesota. ¿Cómo deberían comenzar su trabajo? ¿Quién escucharía las buenas nuevas de Cristo? Estaban esperando que Dios les mostrara qué hacer.

Un día los Penner estaban por almorzar su arroz con curry, cuando Elizabeth dijo de repente, - Mira, Pedro, hay dos hombres sentados debajo de nuestro árbol. –

Pedro también miró por la ventana. Él y su esposa se miraron. –Tienen lepra, - dijo Pedro lentamente.

Ambos sabían que la gente que tenía lepra era muy infeliz. Nadie quería estar cerca de ellos por miedo a contagiarse. Nadie quería darles algo para tomar o comer. Eran echados de su casa. Con sus pies y manos todas lastimadas, los pacientes con lepra no podían trabajar. Tenían que andar mendigando comida.

Estaba claro lo que tenían que hacer. Rápidamente, Elizabeth agarró su arroz con curry del recipiente que estaba en la mesa, y Pedro lo llevó hasta donde estaban los hombres hambrientos.

Pedro y Elizabeth pensaron que los hombres se irían, como lo hacían usualmente las personas que tenían lepra, pero a la hora de la cena seguían bajo el árbol. Nuevamente estaban pidiendo comida.

El lunes los hombres enfermos seguían allí.

Pedro fue hacia ellos. – ¿Por qué se están quedando aquí? – les preguntó. -¿Por qué no se van como lo hacen usualmente los demás?

-¿A dónde debemos ir?- preguntaron tristemente. –Ustedes son amables. Queremos quedarnos con ustedes. –

Pedro sabía que era verdad. No tenían a dónde ir. A nadie le importaban.

-Bueno, - dijo Pedro. – Se pueden quedar aquí y nos encargaremos de que consigan refugio, comida y algo de medicina. Vamos a tratar de ayudarlos. –

Rápidamente se corrió la voz de que había gente amable allí. Un día vino una pobre mujer que apenas podía caminar. Otro día vino un hombre que no tenía dedos. Más y más pacientes con lepra llegaron. Pedro y Elizabeth pronto sintieron que ésta era la manera en que Dios quería que comenzaran su trabajo. Esta era la gente que Dios había confiado a su amor y cuidado.

Al principio construyeron unas cabañas para refugiar a los pacientes y les dieron ropa y comida. Pronto empezó a venir tanta gente necesitada, que ya no había suficiente espacio para ellos.

A lo largo de los años, con la ayuda de sus amigos menonitas de Norteamérica, de la Misión para los Leprosos, y del gobierno Hindú, Pedro Penner construyó un gran hospital y hogar para los leprosos en Champa. Llegó el momento cuando había más de quinientos pacientes.

Por fin, las personas con lepra tenían un lugar a donde ir. Pero aparte de ser tratados por su enfermedad, también escuchaban, por primera vez, las buenas nuevas de que Dios los ama.

Cuando los Penner volvieron a Norteamérica, después de cuarenta años de servicio, ya había una gran congregación evangélica en Champa.

## **27. TUS PECADOS TE ENCONTRARÁN**

(J.F. Kroeker) Alrededor del año 1900.

Chandu era uno de los huérfanos en la escuela cristiana en Janjgir, India. Él estaba contento de haber sido aceptado ahí. Finalmente tenía lo suficiente para comer y un lugar limpio para dormir, y los misioneros, el señor y la señora J.F Kroeker, eran amables con él. Le caían muy bien.

Sin embargo, Chandu no podía descifrar qué era todo lo que le enseñaban en la escuela. Por ejemplo, ¿A qué se referían los maestros al decir honestidad? Decían que el Dios de los cielos y de la tierra no quiere que robáramos. ¡Qué extraño! ¿Por qué no tomar algo si puedes salirte con la tuya? Eso hubiera sido inteligente, ¿no es verdad?

Un día Chandu caminaba pasando por una pequeña bodega cuando el sahib misionero sacó una lata de queroseno. Chandu vio que había muchas más latas de queroseno allí. El queroseno fácilmente era vendido en el mercado. Chandu vio una manera fácil de hacer algo de dinero.

Cuando vino la noche y todos estaban durmiendo, Chandu se escabulló del dormitorio de los chicos y corrió por el patio hasta la bodega. Abrió la puerta que estaba trancada y rápidamente tomó una de las latas de queroseno. La escondió en los arbustos y se deslizó de vuelta a su cuarto. Estaba seguro de que nadie lo había visto.

A la mañana siguiente la voz del sahib Kroeker se escuchó claramente a través de todo el complejo misionero, -¡Vengan todos a la terraza ahora! –

Los chicos de la escuela vinieron. Vino el cuidador de los bueyes y del ganado. Vino el hombre del agua. Todos llegaron corriendo con sus pies descalzos.

-Falta una lata de queroseno en la bodega, - dijo tristemente el sahib misionero. - ¿Quién la agarró? –

Todos negaron con sus cabezas. Chandu negó enfáticamente. Nadie era culpable. – Bueno, - dijo el sahib, mirando a cada uno a la vez, - descubriremos quién la agarró. Hay huellas de pies descalzos en el polvo cerca de las latas de queroseno. Aquel cuyos pies coincidan con las huellas es el culpable. –

Chandu se puso inquieto. Su corazón estaba comenzando a latir fuertemente.

Primero el sahib llamó a uno de los hombres que tenía pies grandes. Tenía que poner su pie cerca de la huella que estaba en el polvo. –No, tus pies son muy grandes, - dijo el sahib. –No eres culpable. Puedes irte. –

Después el sahib llamó a uno de los pequeños. –No, tus pies son muy pequeños, - dijo. –No coinciden con las huellas en el polvo. No lo hiciste. –

“Chandu,” llamó el Sahib. “ven y ponte al lado de las huellas.”

Chandu se adelantó. Sus pies coincidían perfectamente con las huellas. Chandu miró hacia abajo. Sintió las amables manos del sahib sobre sus hombros. Finalmente Chandu dijo, -sahib, lo siento. Yo tomé la lata anoche. La devolveré. –

-Bien, - dijo el sahib Kroeker. –Me alegra que hayas dicho la verdad. Te perdono como Dios nos ha perdonado a todos nosotros. Pero siempre recuerda, Chandu, que sin importar lo que hagas, siempre dejamos huellas de algún tipo detrás de nosotros. Nuestros pecados nos delatarán. Lo bueno que hagamos también dejará huellas. Siempre recuerda eso. –

Chandu trajo de vuelta el queroseno. Después los chicos volvieron a la escuela. Los hombres volvieron a su trabajo, el incidente no fue mencionado nunca más.

## **28.¿QUE OTROS PUEDAN VIVIR !**

(Annie Funk) Alrededor del año 1900

Annie Funk era una buena maestra. Llegó a la India en 1906, y cuando supo que no había ninguna escuela para niñas, no le llevó mucho tiempo comenzar una. Hasta entonces se suponía que sólo los varones eran capaces de aprender.

-¡Qué tontería! – Pensaba ella.

-Si las niñas y las mujeres no podían leer la Biblia, ¿cómo harían para levantar la iglesia de Jesucristo en la India? – Se dispuso a trabajar y pronto tuvo un pequeño grupo de niñas en su escuela. Fue una lucha, pero la escuela fue progresando bien, cuando algo inoportuno sucedió.

Annie recibió un telegrama de parte de su pastor de la iglesia menonita Hereford, en Bally, Pennsylvania. Su madre estaba enferma y ella tenía que regresar a su hogar inmediatamente.

Annie estaba preocupada. Empacó rápidamente. Otro de los misioneros enseñaría en su escuela. Dijo adiós y comenzó su largo viaje de vuelta a casa.

En Londres cambió la reserva de barco que había hecho, para ir en el Titanic que estaba programado para llegar mucho antes a su casa. Era marzo de 1912.

El Titanic era un hermoso barco. La gente decía que estaba tan bien construido que nunca se hundiría. Sin embargo, una noche se golpeó con un gran iceberg. El barco se comenzó a llenar de agua. La gente se amontonaba para subir a los botes salvavidas, pero había muy pocos, ya que se creía que nunca se hundiría.

Annie Funk llegó cerca de un bote salvavidas. Era el último en su cubierta y ya estaba lleno con gente. Pero todavía quedaba un lugar. Alguien la ayudó a subirse.

Justo mientras el bote estaba por salir fuera de borda, una mujer corrió hasta el bote y gritó, -¡Mis hijos! ¡Mis hijos! -No había un solo lugar más

Annie se paró rápidamente. –Déjenme salir, - dijo. –Esa madre debe quedarse con mi lugar. –

El bote salvavidas, con la madre a bordo, pronto estaba camino a estar seguro, pero Annie fue dejada parada en la cubierta.

Pronto después de eso el Titanic se hundió.

La madre de Annie, sus amigos y parientes en Bally, Pennsylvania estaban profundamente conmocionados y tristes cuando oyeron las noticias de la trágica muerte de Annie.

Muchas iglesias tuvieron servicios en memoria de ella. Su propia congregación puso una piedra recordatoria en su memoria en el cementerio.

La gente de India sentía que querían honrar a Annie de una manera diferente. No pusieron una piedra recordatoria en el cementerio, sino construyeron una gran escuela para niñas en memoria de su primera maestra, Annie Funk.

Pronto, gritos y risas de las felices niñas de la India sonaban en la nueva escuela, llamada Escuela Conmemorativa Annie Funk. Muchas más chicas de las que Annie podría haber soñado que vendrían a su pequeña escuela, ahora tenían la oportunidad de aprender a leer y escribir y oír las buenas nuevas de Jesucristo. Miles de chicas que a través de los años se graduaron de esta escuela se hicieron maestras, enfermeras, madres, y evangelistas que ayudaron a plantar la iglesia en la India.

## **29.¿QUIÉN NOS AYUDARÁ?**

(Ezra y Elizabeth Steiner) Alrededor de 1914.

En el pueblo de Sukhri en India vivía un tejedor llamado Gopal, con su familia. Gopal no siempre vivió en Sukhri. Él y su amigo Sunadher habían traído a sus familias a Sukhri porque oyeron sobre nuevas tierras que fueron abiertas allí en la selva.

Las dos familias estaban contentas de vivir en Sukhri, pero extrañaban estar con otros cristianos. Nadie en el pueblo había oído de Jesucristo. Gopal, Sunadher y sus familias, que eran cristianos, estaban muy solos. Ellos intentaban contarles a otros las buenas nuevas, pero ellos mismos no sabían suficiente. Necesitaban maestros.

Un día Gopal oyó de misioneros que vivían ochenta millas al oeste en Raipur. ¡Finalmente! Gopal sabía que podía conseguir ayuda allí. Hacía calor, pero Gopal comenzó, sin demoras, a caminar a través de la selva hacia Raipur.

-¿Podrían mandar algunos maestros a Sukhri para enseñarnos sobre Cristo? – preguntó cuando llegó. – Los necesitamos. –

El sahib misionero fue amable, pero dijo, -Lo siento, Gopal, nos encantaría mucho ayudarte, pero Sukhri no está dentro de nuestro territorio. No podemos ir con ustedes.

Tristemente, Gopal caminó las ochenta millas hacia casa, nuevamente. Quería que sus hijos aprendieran las historias de Jesús de la Biblia. Quería que sus vecinos las oyeran. Sabía la gran diferencia que habían hecho en su vida. ¿Nadie los ayudaría?

Un año más tarde Gopal oyó de misioneros a 110 millas al Sur. Gopal estaba determinado. Cristo lo había buscado y lo había encontrado. Ahora él debía buscarlo. Fue caminando hasta Balingir, donde vivían los misioneros.

-Por favor, envíen maestros cristianos con nosotros a Sukhri. - Pidió.

El sahib misionero fue muy amable, pero dijo –Lo siento Gopal, pero Sukhri está muy lejos de aquí. Ninguno de los evangelistas irá tan lejos dentro de la jungla. No podemos ayudarte. –

Otra vez Gopal tenía que regresar a casa sin las buenas nuevas. Estaba desanimado, pero todos los días oraba, -Señor Jesús, envíanos al siervo que elijas. –

Alrededor de un año después, Gopal y su amigo Sunadher fueron al mercado en la ciudad para comprar el hilo para tejer. De repente escucharon gente cantando. ¡Pero..., era una canción cristiana!

Los dos amigos fueron rápidamente hacia un pequeño grupo de misioneros que habían puesto un campamento allí. –Seguramente esta será gente de Dios,- pensaba Gopal. –Nos ayudarán.-

Después de la prédica, se acercaron al evangelista de la India que estaba con los misioneros. Su nombre era Isa Das. –Somos tejedores de Sukhri, - dijeron. – ¿No nos podrían enviar algunos maestros para que nos muestren el camino de Cristo? –

Inmediatamente Isa Das los llevó hacia la carpa donde los misioneros Ezra y Elizabeth Steiner estaban entregando medicina para los enfermos.

-Por favor vengan a nuestro pueblo,- rogaron los tejedores. –Los necesitamos. –

Ezra y Elizabeth se miraron. Esta era la última parada de una larga gira de prédicas. Estaban exhaustos. Sus provisiones se habían agotado. Su bebé se estaba poniendo de mal humor, y de regreso les esperaban muchas tareas en la estación de misiones.

-Lo sentimos,- dijeron. –No podemos ir ahora. Tenemos que llegar a casa el sábado. –

Esta vez Gopal no sería rechazado. –Entonces envíen a alguien para que le enseñe a nuestros hijos, - dijo. –Somos ignorantes. No queremos que nuestros hijos crezcan de la misma forma. –

-Pero no tenemos a quién enviar, - dijeron Ezra y Elizabeth tristemente.

Esa noche los misioneros tuvieron su última reunión. Mostraron fotos. Predicaron. Gopal y Sunadher estaban allí nuevamente. Fueron hacia los misioneros. Se tiraron al suelo con sus caras sobre el polvo, y rogaron, -Por favor vengan. ¿No hay esperanza para nosotros?

Ya cansados, Ezra y Elizabeth negaron con su cabeza. Ellos no irían.

Gopal se quedó esa noche con Isa Das, el evangelista de la India. A la mañana siguiente Gopal y Sunadher se acercaron nuevamente a los misioneros. El grupo misionero ya tenía todo pronto y estaban listos para comenzar el viaje a través de la jungla en el largo camino de vuelta a casa.

-¡Por favor vengan! – rogaba Gopal. ¿Nuestros hijos tienen que crecer en ignorancia, oscuridad y miedo? – dijo. –Necesitan al Salvador. –

Gopal vio como Ezra la miró a Elizabeth. Después Ezra dijo a su esposa, -Elizabeth, ya no aguanto más. Creo que Dios nos está llamando. –

-Sí –dijo Elizabeth, -Siento lo mismo, pero ¿qué debemos hacer? –

Los dos misioneros se inclinaron para orar. Después Elizabeth agarró al bebé, se subió a la carreta sin su esposo, y comenzaron el viaje por la jungla de regreso a casa.

Ezra Steiner se fue con Gopal y Sunadher para el lejano pueblo de Sukhri.

Ezra fue el primer misionero blanco que la gente de allí había visto. Estaban ansiosos por escucharlo. Estaban ansiosos por escuchar las buenas nuevas de salvación. Sentían la presencia de Cristo entre ellos.

Ese fue el comienzo de la iglesia cristiana en Sukhri. Un anexo se había fundado allí. El evangelista de la India Isa Das y su dotada esposa Mathuria Bai fielmente ministraban a las personas de allí. Años después había miles de cristianos por aquella zona.

### **30.¿QUIÉN MATÓ AL GALLO?**

Alrededor del año 1970

Un día un hombre llegó a la puerta de los misioneros Jake y Dorothy Giesbrecht en la India. El hombre estaba afligido. Estaba llorando.

-¿Qué pasa? –preguntó Jake.

-Han matado a mi gallo. Un gato salvaje vino de la jungla y se lo comió. –dijo el hombre mirando hacia abajo. –Iba a vender el gallo para poder comprar algo de ropa para mi hijo. Quiero que él vaya a la escuela. Quiero que aprenda algo. Y ahora el gallo está muerto. Dime, ¿quién mató al gallo, Dios o Satanás? –

-¿Quién piensas que fue? – preguntó Jake.

-No lo sé, no lo sé – dijo el hombre con pena. –Pero tuve un sueño. Y en el sueño Dios me dijo que mi hijo sería educado aunque fuese muy difícil. –

-¿Le alcanza esa respuesta? – preguntó Jake.

-Sí – dijo despacio. –Sí, alcanza. –

El hijo de este hombre fue a la escuela y recibió educación tal como se le había dicho en el sueño.

### **31.QUIERO VOLVER**

(Annelle Wiens). 1981

Annelle Wiens y su amiga Enid Janzen eran hijas de misioneros. Ambas habían ido a Woodstock, una escuela en lo alto de las montañas de India. Ahora, de vuelta en Norteamérica y ya mayores, soñaban frecuentemente con ir a visitar su vieja escuela.

-Enid – dijo Annelle un día, - ¡Adivina! Mis padres están planeando volver a la India de visita. Vamos con ellos y después nos quedamos en Woodstock por un tiempo.

-¡Genial! – dijo Enid inmediatamente. –Pero, ¿qué haríamos en Woodstock? No podemos ir más a la escuela allí. –

-Bueno – pensaba Annelle, -tal vez podamos ayudar con algo ahí, hacer trabajo voluntario. –

Así es como nació la idea de ir a la India a trabajar voluntariamente.

Con el tiempo se hicieron todos los arreglos. No podían ayudar en la escuela Woodstock, pero después de haber viajado por seis semanas con los padres de Annelle, iban a trabajar en la escuela de la misión en Korba, y después hacer trabajo voluntario en Calcuta por seis semanas.

Ambas estaban muy felices.

Las primeras seis semanas cuando estuvieron viajando con los padres de Annelle por la India fueron geniales. Pero después, de repente, quedaron totalmente solas. Los padres de Annelle se habían vuelto a Norteamérica, y las chicas estaban por su cuenta. Estaban allí paradas entre las multitudes avasallantes de la India tratando de tomar un tren hacia Korba. Estaban asustadas.

Pero también era emocionante tener que tomar decisiones por sí solas.

En la escuela en Korba fueron recibidas y ya estaban ayudando en grandes clases de niños. Había alrededor de 50 niños muy animados en una clase. ¡En otra había setenta! Y se suponía que Enid y Annelle tenían que enseñarles inglés. Ellas no tenían ningún tipo de entrenamiento para ser maestras. Era abrumador. No sabían cómo disciplinar a los niños. ¿Cómo podrían soportar esto por seis semanas?

Pero algo en la escuela las hizo muy felices. Amaban a los niños y los niños las amaban a ellas. -¡Buenos días Señorita! ¡Buenos días Señorita! – gritaban los niños de todas partes, y alguno siempre solía tener una rosa para que pusieran en su cabello o en sus saris (típico vestido que usan las mujeres indias)

Otra cosa que hizo que su estadía en Korba fuera muy significativa fue que podían vivir con Helen y Samuel Stephen, una pareja hindú y de esa manera poder experimentar la manera de vivir de los hindúes.

Por las seis semanas siguientes trabajaron en Calcuta. Vieron la terrible pobreza. Vieron gente que estaba muy enferma, hambrienta y muriendo. Pero también vieron gente que estaba llena del amor de Cristo y que ayudaban a los pobres.

En las mañanas, Enid y Annelle ayudaban a cuidar a los niños en el orfanato de la Madre Teresa. Allí había niños que habían sido abandonados por sus padres en las calles o en hospitales, porque ya no podían cuidarlos más. Allí había niños pequeños, quienes, a pesar de que ahora tenían un techo sobre sus cabezas y algo para comer, no tenían quien los amara, que hablara con ellos, que los ayudara a aprender a caminar. Había muy pocos trabajadores en el orfanato, para tantos niños.

Annelle y Enid ayudaron a bañar a los niños y alimentarlos. Después los agarraban en sus brazos o jugaban con ellos. Los ayudaban a aprender a caminar. Los niños estaban tan hambrientos de amor que se aferraban a las chicas y gritaban cuando éstas los soltaban.

Annelle y Enid se sentaban en el suelo e intentaban poner la mayor cantidad de niños en sus faldas. Los niños se peleaban por el espacio. Todos querían ser amados.

Annelle trató de ayudar especialmente a una pequeña niña llamada Tara, que era discapacitada.

Annelle la amaba tanto que se le hacía difícil dejarla, especialmente cuando veía que Tara comenzaba a responder a ella, a sonreír y a reír.

En las tardes, las chicas iban a diferentes lugares donde cuidaban a quienes necesitaban ayuda, a pobres, y a enfermos. Enviaron un informe al Comité Central Menonita para informar como estaban funcionando los programas y qué tipo de ayuda necesitaban.

Muy pronto las semanas en la India se habían acabado y ya era tiempo de que Annelle y Enid volvieran a los Estados Unidos. Su plan de quedarse en la escuela Woodstock no había sido posible. En su lugar recibieron algo mucho mejor. Recibieron muchas experiencias que las ayudaron a ver la necesidad de los seres humanos y las oportunidades de ayudar.

-Me hizo crecer –dijo Annelle. –Cuando ves tal necesidad, sabes que tienes que ayudar a toda la persona, físicamente y espiritualmente. Odiaba la pobreza, sin embargo amaba estar ahí. Comentaba: “Extraño esa vida. Estoy segura de que algún día, si puedo, voy a volver a la India o a otro lugar para ayudar.”

### **32.AQUEL QUE SIEMBRA POCO, COSECHARÁ POCO.**

La siguiente historia es contada en la India.

Había una vez un brahmán que era rico y muy religioso. Siempre quería recibir más que dar. Agarró arroz de su casa y lo puso en una bolsa, y dijo, -Voy a tomar este arroz y ponerme a mendigar. La gente pensará que alguien me lo dio. –

En el camino se encontró con el rey.

-Oh, gran rey,- dijo el brahmán, -¿me daría un regalo? –

-No, -dijo el rey. –Regálame algo tú. –

Como el brahmán siempre había recibido cosas y nunca había aprendido a dar, se preguntó, -¿cuánto tengo que dar? – Metió su mano en la bolsa y le dio al rey un grano de arroz.

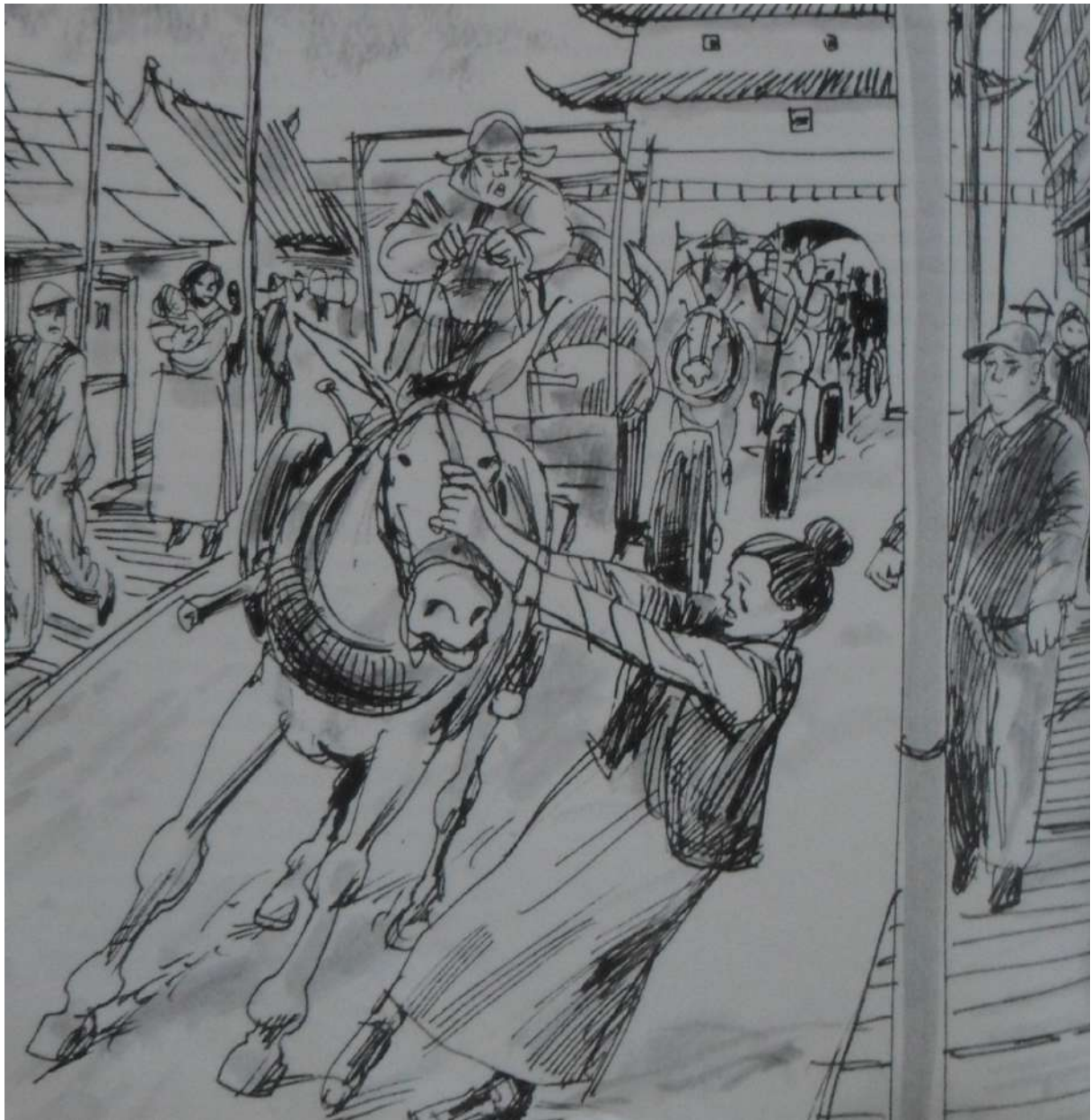
Ambos volvieron a sus casas. Cuando el brahmán miró dentro de su bolsa de arroz, encontró un grano de oro.

-¿De dónde habrá venido esto? – dijo sorprendido. – ¡Debe ser el grano de arroz que le di al rey! –

Inmediatamente corrió para encontrar al rey y darle todo su arroz, pero él rey había desaparecido.

El brahmán pensaba para sí mismo tristemente, -Le di tan poquito y esto es lo que obtuve. Si hubiese dado todo, ¡Cuán rico sería ahora! –

# LAS BUENAS NUEVAS EN CHINA



## 33. RESPUESTA A LA ORACIÓN

(Hudson Taylor) año 1832.

Primero que nada, el hecho de que Hudson Taylor fuera varón fue la respuesta a una oración. Su padre, James Taylor, realmente quería ser misionero pero no podía. Entonces oraba, que si algún día tuviese un hijo, éste pudiera salir y llevar las buenas nuevas de Jesucristo a muchos que nunca la habían escuchado. El 21 de mayo de 1832, Amelia y James Taylor tuvieron un hijo en Yorkshire, Inglaterra. Lo nombraron Hudson.

Al principio no parecía posible que el pequeño Hudson se convirtiera en misionero alguna vez. Era muy frágil y se enfermaba muy seguido, tanto que sólo pudo ir dos años a la escuela antes de cumplir los catorce. Su padre lo educaba en casa. ¡Antes de tener cuatro años, aprendió el alfabeto hebreo sentado en la falda de su padre!

Hudson era un niño muy feliz, y muy afectuoso. En su hogar todo estaba ordenado y bien limpio. Aprendió a ser así de su madre. Su padre era honesto y pensaba que estaba mal endeudarse. De él aprendió a ser veraz y cuidadoso con los negocios. De ambos aprendió a amar la Biblia, orar y confiar en Dios completamente. Su madre y su padre siempre buscaban la voluntad de Dios y su guía en cada decisión de la vida. Hudson sabía eso.

Su nuevo nacimiento también fue la respuesta a una oración. Su madre y su hermana habían estado orando especialmente por su conversión. A los diecisiete años Hudson experimentó la increíble alegría y paz de una nueva vida en Cristo. Esto le ayudó a Hudson, a tener la fe de que Dios realmente respondía oraciones.

Esto era importante, porque Hudson Taylor se convirtió en un misionero. Fue a la China y eventualmente organizó “La Misión al Interior de China”. Tenía que depender de Dios para que proveyera para sus necesidades. Cuando hablaba sobre Dios usualmente lo llamaba “Padre”.

Hudson Taylor le pedía a su -Padre celestial- por los trabajadores. Le pedía provisiones, le pedía fuerzas para superar las enormes dificultades relacionadas con el trabajo en China.

Dios lo escuchó. “La Misión al Interior de China” creció tanto que finalmente más misioneros fueron a la China bajo esa organización, que con cualquier otra agencia. Decenas de miles escucharon las buenas nuevas en China gracias a que Hudson Taylor inspiró a mucha gente a hablarles a otros de Cristo.

### **34. ¡QUE ENTREN!**

(Gladys Aylward) alrededor de 1925.

Yangcheng era una ciudad muy vieja. Para Gladys Aylward, una joven misionera que recién había llegado de Inglaterra, parecía increíblemente hermosa. Allí estaba, casi como un nido construido en un valle entre dos montañas. Gladys y su guía, ambos en mulas, estaban luchando por el empinado sendero que conduce a su antigua entrada.

Con su corazón latiendo salvajemente, Gladys miró hacia la ciudad china donde le contaría a la gente sobre Cristo. Finalmente su gran sueño se estaba cumpliendo.

Gladys era una misionera muy nueva. Todavía no sabía cuán difícil es contar las buenas nuevas sobre Jesús cuando a nadie le importa escucharlas.

Vivía con una misionera muy anciana, la señora Lawson, en un antiguo y dañado edificio. Cada vez que salían del edificio, los pequeños niños en la calle huían en todas direcciones. Ellos tenían miedo. Los grandes les tiraban barro y tierra. Las llamaban “*lao-yang-kwei*” o “demonios extranjeros”. ¿Cómo iban a poder ganar su confianza? ¿Cómo iban a conseguir que escucharan las buenas nuevas que habían traído?

Un día Gladys y la señora Lawson estaban caminando por la estrecha calle principal de la ciudad. Las caravanas de mulas ya estaban llegando a través de las puertas para encontrar alojamiento y comida en las posadas dentro de la muralla de la

ciudad. Yangcheng estaba ubicada en una importante ruta comercial y por esa razón por cientos de años había sido la parada para muchos arrieros y sus caravanas.

Mientras las dos misioneras se corrieron hacia los costados para dejar pasar a las mulas, Gladys dijo, -Desearía que pudiéramos hablar con estos hombres. Llevarían nuestro mensaje a lo largo y ancho de la ruta comercial. –

La señora Lawson miró a Gladys sorprendida. Después de un rato dijo, -Por qué, esto es. Tenemos que abrir una posada. –

-¿Qué? –Gladys no podía creer lo que estaba escuchando.

- Por supuesto, -continuó la señora Lawson. –Nuestra casa vieja una vez fue usada como un lugar de hospedaje para los arrieros y sus animales cientos de años atrás. Todo lo que necesitamos hacer es arreglar el edificio y usarlo de esa manera nuevamente. –

Al principio Gladys no podía entender cómo el hecho de abrir una posada tenía que ver con proclamar las buenas nuevas, pero la señora Lawson dijo, -¿No te das cuenta?, una vez que tengamos a los hombres y sus animales en el patio interior, les podemos contar las historias sobre Jesús. Los chinos aman las historias. Les daremos una cama y comida por el mismo precio que otros lugares, pero como algo extra, les contaremos historias. –

Gladys y la señora Lawson se pusieron a trabajar. Los escombros que había en el patio fueron limpiados. El techo fue arreglado. Las puertas fueron reparadas. Sobre la puerta colgaron un nuevo cartel amarillo, pintado con letras chinas en negro y dorado. Decía “La Posada de las Ocho Felicidades”

Yang, su amable ayudante chino, preparó una gran olla con comida deliciosa. Se sentía el olor desde las calles. Estaban abiertos para el negocio.

Gladys y la señora Lawson esperaban ansiosamente su primer cliente. Finalmente vieron la primera caravana del día bajando por la calle. ¿Entrarían en su posada? No, entraron en la posada que había del lado opuesto de la calle. Los hombres ni siquiera miraron el cartel. No mostraron ninguna señal de que olían su rica comida.

Entraba en la ciudad una caravana detrás de otra. Pasaban perseverantemente. Ni siquiera uno miró hacia La Posada de las Ocho Felicidades. Obviamente todos estaban boicoteando la casa de “los demonios extranjeros.”

Se sentaron tristes. Discutieron qué deberían hacer. Finalmente la señora Lawson tuvo una idea. Señaló directamente a Gladys, la pequeña de un metro y medio de altura y le dijo. –Tú eres la indicada. ¡Tú los tendrás que arrastrar! –

-¿Arrastrarlos? ¿Yo arrastrarlos? – Gladys estaba horrorizada, pero la señora Lawson ya estaba hablando con Yang en chino. Yang asintió con la cabeza. Era sabio. Él conocía las costumbres de su gente de campo, y estuvo de acuerdo con el plan.

Cuando pasara la mula que dirige a las demás, Gladys tenía que agarrarla por la cabeza y arrastrarla en dirección a su patio. Todos los demás animales, que están atados a la mula principal, la seguirían. Y una vez que las mulas estuviesen con sus cabezas en dirección a donde estaba la comida, nada las pararía, ni siquiera los conductores.

-¿Pero si las mulas me muerden? – protestó Gladys

-Nos seas tonta, - dijo la señora Lawson. –No lo harán. Yo ya soy muy vieja para hacerlo. Yang estará ocupado con la comida. Tú eres la única. –

La próxima noche, Gladys se paró en la puerta de la posada a esperar el negocio. Yang le había enseñado algunas palabras en chino para invitar a la gente: -No tenemos bichos. No tenemos pulgas. Bueno, bueno, bueno. ¡Vengan, vengan, vengan!-

Pero nadie le prestaba atención a la pequeña Gladys que se encontraba parada allí. Después de que pasaran tres caravanas, tomó la difícil decisión. Otra caravana de mulas venía pasando. Ella pegó un salto desesperado para alcanzar la cabeza de la mula. En ese instante, el arriero vio al “demonio extranjero” cerca de él. Gritó de horror, pero no podía escapar porque tenía la rienda atada a la muñeca. Sacudió la cabeza de la mula hacia patio de la posada, con toda seguridad el resto de los animales siguieron, al igual que el hombre que no se pudo escapar. Todos los otros arrieros habían huido.

La señora Lawson y Yang salieron de la casa, encantados. -Bien hecho, -dijo la señora Lawson corriendo hacia ella, -¡Bien hecho!, - Pero cuando el muletero vio el pelo blanco de la señora Lawson, chilló. Eso era demasiado para él. Arrancó las riendas de su muñeca y huyó también.

Yang fue a la ciudad a buscar a los arrieros y a los muleteros. Les explicó que estas mujeres blancas no eran peligrosas. -Vean, -dijo, -Yo, un viejo y respetado chino, vivo con ellas y no he sido dañado. Les ofrecen buenas camas, buena comida, e incluso cuentan historias sin costo alguno. -

Yang sabía que ningún ser humano podía hacer que esas mulas se fueran del patio hasta la mañana siguiente, y también sabía que los muleteros eran conscientes de eso. Y no dejarían a sus mulas. Eran demasiado valiosas.

Los arrieros volvieron lentamente. Bajaron los paquetes. Alimentaron y dieron de beber a los animales. Fueron a la sala grande. Yang trajo la comida humeante. Comieron.

-¡Qué bueno! -murmuraron.

Cuando Gladys y la señora Lawson entraron, todos trataron de correrse al fondo de la sala, pero la señora Lawson dijo alegremente, -No tengan miedo. Quiero contarles una historia y todas las historias aquí son gratis. -

Los arrieros comenzaron a verse interesados. Ella se sentó en un taburete.

-Mucho, mucho tiempo atrás, - comenzó, -vivía en el país de Israel un hombre llamado Jesucristo... -

Los hombres escuchaban como hipnotizados. Las narraciones habían comenzado en La Posada de las Ocho Felicidades. Desde entonces ningún hombre tuvo que ser arrastrado.

### **35.CAMINO A LA TIERRA PROMETIDA.**

(Gladys Aylward) Alrededor del año 1939

Al correr de los años, la gente de china había llegado a amar y respetar a Gladys Aylward, la pequeña misionera de Inglaterra. Al principio estaban aterrorizados cuando la veían y la llamaban “demonio extranjero”, pero ahora le habían dado otro nombre

“*Ai-weh-deh*”, que significaba “La virtuosa”. La comenzaron a llamar así cuando se dieron cuenta de que amaba a los niños y que los ayudaba cada vez que podía.

Gradualmente más y más niños hambrientos, y sin hogar se reunían alrededor de Gladys. *Ai-weh-deh* siempre tenía lugar para uno más. Finalmente tuvo cien niños en la vieja casa de misiones.

Gladys tuvo muchos días felices con los niños. Pero ahora estaba preocupada. La guerra había estallado en China. Los japoneses se acercaban más y más. Los niños estaban en grave peligro. ¿Qué podría hacer para salvarlos? Tenía que tomar una decisión.

Había montañas altas todo alrededor de ellos. La seguridad se encontraba al otro lado del río Hwang Ho o río Amarillo, a muchas millas de distancia. ¿Cómo podría llevar a cien niños por esas escarpadas cumbres, siendo que algunos tenían solo cuatro y cinco años? Era una locura. Sin embargo parecía ser la única manera.

Juntó a todos los niños.

–Mañana en la mañana todos vamos a comenzar una larga, larga caminata para escapar de la guerra, -les dijo. –Todos deben ir a dormir temprano. Cuando despierten mañana, aten su ropa de cama en un rollo y agarren sus tazones y palillos de comer.

Los niños charlaban alegremente. Hacer una larga caminata con *Ai-weh-deh* parecía divertido. Corrieron a las camas.

A la mañana siguiente ya estaban todos levantados cuando salió el sol, excitados y emocionados, estaban listos para partir. Gladys tenía un pequeño silbato con el que llamaba a todos los niños para reunirse. Los puso en una fila y nombró a cada uno para asegurarse de que no faltara ninguno.

Después comenzaron a caminar por el sendero que iba hacia el sur. Por un tiempo pudieron seguir el sendero, pero después tendrían que pasar por las montañas salvajes.

-¿Cuántos días nos llevará para llegar al Río Amarillo?- preguntó ansiosamente una de las niñas de quince años.

-A los arrieros les lleva cinco días viajando por el sendero de siempre. – dijo Gladys. –Como nosotros tenemos que pasar por las montañas, probablemente nos lleve doce días. –

Al inicio las cosas fueron bastante bien. Los niños incluso escalaron rocas y corrieron para explorar otros caminos. Al mediodía comieron algo del mijo que habían traído. Pero a medida que la tarde avanzaba, más y más frecuentemente uno de los pequeños se acercaba a Gladys, se aferraba a su abrigo y decía, “*Ai-weh-deh*, estoy cansado”, “*Ai-weh-deh*, me duelen los pies.”, “*Ai-weh-deh*, vayamos a casa ahora”.

Gladys y los más grandes se turnaban para llevar a los pequeños. Al final llegaron a un pueblo. Afortunadamente un sacerdote budista los vio cerca de su templo y los invitó a quedarse por la noche.

A la mañana siguiente todos estaban descansados y podían comenzar su camino nuevamente. Pero las cosas se pusieron cada vez más difíciles. Las montañas eran tan ásperas que los grandes tenían que pasar a los pequeños uno por uno para pasar por los grandes acantilados. Los zapatos estaban deshechos, por eso sus pies dolían. Se quedaron sin comida. Estaban sedientos y la mayoría de las veces, como hacía mucho calor, el agua era difícil de encontrar.

En la noche se refugiaban en el resguardo de alguna roca grande. Pero en la mañana seguían su camino. Cada vez que llegaban a un tramo de tierra llana, Gladys

comenzaba a cantar un himno y todos marchaban valientemente cantando el coro. ¡Oh, seguramente pronto llegarían al Río Amarillo, a partir del cual estaba la libertad!

¡En el día número doce lo vieron! A lo lejos, el río brillaba bajo el sol, y cerca de allí vieron un pueblo. Finalmente conseguirían algo de comida. Cantando, la banda de niños harapientos marchaba hacia allí.

¿Pero qué era esto? Parecía muy extraño. No había gente. El pueblo estaba desierto. Probablemente toda la gente se había ido por la guerra.

Gladys no se daría por vencida. Sopló su silbato y puso a los niños en fila. Al más pequeño lo cargó en su espalda y caminaron con dificultad.-Debemos ir al río y tomar un barco,-dijo. -Estaremos a salvo al otro lado. -

Pero cuando llegaron al río no había ningún barco a la vista. Esperaban que alguien viniera del otro lado para buscarlos. Esperaron y esperaron. Los varones más grandes volvieron al pueblo desierto para buscar restos de comida. Día tras día, noche tras noche, esperaban bajo las estrellas,- Ai-weh-deh, tenemos hambre. -gemían los niños. - Ai-weh-deh, ¿cuándo cruzaremos el río? -

Gladys trataba de consolarlos. Les contaba historias. Cantaban juntos. Pero todo el tiempo miraban el río. ¿Cuándo vendría un barco?

Al cuarto día estaban perdiendo el ánimo y comenzaron a desesperarse en el grupo.

Pero de repente una niña se acercó hasta Gladys y dijo -Ai-weh-deh, ¿recuerda cuando Moisés llevó a los niños de Israel a través del Mar Rojo? ¿Por qué Dios no abre el Río Amarillo para que nosotros crucemos? -

Gladys abrazó a la pequeña niña. Después dijo, -Tu y yo nos vamos a arrodillar y le vamos a pedir a Dios. -

Lo hicieron. Después Gladys le comenzó a cantar a los niños otra vez. De repente algunos de los niños saltaron. -¡Un soldado, un soldado, Ai-weh-deh! - gritaban. Venía hacia ellos un oficial chino que estaba vigilando el área y que había oído el increíble sonido de niños cantando.

-¿Usted está loca?- Le preguntó a Gladys. -¿Quién eres y qué estás haciendo con todos estos niños del lado enemigo del río? -

-Somos refugiados y estamos intentando cruzar el río. - dijo Gladys.

El oficial inmediatamente llamó para que vinieran los barcos. Cuando vinieron, Gladys y los niños se apilaron dentro de ellos.

No pasó mucho antes de que estuviesen a salvo en el otro lado.

### **36.NIDO EN LAS NUBES.**

“Nido en las nubes” es el verdadero nombre de un pueblo que está en las alturas de las montañas de China. Mucha de la gente allí vive en cuevas o en casas construidas en las laderas.

En una de estas casas vivía una pequeña niña llamada Pine Needle (hoja de Pino). Sus padres eran los únicos cristianos en el pueblo. El resto de la gente oraba a dioses de madera, de hierro o de papel.

Cuando llegó el Año Nuevo, la gente del pueblo vino a la casa de Pine Needle. Les dijeron a sus padres, -Tienen que venir con nosotros al templo para ofrecer incienso a los dioses. -

-No, -dijo el padre de Pine Needle. –Ya no podemos hacer eso. Ahora somos cristianos y sólo oramos al Dios verdadero. –

-Si no vienen con nosotros algo terrible les sucederá, - dijo uno de los hombres muy enojado.

Un día, no mucho tiempo después, Pine estaba viendo a su madre revolver la sopa para la cena. El horno estaba hecho de ladrillos y una gran olla fue construida dentro de él. Pine estaba sentada en el borde del horno. Se inclinó para oler la sopa. De repente se resbaló y cayó. Un brazo se quemó en la sopa hirviendo.

No había ninguna medicina en la casa y ningún doctor en toda la zona. Pine lloró todo el día hasta la noche porque el dolor era muy fuerte. Pronto tuvo mucha fiebre. Nadie sabía qué hacer.

Por supuesto los vecinos dijeron, -Ven, ¿no les dijimos nosotros? ¡Sucedió porque no dieron sus ofrendas a los dioses! –

Los padres de Pine sabían que esa no había sido la razón del accidente, ¿pero cómo podían hacer que sus vecinos entendieran esto? ¿Cómo podían ayudar a su pequeña niña?

-Tenemos que llevar a Pine a la estación misionera –dijo su padre.

Rápidamente la envolvieron en mantas calientes. Su padre la agarró en sus brazos y después de orar juntos y de decir adiós a su madre, se fueron en su burro.

Finalmente, hacia la noche, llegaron a la estación misionera. El doctor no estaba en casa. El misionero dijo, -Hay un hospital a cien millas de aquí. Tienes que llevar a Pine en el tren o morirá. Te ayudaré a pagar el viaje. –

Entonces el padre llevó a Pine a aquella extraña casa blanca en la ciudad, llamada hospital. Nunca había visto nada parecido.

El doctor le dijo, necesitamos injertar (poner) algo de piel en el brazo de su hija. ¿Estaría dispuesto a donar su piel para eso? –

El padre de Pine pensaba que donar su piel significaba dar su vida. ¡Qué decisión tan difícil de tomar! Oró a Dios para que le diera fuerza. Finalmente volvió al doctor y le dijo, -Sí, estoy dispuesto. El Señor Jesús dio su vida por mí. Daré mi piel por mi hija. –

Después de un largo rato, el padre de Pine se despertó en su cama limpia y blanca de hospital. -¿Estoy en el cielo? –le preguntó a la enfermera.

-¡En el cielo! –exclamó. ¿Por qué? ¡No! ¿Pensabas que morirías? –

-Sí, -dijo. – ¿No di mi piel para mi hija? –

-Sí, pero sólo un pedazo pequeño, -le explicó la enfermera. –Pronto estarás bien –mucho antes que su hija. –

Él alababa a Dios por su ayuda. Decidió que le contaría a sus vecinos de cuán maravillosamente su Padre Celestial le había dado a él y a su hija vida nuevamente.

Tres meses más tarde, Pine Needle y su padre volvieron a su hogar en el pequeño pueblito, Nido en las Nubes, en lo alto en las montañas.

Los vecinos se habían dado por vencidos hace mucho tiempo ya, no esperaban volver a verlos. Sin embargo, la madre de Pine nunca había dejado de orar, y los recibió con una alegría increíble. Los vecinos se amontonaron asombrados.

-Vean mi brazo, -dijo Pine Needle

-Vean mi pierna, -dijo su padre. Les contó toda la historia. –Di mi piel por mi hija.

–

Los vecinos fueron profundamente conmovidos. Tanto amor por una hija en un país donde una chica valía muy poco, era algo completamente nuevo para ellos.

-¡Cuéntanos más sobre tu Dios! – dijeron.

El tiempo había llegado. Finalmente el padre de Pine Needle les podía contar las buenas nuevas de que Jesucristo los amaba que había dado su vida en la cruz por ellos.

Ahora no podían escuchar suficiente. Invitaron a los misioneros para que les contaran más. Pronto casi toda la gente del pueblo había tirado sus dioses y decidido adorar al verdadero Dios. Querían pertenecer a un Dios que contestara oraciones.

### **37.UN GRAN SECRETO.**

(H.J. Brown) Alrededor del año 1900.

Henry Brown tenía un secreto. Un gran secreto. Ni siquiera se lo contó a su padre, aunque no sabía por qué exactamente. Sólo sabía que era tan sagrado que no se atrevía a contárselo a ningún otro ser humano. Pertenecía a su Señor y a él.

Henry tenía solamente 11 años cuando una fuerte convicción vino sobre él de que debía convertirse en un misionero para contar las buenas nuevas de Jesús en otras tierras. Este llamado de Dios vino tan naturalmente y al mismo tiempo tan fuerte, que nunca lo dudó ni lo resistió. Llenaba su corazón de alegría y anhelo. Henry J. Brown sabía que iba a hacer con su vida.

Primero que nada sabía que tenía que tener una buena preparación para un trabajo de tanta importancia. Debía tener una buena educación. Pero eso era muy difícil. Su familia era pobre. Desde que Henry tenía 10 años tuvo que trabajar durante el verano para otras personas y así ayudar a sostener a su familia.

Era poco común que un misionero viniera a su pueblo en Mountain Lake, Minnesota. Pero un domingo cuando Henry tenía cerca de 17 años, el pastor en su iglesia predicó sobre las misiones. -¿No hay nadie en esta gran audiencia que sea voluntario para ser un mensajero del Señor? –dijo el pastor. -¿No hay ninguna persona que dirá, “Aquí estoy, envíenme a mí”? –

Henry casi se levantó de un salto. En su corazón estaba diciendo, -Sí, sí Señor. ¡Yo iré! –

Era demasiado tímido para decirlo en público, pero las desafiantes palabras del pastor lo motivaron para seguir trabajando hacia su meta.

Henry tenía que trabajar mucho por su educación. Alargó sus vacaciones de verano para ganar más dinero, y cuando finalmente pudo ir a la escuela en el otoño el resto de la clase estaba muy adelantado en comparación a él. Tenía que compensar el trabajo que se había perdido, entonces tuvo que esforzarse mucho más que los demás. Además de ir al liceo trabajaba en pensiones y restaurantes para ganar dinero extra. Si pretendía hacer sus deberes tenía que hacerlos de noche.

Pero Henry Brown tenía una meta que tenía que alcanzar. Las palabras que le ayudaron en esos días fueron las de “La Escalera de San Agustín” escrita por Longfellow. *“Los grandes alturas alcanzadas y mantenidas por grandes hombres, no fueron alcanzadas por un vuelo repentino, sino, mientras que sus compañeros dormían, trabajaron duramente en la noche para alcanzarlas.”*

Henry luchó para prepararse para el campo misionero. Fue a la universidad y al seminario. A veces las cosas eran tan difíciles que se preguntaba si alguna vez llegaría a un país extranjero.

Una noche, mientras oraba, Henry Brown tuvo una visión. Su oscuro cuarto de repente se iluminó. A lo alto frente a él vio una gran cruz y sobre ella una hermosa corona dorada. Bajo la corona vio las palabras “Tu recompensa” y bajo la cruz “Debes trabajar duro”.

Trabajo duro y una gran cruz es lo que Dios le había asignado a H.J. Brown y a su esposa María. Comenzaron la misión de la Conferencia General Menonita en China. Trabajaron allí por cuarenta años y vieron como sus débiles inicios se convirtieron en una misión floreciente con iglesias, escuelas y hospitales. Muchos otros misioneros vinieron y se unieron a ellos.

Pero finalmente todos los misioneros tuvieron que dejar China por la guerra civil. Esa parecía ser la cruz más grande de todas. Pero él y su esposa sabían que sobre la cruz había una corona. La corona que apreciaban más que nada era la memoria de todos esos amigos de la china que habían oído y aceptado las buenas nuevas de salvación.

### **38. TODOS LOS ÍDOLOS SE TIENEN QUE IR.**

(H.J. y María Brown) Alrededor del año 1930.

Hace mucho tiempo atrás en China, los misioneros H.J. y María Brown se iban a encontrar en un pueblo lejano. Al final del encuentro un hombre llamado Señor Liu vino a ellos.

-Por favor vengan a visitar mi hogar antes de volver, -dijo.

Los misioneros estaban ansiosos por empezar su viaje de vuelta a su hogar pero el señor Liu insistió. De alguna manera los Brown sintieron que el señor Liu tenía una razón especial para invitarlos, pero no le preguntaron. Fueron con él a su casa.

Cuando llegaron en el patio de adelante, el señor Liu los invitó para que entraran y les sirvieron té. Después llevó a la señora Brown al patio trasero para que conociera a su esposa. Cuando volvió insistió para que el señor Brown fuera también.

El señor Brown pensaba que debían comenzar el viaje de vuelta a su casa, pero el señor Liu no permitía excusas.

Cuando iban hacia el patio del fondo se detuvieron en la cocina. Allí señaló a la pared en la cual estaba pegado el dios de la olla, justo encima de las ollas. – ¡Es suficiente! –dijo al misionero Brown. –Tíralo abajo. Ya me ha hecho sufrir lo suficiente. Por años he sido atormentado por los malvados. Ahora creo en Jesús. Me ha hecho libre y me ha sanado. Todos los ídolos se tienen que ir, porque sólo adoraré al Salvador. Estos poderes de la oscuridad se tienen que ir. –

El señor Brown sacó el dios de olla.

Mientras hacía eso, el señor Liu corrió hacia la otra habitación y agarró al dios de las riquezas. Ambos, el dios de la olla y de la riqueza fueron echados en la estufa.

Después de que ambos dioses se volvieron cenizas, el señor Liu dijo, -Ahora que se han ido, le pido al misionero nos dirija en una palabra de oración al Dios verdadero. –

El señor Brown oró con todo su corazón. Después él y su esposa se fueron de regreso a su casa regocijándose.

### **39. RESPETO POR LOS MUERTOS.**

Alrededor del año 1930.

El señor Wong estaba profundamente angustiado. Su madre había fallecido hace ya un tiempo, y como era cristiano le había dado a su madre un entierro cristiano. Ahora sus vecinos chinos no cristianos se burlaban de él - ¡Ustedes cristianos! No aman ni honran a sus padres. No hubo llanto ni lamentos en el funeral de tu madre. Sólo la tiraste en un agujero en la tierra. ¡Y ahora ni quemas ningún incienso en su honor! –

Todo esto lastimaba profundamente al señor Wong. Él había amado a su madre con todo su corazón, pero no se había lamentado como si no hubiese esperanza. Sabía que su madre estaba viva con Jesucristo. Quería adorar a Dios y no a sus ancestros. ¿Qué podía hacer para que sus vecinos comprendieran esto sobre su fe?

Él pensó sobre esto intensamente por un buen tiempo. Tenía que haber alguna manera cristiana de mostrar el amor y respeto que tenía por la memoria de su querida madre.

Finalmente tuvo una idea. Era un farmacéutico. Frecuentemente veía gente entrar a su farmacia. Muchos no tenían suficiente dinero para pagar la medicación que necesitaban desesperadamente, y como seguidor de Cristo él se preocupaba por ellos.

Cuando llegó el primer aniversario del fallecimiento de su madre, hizo un sacrificio, -no un sacrificio de incienso al muerto, sino un sacrificio de amor a los vivos. A todos los que venían a su farmacia por medicina en aquel día, se las dio gratis.

-Esto es en memoria de mi querida madre, -decía. –Me alegro de que ella está con el Señor, y él algún día la levantará de entre los muertos. –

La gente que recibía el regalo de medicina gratis miraba al señor Wong asombrado. ¡Esto era, en efecto, una nueva manera de mostrar respeto por aquellos que habían fallecido!

### **40. ¿RECUERDAS?**

(Marie J. Regier). Año 1943.

Muchas dificultades habían llegado a China. Los japoneses habían invadido el país. Ahora había guerra y mucha destrucción por todas partes.

El pequeño Sam Wang ya no podía ir más a la escuela. La escuela de misiones estaba cerrada y los misioneros se habían ido o estaban bajo arresto domiciliario. Sam estaba muy triste. A él le gustaba ir a la escuela.

Un día sus padres dijeron, -Sam, hemos escuchado que la maestra misionera, Marie Regier, les está enseñando a los niños en su propia casa. Los japoneses no la dejan irse de su casa, pero permiten que los niños vayan a ella. ¿Te gustaría ir? –

¡Cómo no! Desde ese día Sam fue a la casa de la misionera para aprender. Amaba a su maestra. Le gustaban las historias que ella contaba. Se sentía bien en la casa donde había tanto amor y bondad.

Pero un día cuando llegó a la puerta de la misionera, se detuvo repentinamente. Los japoneses se estaban llevando a su amada maestra, la señorita Regier y la señorita Goertz, la enfermera. Alguien murmuró, -Van a un campo de concentración. –

La señorita Regier le miró cuando salía por la puerta. Sonrió. –Adiós Sam – dijo.

Sam estaba tan sorprendido que no pudo decir nada. Saludó con su mano apenas, después se dio vuelta rápidamente porque sabía que iba a llorar.

¡Su maestra ya no estaba! ¿Qué le iban a hacer los soldados? Fue corriendo a su casa a contarles a sus padres. Todos estaban muy tristes, pero nadie podía hacer nada al respecto.

Los años pasaron. Hubo muchos cambios en la China. El pequeño Sam Wang creció. Fue a la escuela de medicina y se convirtió en un médico. Se casó y tuvo dos varones pequeños. Pero nunca se olvidó de su antigua maestra. Aún se preguntaba qué le había sucedido y si aún estaba viva.

Un día, alrededor de cuarenta años más tarde, sucedió que Sam conoció a un hombre que también había conocido a los misioneros. El hombre le sonrió a Sam y dijo, - ¡Tengo buenas nuevas! Podemos nuevamente escribir a América y recibir cartas de allí. Recibí una carta de Marie Regier. ¿Aún te recuerdas de tu maestra? –

Sam no podía creer lo que oía. Velozmente anotó la dirección. Cuando llegó a su hogar se sentó inmediatamente y escribió, -Querida maestra, acabo de recibir su dirección y le estoy escribiendo inmediatamente. ¿Aún recuerda a un pequeño niño llamado Samuel Wang a quien usted le enseñaba cuando estaba bajo arresto domiciliario? – En esta carta Sam le dijo a su antigua maestra lo que había pasado en su vida. Le pidió que le escribiese.

No mucho tiempo después, Sam recibió una carta de su maestra. Sí, aún se acordaba de él. No se había olvidado del pasado y de los buenos momentos que tuvieron juntos hace ya mucho tiempo atrás. Una vez más las puertas entre los cristianos de la China y de Norteamérica estaban abiertas.

## **41. TODO EL PODER ME ES DADO.**

Años 1930-1982.

Hace mucho tiempo en China vivían dos pequeñas niñas. Una de ellas era china y su nombre era I Wha o Flor de Amor. Sus padres murieron, y entonces fue adoptada por una dama misionera que la nombró Lucy Jamison. El nombre de la otra niña pequeña era Winifred. Era hija de misioneros americanos en China.

Lucy y Winifred eran mejores amigas. Desde el momento que empezaron a caminar, jugaban juntas. Cavaron túneles en el arenero, se metieron en el arroyo, recogieron ramos de flores. Fueron a la escuela juntas, y podían hablar en chino e inglés.

Finalmente, Winifred volvió a Estados Unidos para ir a la universidad. Más adelante Lucy también fue allí para ir a la universidad, pero después volvió a la China. Winifred sólo la volvió a ver una vez. Cuando Lucy fue a Estados Unidos para la boda de Winifred.

Después vino la guerra. Lucy y Winifred ya no podían visitarse más. El gobierno comunista no permitía ningún viaje de ida o vuelta. No permitían misioneros

norteamericanos en China. Ni siquiera permitían que se escribieran cartas. Cerraron todas las iglesias.

En Estados Unidos Winifred se preguntaba qué le estaría sucediendo a Lucy. La extrañaba mucho. Oraba por ella.

Pasaron treinta años. Winifred no escuchó nada de Lucy ni una sola vez durante esos años. Pero llegó el momento donde los norteamericanos fueron nuevamente permitidos para ir a la China. Winifred y su esposo, Erland Waltner, estaban planeando ir a China en un viaje. ¡Cuánto deseaba ver a Lucy! Pero eso parecía completamente imposible. No tenía ninguna dirección. Ni siquiera sabía si Lucy aún estaba viva.

Antes de que los Waltner se fueran a China, el cuñado de Winifred (esposo de su hermana) fue a Suiza en negocios de la iglesia. Mientras estuvo allí conoció a un hombre Chino, que también estaba allí por negocios de la iglesia. Hablaron juntos en inglés.

-Hablas muy bien inglés, -dijo el cuñado de Winifred al hombre chino. -¿Dónde aprendiste? –

-Aprendí de una mujer china con un nombre norteamericano - Lucy Jamison.

-¡Lucy Jamison! – exclamó el otro. – ¿Eso significa que conoces a Lucy Jamison?

–

-Sí, pero ¿cómo tú la conoces? –

-Nunca la he conocido, pero la hermana de mi esposa la conocía muy bien, -dijo el cuñado de Winifred.

Para su asombro estos dos hombres descubrieron que de entre las mil millones de personas en China ¡ambos conocían a Lucy Jamison!

Así es como Winifred escuchó de nuevo de su amiga Lucy. Consiguió su dirección, y se escribieron. Cuando Winifred y Erland visitaron China fueron a ver a Lucy.

Lucy ya no era una pequeña niña. Su hermoso pelo negro estaba gris. Había estado en prisión por veinte años porque era cristiana. Pero sus ojos marrones estaban llenos de bondad y alegría como nunca antes. Jesús había estado con ella.

Lucy y Winifred tenían mucho que compartir. Winifred había tenido cuatro niñas. Lucy no estaba casada, pero había adoptado tres niñas, así como ella misma, que había sido adoptada. Después de haber salido de prisión, Lucy estaba viviendo con la más joven de ellas y enseñando en una universidad.

Cuando se despidieron, Winifred le dijo a Lucy, -Si no te veo de vuelta en la tierra, te veré en el cielo. –

Lucy sonrió alegremente y dijo, -Sí, y puede que sea más pronto de lo que pensamos. –

## 42. EL LLAMADO DE DIOS.

(Stephen Lee)

Alrededor de los años 1940 – 1982

De pequeño, Stephen Lee vivía en el sur de la China. Su padre y su madre eran cristianos. Su abuelo y abuela ya habían sido cristianos y también sus bisabuelos. Cien años atrás misioneros bautistas norteamericanos habían venido a esa parte de China para contarle a la gente de Cristo y desde ese entonces la familia Lee había sido seguidora de Cristo.

Cuando Stephen tenía doce años aceptó a Cristo como su Salvador personal. También desarrolló un gran anhelo y deseo de convertirse en pastor cuando creciera, para así ayudar a la gente a conocer a Jesús. Era su llamado de Dios. Él sabía eso en su corazón y nunca se lo olvidó.

Mientras Stephen crecía, un gobierno comunista asumió al poder en China. Los oficiales del gobierno cerraron todas las iglesias y escuelas bíblicas. No les gustaba la Fe cristiana.

Stephen no sabía qué hacer. El llamado de ser pastor aún estaba allí, pero ¿cómo podría educarse? Y si consiguiera tener una educación, ¿dónde podría ser pastor cuando no había iglesias?

Cuando Stephen tenía veinte años, decidió huir de la China e ir a la isla de Hong Kong donde había libertad, que pertenecía a Gran Bretaña, para poder ir a la escuela bíblica allí. Su padre ya había huido a Hong Kong y tal vez podría ayudarlo.

Como era peligroso que alguien supiera sus planes, Stephen no le contó a nadie, ni siquiera a su madre y hermanos. Un día desapareció. Se dirigió hacia el puerto, pues desde allí podía ver a Hong Kong a ocho kilómetros de distancia a través del agua.

Pero unos guardias vieron a Stephen. No tenía ningún permiso para estar en esa área en la que estaba parado. Lo agarraron rápidamente y lo llevaron preso. ¿Ahora qué?

Stephen estaba determinado a salir. Buscó cualquier posibilidad de escape. Y un día cuando estaban llevando los prisioneros a otro lado ¡salió disparando y corrió!

Los guardias lo vieron y lo atraparon y nuevamente fue llevado a prisión.

Pero él no se daría por vencido. Tenía un llamado de Dios. Tenía que salir. Corrió nuevamente y esta vez nadie lo atrapó. Stephen logró volver a su casa.

Dos años después Stephen intentó escaparse de China otra vez. Lo planeó cuidadosamente. Con la ayuda de un amigo logró llegar al puerto sin que nadie lo viera. Tarde una noche, se quedó parado solo al borde del agua. El agua era blanda, oscura y misteriosa. A ocho kilómetros podía ver las luces de Hong Kong. Stephen Lee había decidido cruzar el canal nadando.

¿Lo lograría? Stephen había aprendido a nadar casi tan pronto como aprendió a caminar. Ya había practicado natación por muchos años. Parecía que se había preparado toda su vida para ese momento. Era fuerte. Tenía confianza de su propia fuerza. Sabía que podía hacerlo.

Se sumergió. Con braceadas poderosas y largas empezó a nadar hacia Hong Kong. Sabía que le llevaría muchas horas. Nadó y nadó. Pero después de un largo tiempo, se dio cuenta de que no estaba progresando. Estaba nadando en círculos. De alguna manera una corriente en el agua siempre le daba vuelta para que él no pudiera mantenerse nadando en línea recta.

Cuando Stephen se dio cuenta de eso, se aterrorizó. A pesar de que era un nadador excelente ahora sabía que no podría hacerlo con solamente su propia fuerza. Lloró a Dios, -Señor, tu sabes que quiero ir a Hong Kong para ir a la escuela bíblica. Quiero servirte. ¡Ayúdame Señor, ayúdame! –

En ese mismo instante una corriente de agua lo atrapó y lo despegó en la dirección correcta. Tuvo la impresión de que casi al mismo tiempo llegó a la costa de Hong Kong y cayó completamente exhausto en la playa.

Sin embargo, para su horror, no cayó en una playa arenosa. ¡Llegó a una playa cubierta de ostras rotas!

Stephen había escapado de los ojos vigilantes de los guardianes en el puerto, había logrado atravesar todo el canal, pero ahora las ostras lo atraparon. Cortaron su cuerpo por todos lados. Por un rato no pudo caminar, pero finalmente, lleno de moretones y sangrando, fue tambaleándose a una granja cerca de allí.

Cuando la gente de allí abrió la puerta, se la cerraron de un portazo. No querían ningún refugiado en su casa.

Stephen cojeó dolorosamente hacia la próxima casa. La gente de allí lo dejó entrar. Le dieron comida. Le dieron agua para que pudiese lavarse, y ropa. Cuando finalmente se pudo recuperar un poco, se contactó con su padre.

Al principio el padre estuvo feliz al verlo. Pero cuando descubrió que Stephen quería ser un pastor, se enojó. Esperaba que Stephen lo ayudara con su negocio y asumiera la responsabilidad de la familia, ya que era su hijo mayor.

-No padre, -dijo Stephen. –Ya le prometí a Dios que sería pastor y le serviría. No puedo romper esa promesa. –

Stephen estaba solo nuevamente. Su padre no lo apoyaría. Sin dinero, pero con fe, Stephen fue a la escuela bíblica en Hong Kong. Dios en su gran sabiduría ya había provisto cosas.

Un año antes de que Stephen llegara en Hong Kong, una pareja menonita, Henry y Marie Becker de Turpin, Oklahoma, habían estado de viaje por Hong Kong. Cuando se fueron depositaron una suma de dinero con el Comité Central Menonita allí en Hong Kong, diciendo: “Esto es para alguna persona joven que quiera ir a la escuela bíblica para prepararse para el ministerio cristiano.”

La plata ya estaba allí, y Stephen Lee la recibió.

Finalmente estaba en camino a convertirse en pastor. Durante cuatro años en Hong Kong y uno en Canadá, los Becker lo apoyaron desde Oklahoma. Después volvió a Hong Kong para ser pastor en una iglesia China.

Cuando se casó, los Becker vinieron hasta Hong Kong para participar de la boda.

Pero eso no fue todo. Stephen fue un pastor especial. Él, su esposa Sally, y sus hijos eventualmente se fueron a Canadá. Fundaron muchas iglesias chinas allí. Y cuando los refugiados de Vietnam necesitaban una nueva casa, Sally y él ya estaban en Canadá para recibirlos. Hoy en día hay una iglesia china menonita en Vancouver, British Columbia, Canadá donde la gente de la china puede encontrar un hogar espiritual.

Stephen Lee tiene la idea de fundar muchas más iglesias en las comunidades chinas en Norteamérica. Él cree que ha sido llamado por Dios a hacer eso.

## **LAS BUENAS NUEVAS EN EL SURESTE DE ASIA.**



### **43. TE PERDONO.**

(Ann y Adoniram Judson). Alrededor del año 1820

Ser misionero en una cultura extranjera siempre es difícil, pero Ann y Adoniram Judson, a comienzos del 1800 en Birmania, seguro tuvieron más que la cuota de dificultades que les correspondía.

Los oficiales, que estaban en contra del cristianismo, eran muy crueles. La gente tenía miedo de ser vistos con los Judson. Sabían que serían perseguidos si se hacían cristianos. Sólo algunos fueron secretamente a lo de los Judson para preguntarles por el Salvador y ellos estuvieron muy entusiasmados de presentárselos.

Durante los primeros cinco caños no se convirtió ninguno. ¿Cómo se construiría una iglesia de Jesucristo en Birmania?

Ann y Adoniram siguieron trabajando fielmente lo mejor que podían. Finalmente Ann tuvo una clase de alrededor veinte mujeres que querían conocer más sobre este Dios que las amaba de igual manera que a los hombres. Estaban completamente asombradas por esta noticia.

A pesar del peligro, varios hombres y mujeres se hicieron seguidores de Jesús. Adoniram trabajaba duro traduciendo el Nuevo Testamento a birmano (la lengua del lugar) para que ellos mismos pudieran leer las buenas nuevas de Jesús.

Llegó el momento cuando estalló la guerra entre Gran Bretaña y Birmania. Lo birmanos sospecharon inmediatamente de estos misioneros, ya que hablaban inglés. ¿Qué estaban haciendo en su país? ¿Tal vez eran espías?

Un día en junio de 1824, cuando Ann y Adoniram estaban cenando, abrieron la puerta groseramente y un oficial entró para arrestar a Adoniram. Lo ató tan fuerte con una pequeña cuerda dura, usada por los birmanos como un método de tortura, que apenas podía respirar. Después fue arrastrado hacia la prisión y arrojado en una habitación sucia y oscura, llena de criminales condenados.

Ann estaba siendo vigilada de cerca en su hogar, de manera que ni podía dejar la casa. Estaba prácticamente fuera de sí por la ansiedad que tenía por su marido. ¿Qué le estaría pasando?

Al final Ann pudo conseguir permiso del gobernador para visitar a su marido. Y fue rápidamente a la prisión. Cuando llegó a la puerta Ann vio a su marido arrastrándose hacia ella por el piso sucio y haciendo sonar con cada movimiento las pesadas cadenas con las que estaba atado. Su cara sucia y sin afeitar, estaba demacrada, pero con un brillo de alegría increíble cuando la vio. Había sido torturado por el temor de lo que le pudiese estar pasando a ella, sola y sin protección.

En la siguiente visita a la prisión Ann llevó una almohada, tan dura e incómoda que ni el carcelero la quería. En ella había guardado el manuscrito de Adoniram del Nuevo Testamento. Era la única copia y no estaba segura en su casa. Si lo encontraban, muchos años de trabajo se perderían.

Adoniram estuvo en la prisión por dieciocho meses. Ann se encargó todo el tiempo de su pequeño grupo de cristianos, e intentó conseguir comida y ropa para su marido, quien de otra forma hubiese muerto de hambre, pero más que nada intentó sacar a Adoniram de la prisión.

Iba a la casa de los miembros de la familia real, golpeaba las puertas de las casas de los oficiales del gobierno, e incluso se atrevió a ir a ver al gobernador.

Todo esto sin tener en cuenta el peligro que eso implicaba para ella, suplicaba en todas partes para que dejaran libre a Adoniram.

Uno de los oficiales la hizo esperar desde temprano en la mañana hasta el mediodía para verlo, y después rechazó su pedido con desprecio. Incluso más, cuando se estaba yendo le ordenó que le diese su sombrilla de seda. En Birmania hace un calor insoportable al mediodía y es peligroso caminar bajo el sol sin protección. Ann le dio su sombrilla, y a cambio le pidió una de papel, pero ni siquiera eso hizo y se reía cruelmente.

Un día cuando Ann fue a ver a su esposo, la prisión estaba vacía. Se habían llevado a todos los prisioneros, y la almohada que contenía el manuscrito tampoco estaba.

Ann fue rápidamente a lo del gobernador. –No puedes hacer nada más por tu marido, –dijo el gobernador. –Sólo cuídate a ti misma. –

Pero ella no se rendiría. Fue por las calles de la ciudad hasta que encontró a alguien que había visto a los prisioneros marchando. Después, con los niños que tenía bajo su cuidado y su propio bebé, se encaminó en esa dirección. Finalmente llegó a la prisión a donde habían llevado a Adoniram.

Más problemas estaban en camino.

Los niños se enfermaron de viruela y Adoniram tenía una fiebre horrible. Con la ayuda de una leal amiga birmana, Ann los cuidó hasta que estuvieron saludables nuevamente. Al final ella se enfermó y de no haber sido por el cuidado de su amiga birmana hubiese muerto.

Después de algún tiempo Gran Bretaña ganó la guerra y Adoniram fue liberado de la prisión. Cuando se celebró una cena ceremonial para sellar la aceptación por los birmanos de las condiciones de paz británicas, Ann y Adoniram fueron invitados.

Los oficiales birmanos que se habían burlado y atormentado a Ann cuando ella les pidió ayuda estaban allí. El hombre que le había quitado cruelmente su sombrilla estaba allí y cuando vieron a Ann quedaron pálidos. Ahora ella podía vengarse, eso es lo que ellos hubieran hecho en su lugar.

Pero Ann miró con compasión a los aterrorizados oficiales. –No tienen nada que temer de mí. Los perdono. –dijo Ann en birmano puro y musical. Por primera vez en sus vidas vieron lo que significaba ser cristiano.

¿Y qué con el preciado manuscrito? ¿Estaba realmente perdido? ¡No! El carcelero había arrancado la primera cubierta de la almohada y tirado lo que para él era un rodillo duro e inútil. Uno de los birmanos cristianos reconoció que el manuscrito era una pertenencia de los Judson y se lo había llevado. La traducción del Nuevo Testamento estaba a salvo.

Ese fue el comienzo de la iglesia cristiana en Birmania. Cien años después de que Ann y Adoniram lucharon tanto para poner los cimientos de la congregación, la iglesia protestante de Birmania llegó a tener ciento diecisiete mil (117.000) miembros.

#### 44. ¿POR QUÉ LO HIZO?

(Luke y Dorothy Beidler). Alrededor del año 1976.

La iglesia menonita en Indonesia necesitaba a alguien para que ayudara con la gente que nunca había escuchado de Cristo. Entonces la iglesia le pidió al Comité Central Menonita que les mandara una pareja para que trabajaran junto con una pareja de indonesios en una aldea de la periferia.

Luke y Dorothy Beidler oyeron el llamado y fueron a Indonesia. Se hicieron buenos amigos de la pareja cristiana de indonesios con la cual trabajaron. Hacían todo junto.

Un día el hombre indonesio se enfermó gravemente y tenía que ser llevado a un hospital de inmediato. Pero en Indonesia alguien siempre tenía que ir para cuidar del paciente, cocinarle, bañarle, llevarlo al sanitario, y atender todas sus necesidades, pues el hospital no se encargaba de esto.

La gran pregunta era quién se debería ir con el hombre enfermo. Su esposa no podía porque tenía que cuidar a su bebé. Sus padres y los padres de su esposa vivían muy lejos en otra isla. Ni siquiera había tiempo para enviarles un mensaje. Mientras Luke y Dorothy lo conversaban con la otra pareja, se hizo evidente para todos que Luke era el que debería acompañar a su compañero de trabajo.

Las otras personas allí en el hospital se sorprendieron cuando el hombre blanco se quedó al lado del indonesio. Se asombraban cuando el hombre blanco cocinaba la cena para el paciente. No podían creer lo que veían cuando el hombre blanco le llevaba el violín o la chata.

Comenzaron a murmurar, pues nunca habían visto algo como esto antes. ¿Que un hombre blanco se rebajara y sirviera a un indonesio?! ¡Nunca! ¿Qué significaba esto?

Ahora todos se preguntaban qué sucedería en la noche, ya que los hospitales estaban tan llenos, y el pariente o amigo que cuidaba del enfermo siempre tenía que dormir debajo de la cama del paciente. ¿Haría esto también este extraño hombre blanco?

Y así fue que lo hizo. Luke se metió debajo de la cama de su compañero de trabajo enfermo y se acostó para dormir, así como hacían los demás ayudantes indonesios.

La noticia de este evento corrió por toda la isla como un fuego. La gente comenzó a hacer preguntas. ¿Quiénes eran estas personas blancas que estaban dispuestas de hacer tal cosa?

Cuando el hombre enfermo mejoró y ambos, él y Luke volvieron a sus hogares, ambas parejas, una de blancos y la otra de indonesios, trabajando juntos, recibieron llamados de las aldeas vecinas diciendo, -Vengan y cuéntenos de Jesús. –

## 45. LA IGLESIA QUE CRECÍA Y CRECÍA

(Abdi Djajadihardja). Alrededor del año 1970.

La gente de la iglesia de Semarang en Indonesia estaba contenta de que se podían reunir para adorar a Dios y compartir sus alegrías y tristezas. De vez en cuando venía algún estudiante de la Universidad Cristiana de Satya Wacana, que estaba a cierta distancia de allí, para adorar a Dios con ellos y antes de marcharse solía decir, -Oh, esto fue muy bueno. ¡Si sólo pudiéramos tener una iglesia como esta en Salatiga, cerca de la Universidad! –

La gente de Semarang se comenzó a preguntar si deberían hacer algo para que los estudiantes tuvieran una iglesia propia.

Finalmente decidieron enviar un pastor joven, Abdi Djajadihardja, a la ciudad universitaria para que pudiera encontrarse con los estudiantes allí.

El joven Abdi estaba entusiasmado por ir, pero también un poco asustado. ¿Iría alguno de los estudiantes a las reuniones? ¿Realmente querían una iglesia? ¿Sabría el decir las palabras correctas? Oro a Dios, para que su Espíritu estuviese con ellos a cada paso del camino.

Un pequeño grupo de estudiantes se reunió alrededor del pastor Abdi Djajadihardja. Pronto estaban riéndose y hablando, lo llamaban Pak Abdi. Se notaba que les gustaba el pastor. Juntos leían la Biblia, oraban y cantaban.

Al próximo domingo cuando Pak Abdi fue, había más estudiantes, no sólo eso, habían varias familias que habían ido a adorar.

Cada domingo iba más y más gente. Un día, para sorpresa de Pak Abdi, vio a una familia javanesa y a otra familia china. Comúnmente los javaneses y los chinos que vivían en la isla no se relacionaban mutuamente. Pak Abdi estaba emocionado, pues el amor de Cristo los estaba uniendo a todos.

La pequeña iglesia en Salatiga creció tan rápido que pronto el Pak Abdi se mudó de forma permanente para ser su pastor a tiempo completo. Siempre se reunían en la casa de alguien, pero ahora el grupo era demasiado grande, entonces la gente construyó un lugar.

Después de unos años ese lugar era muy pequeño, entonces la congregación construyó una caparazón más grande sobre la pequeña iglesia. De esa manera se podían seguir reuniendo en la vieja iglesia mientras construían la nueva. Cuando la iglesia más grande fue terminada, tiraron abajo la iglesia pequeña y la sacaron.

La iglesia de Salatiga sabía que el Espíritu de Dios estaba trabajando poderosamente entre ellos. También querían llevar las buenas nuevas de Jesucristo a otras personas. Pak Abdi y otros de la congregación comenzaron doce misiones de enseñanza y prédica en aldeas de la zona.

Era como si la pequeña planta que había sido plantada en Salatiga por la congregación de Semarang, había producido doce nuevos brotes. Todos esos estaban creciendo bien y pronto producirían nuevos brotes también.

Pak Abdi y la congregación de Semarang, quienes habían enviado al joven pastor a Salatiga estaban asombrados. Agradecían a Dios por el crecimiento milagroso.

## 46. LA BIBLIA EN LA MESA.

(Rosella Toews). Alrededor del año 1975.

Rosella Toews, una enfermera, estaba trabajando con el Comité Central Menonita en Bangladesh. Ella y quienes estaban en su unidad estaban intentando ayudar a refugiados bihari (de Bihar) en la ciudad de Saidpur.

Frecuentemente se preguntaba cómo podía hacer para que sus compañeros de trabajo conocieran a Cristo como el Hijo de Dios, ya que eran musulmanes. Parecía haber tan pocas oportunidades para hablarles de aquello, que era lo más importante en su vida.

Un día tuvo una idea. Se trajo la Biblia en lengua bihari y la puso sobre una mesa donde la gente que pasaba podría verla. Ella esperaba y oraba para que alguien la agarrara y la comenzara a leer. Trató de vigilar la Biblia para ver qué ocurriría. Algunos sólo se paraban ahí y charlaban. Algunos miraban la Biblia y siguieron su camino. Otros estaban tan apurados que ni siquiera vieron la Biblia en la mesa, sólo pasaban corriendo.

Un día cuando Rosella estaba en la habitación, vio que uno de sus compañeros de trabajo bihari pasó por la mesa, éste tenía curiosidad, y agarró la Biblia. ¡La abrió y comenzó a leerla! Finalmente miró a su alrededor y vio a Rosella, y preguntó, -¿Puedo llevarme este libro conmigo a casa, así puedo leer más de él? –

-¡Oh, sí! Por supuesto, -le aseguró Rosella. Después de que se fue, inmediatamente puso otra Biblia en el mismo lugar.

Uno o dos días después, el hombre que había agarrado la Biblia, le comenzó a preguntar cosas a Rosella y a los otros trabajadores del Comité Central Menonita sobre las cosas extrañas que había leído en la Biblia. Contestaron cada pregunta lo mejor que pudieron pero le dijeron, -¿Te gustaría venir a nuestro grupo de estudio bíblico? Así podemos estudiar las Escrituras juntos. – El hombre fue encantado.

Con el tiempo otro hombre agarró la segunda Biblia que estaba en la mesa- Él también comenzó a hacer preguntas y comenzó a ir al grupo de estudio bíblico.

Después de un tiempo estos dos biharíes dijeron que creían en el Señor Jesucristo, pero que no querían bautizarse hasta que sus esposas fueran cristianas también, y así pudieran ser bautizadas con ellas.

Ahora los dos nuevos cristianos organizaron un grupo de estudio bíblico sólo para biharíes. Más y más personas fueron para saber más sobre las Escrituras.

Rosella Toews estaba contenta, pues vio como el Espíritu de Dios estaba usando las Biblias que ella había puesto en la mesa para llevarle a la gente las buenas nuevas de Jesucristo.

## 47. EL LEÓN Y LA PALOMA

(Vern Preheim). Año 1976.

Había ocurrido una larga y cruel guerra en Vietnam. Los ciudadanos de un mismo país luchaban entre ellos. Algunos estaban a favor del gobierno de Vietnam del Sur, y otros estaban en contra, y recibían ayuda del gobierno de Vietnam del Norte.

El ejército estadounidense y su fuerza aérea, que estaban del lado del gobierno de Vietnam del Sur, había quemado gran parte del campo con las bombas, había destruido hospitales y escuelas, y matado mucha gente.

Ahora la guerra había terminado, y había cristianos en Norteamérica que sabían que había mucho sufrimiento en Vietnam. Había enfermedad y pobreza. La organización de ayuda del Comité Central Menonita (CCM) quería ayudar a la gente de Vietnam en el nombre de Cristo. No les importaba de qué lado había estado la gente en la guerra. Sabían que Jesús quería que ayudaran a todos.

Para ver cuál era la mejor forma de ayudar, enviaron a un grupo de cuatro personas para hablar con los vietnamitas y decidir juntos un buen proyecto. Vern Preheim, que era el director del Comité en Asia, lideraba el grupo.

Él y los otros compañeros de trabajo del Comité fueron bienvenidos y recibidos por el Comité de Paz de Vietnam, quienes los llevaron a diferentes lugares para que vieran por sí mismos donde podrían ayudar mejor. Uno de los lugares donde los llevaron era el lugar donde había estado la aldea de My Lai. Había sido destruida por los norteamericanos, la habían quemado y matado a la población mientras huían.

El día después de que el grupo del Comité había visto este lugar horrible, el comité local les dio un banquete de despedida en la ciudad de Da Nang. Un proyecto había sido elegido, el Comité iba a reequipar un hospital que había sido destruido durante la guerra. Ahora era tiempo de decir adiós.

El anfitrión de la fiesta, la persona de más alto rango en el banquete, era el vicepresidente del Frente de Liberación Nacional. Se sentó en la mesa frente a Vern, los dos comenzaron a charlar.

Vern descubrió que ambos tenían la misma edad y que su hijo mayor tenía la misma edad que el hijo mayor del anfitrión. Su hijo menor era de la misma edad que el hijo menor de su anfitrión. Sin embargo había una gran diferencia entre la edad del hijo mayor y el hijo menor del anfitrión, ya que había estado lejos de su hogar, luchando en las colinas durante los doce años de guerra. Los ojos del anfitrión eran amistosos y sus sonrisas cálidas. Vern tuvo afinidad con él.

Llegó el tiempo de las últimas formalidades, que consistía en un intercambio de regalos. El anfitrión que estaba frente a él, se levantó y fue a una pequeña mesa en la esquina de la habitación, y trajo un pequeño león tallado en mármol. El mármol había sido sacado de las colinas cercanas a la ciudad. Aquella colina, llamada Marble Hill (Colina de mármol), gracias a que tenía buenos escondites para el Viet-Cong (ejército de Vietnam del sur), había sido el lugar donde se habían luchado algunas batallas más intensas entre los norteamericanos y los vietnamitas.

El anfitrión sostenía el pequeño león mientras hablaba a través de un intérprete. Miraba directamente a Vern. No desvió su mirada ni siquiera cuando el intérprete estaba hablando y Vern tampoco. –Este león, -dijo el anfitrión, -simboliza el coraje y la determinación de Vietnam en sus luchas contra los norteamericanos. Este león es fuerte, poderoso. Hemos peleado como un león. – Él habló por unos seis o siete minutos y después le dio a Vern el león de mármol de recuerdo.

Ahora era el turno de Vern. Metió la mano en su bolsillo y sacó una cuchara del Comité Central Menonita. Él no había planeado un discurso de antemano, pero sentía de una manera muy clara que el Espíritu del Señor estaba con él y le estaba dando las palabras correctas en ese momento y lugar tan inesperado.

Vern levantó la cuchara y señaló el logo del Comité. –Esta paloma saliendo de la cruz simboliza nuestra fe, -dijo. –Somos cristianos y hemos venido aquí en una misión de paz. La paloma, este pájaro de paz, sale del círculo que la rodea. De la misma forma nosotros hemos dejado nuestro círculo en norteamérica para venir a ustedes en una misión de buena voluntad. –

Vern habló casi por el mismo tiempo que su anfitrión. Uno habló sobre un león con su poder y fuerza, el otro habló de la paloma de la paz. Toda la habitación quedó electrificada por el breve encuentro entre la paloma y el león.

Vern le dio la cuchara al anfitrión. El oficial vietnamita se conmovió. Tomó la cuchara e inmediatamente se levantó y dio vuelta a la mesa hacia donde estaba Vern, y le dio un fuerte abrazo.

Con ese abrazo desvanecieron todas las diferencias, por un momento al menos, ambos estaban intensamente conscientes que ambos eran miembros de la raza humana, creada por Dios.

## LAS BUENAS NUEVAS EN JAPÓN.



### 48. OTRO JOSÉ

(José Hardy Neesima). Año 1843

Por muchos años Japón se mantuvo a sí misma. Los líderes no permitían que ningún barco de otros países desembarcara en sus puertos y tampoco permitían que ninguna persona se fuera a tierras extranjeras.

Tenían miedo de que si lo hacían, a la gente le gustaría las costumbres extranjeras y perderían su propia cultura. Tenían miedo de que otros países pudieran incluso luchar contra Japón y conquistarla.

Fue en ese tiempo, en el año 1843, que nació un niño en una adinerada e importante familia en la ciudad que ahora se llama Tokio. Su nombre era Neesima Shimeta. A él se le dio una formación especial en la cortesía y conducta

acorde a una persona de su rango. Aprendió a usar la espada y estudió los clásicos chinos, que eran la marca de un erudito japonés.

Como él había estudiado chino, podía leer libros escritos en chino por los misioneros protestantes que habían ido a la China. Esto le abrió un nuevo mundo a Neesima. Aprendió que existían otros países y aprendió sobre la historia del mundo.

Pero lo más importante de todo, aprendió sobre la fe cristiana. Él era un chico reflexivo y llegó a creer en Dios.

Pero Neesima quería saber más. Quería ir a los Estados Unidos para estudiar y después ayudar a su gente a aprender de Dios también. Desafortunadamente, aunque para ese entonces Japón ya había permitido que el primer barco extranjero desembarcara en sus costas, aún estaba en contra de la ley ir a un país extranjero.

Pero Neesima estaba decidido. Cuando tenía veintiún años se fue de su casa sin el consentimiento de sus padres. Fue hacia un puerto en el norte y se metió a escondidas en un barco norteamericano.

Cuando oyó a los oficiales japoneses subir a bordo para buscar a cualquier japonés que pudiese estar en el barco, comenzó a temblar de miedo. Se estaban acercando cada vez más y más y estaban parados a unos pasos de distancia de donde él estaba escondido. Neesima contuvo su respiración, pues si miraban detrás de la gran caja lo verían, pero ellos siguieron caminando, y Neesima estaba a salvo. Estaba camino a los Estados Unidos.

Cuando el barco llegó al muelle de Hong Kong, Neesima vendió su espada y compró un Nuevo Testamento chino. No podía entender todo lo que decía, era muy extraño para él, pero se conmovió profundamente cuando leyó el versículo número dieciséis del capítulo tres, del libro de Juan:

*“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda mas tenga vida eterna”.*

Cuando Neesima llegó a Boston estaba estancada, no tenía nada de dinero. ¿Cómo podría educarse para después volver a Japón y enseñarle de Dios a su gente? Pero ahora Neesima estaba aprendiendo a orar a Dios como su Padre celestial, y sabía que Dios tenía una manera para salir de esta situación.

Un hombre llamado Alpheus Hardy era el propietario del barco en el que Neesima vino a América. El señor Hardy había escuchado de Neesima y de su deseo por estudiar. Él había querido ser pastor cuando era joven y por problemas de salud tuvo que renunciar a ese deseo y entrar a los negocios. Pero quería usar la plata que ganara para el servicio de Dios. Así que estaba encantado de poder pagar la educación de Neesima.

A bordo del barco, a Neesima le habían puesto el nombre Jo. Al señor Hardy le parecía un nombre muy apropiado, pues esperaba que Neesima se convirtiera en otro José, encomendado por Dios a salvar a su gente. Como forma de agradecimiento al señor Hardy por su ayuda, Neesima agregó el nombre *Hardy* a su nombre.

Mientras estuvo en América, fue bautizado y hizo planes para regresar a Japón como misionero cristiano.

Finalmente, el tiempo por el cual Neesima había esperado tanto había llegado. Volvió a su hogar en su país, y a su gente para ayudarlos a conocer a Dios. Su familia se reconcilió con él, y logró que su padre y sus familiares más cercanos renunciaran a sus viejos dioses.

Predicó en muchas aldeas y fundó una escuela de educación superior para entrenar a otros, muchas iglesias cristianas fueron fundadas.

A pesar de que había mucha oposición, Joseph Neesima Hardy continuó trabajando para hacer realidad el llamado que había sentido.

#### **49. ECHÓ SU SUERTE CON LOS POBRES.**

(Toyohiko Kagawa). Año 1909.

Cuando el joven japonés Toyohiko Kagawa oyó por primera vez las buenas nuevas sobre Jesús por medio de un misionero, estaba entusiasmado. Finalmente había encontrada a alguien que se preocupaba por el enfermo, el pobre y aquel que no tenía ayuda. Él quería seguir al Salvador que amaba tanto a todas las personas, que murió por ellos.

Al mirar a su alrededor Kagawa vio más y más gente que necesitaba ayuda. En el campus del seminario, donde él estudiaba para el pastorado, encontró a una familia sin hogar, amontonados en un pequeño cobertizo intentando mantener el calor. Apenas tenían algo para comer, y en cuanto un amigo le hizo una nueva kimona (vestimenta japonesa) a Kagawa, se la llevó inmediatamente a la familia pobre para ayudarles a mantenerse cálidos.

Después de un tiempo Toyohiko Kagawa fue a estudiar a otro seminario cristiano en la ciudad de Kobe. Allí había un puente que cruzaba el río Ikuta. Cuando se cruzaba, se podía ver los peores asentamientos de todo Japón.

Kagawa se horrorizó cuando vio cómo vivía la gente allí, vestidos con harapos y medios muertos de hambre, amontonados como animales en pequeños refugios llenos de mugre. Les predicaba en las esquinas que Dios es amor, ¿pero cómo podrían creerle si tenían que seguir viviendo en esas condiciones miserables?

Cada noche cuando volvía de los asentamientos a su habitación cómoda en la residencia, era atormentado por los rostros de la gente que vivía al otro lado del puente. Se acordaba de los niños sucios que lo miraban melancólicamente con sus ojos oscuros. Pensaba en los ancianos, encorvados con una expresión de desesperanza en sus rostros. Nuevamente aparecían en su mente los ladrones, los marginados y borrachos que vivían allí. ¿No había nadie en la iglesia de Jesucristo que tuviese compasión por ellos y fuera a ayudarlos?

En conclusión, Toyohiko Kagawa decidió que no esperaría a terminar el estudio. Él no estaba contento con solamente predicar las buenas nuevas de Jesucristo desde el púlpito, sino que sabía que él tenía que *ser* las buenas nuevas para esta gente. Para ello, decidió ir a vivir entre ellos.

Así fue que, en la víspera de Navidad de 1909, en la noche cuando la gente piensa en cómo el Hijo de Dios vino a vivir entre los pobres de la tierra, Toyohiko Kagawa fue a vivir a los asentamientos de Kobe.

Se mudó a una pequeña casa que decían que estaba hechizada porque alguien se había suicidado allí, y nadie había vivido allí en años. Un ex convicto que lo había escuchado hablar, le contó la historia y lo ayudó a llevar sus cosas a la casa.

Ahora Kagawa sentía que estaba donde pertenecía. Había echado su suerte con los pobres para ayudarles en el nombre de Cristo. Trabajó con los borrachos, los adictos al juego, los ladrones y los asesinos que ahora eran sus vecinos. Inició una escuela dominical para los niños y planeaba fiestas para ellos. Se ocupaba de los enfermos, los que no tenían hogar y los desempleados. Los amaba a todos porque primero Cristo lo amó a él.

Hoy Kagawa es conocido y respetado alrededor de todo el mundo como el líder espiritual más importante de Japón.

## 50. EL MAREMOTO.

Hamaguchi y su nieto Takahashi estaban arreglando el jardín en el frente de su pequeña choza.

-Mañana podremos cosechar nuestro arroz, - decía el abuelo mientras miraba con orgullo su campo de arroz cerca de allí. -Está maduro. -

Ambos se detuvieron un momento para mirar hacia abajo y ver la fértil llanura costera. Desde el lugar, donde estaban parados podían ver claramente el pequeño pueblo que estaba allí, debajo de ellos. Allí estaban celebrando el festival del arroz.

Como era costumbre, el viejo hombre pensativo permitía que sus ojos se perdieran mirando las grises aguas del océano Pacífico y hacia el distante horizonte.

De repente gritó, -¡Takahashi, rápido, tráeme un tizón ardiente de la cocina! ¡Rápido, hijo mío! -

Takahashi corrió hasta la casa y trajo un palo encendido de la cocina. El viejo se lo sacó de la mano y fue corriendo a su campo de arroz, encendiéndolo todo por donde iba. Pronto todo el campo estaba en llamas.

-Abuelo, ¡Detente! ¡Detente! - gritaba el pequeño. -¿Por qué estás destruyendo nuestro hermoso campo de arroz? -

Al mismo tiempo se oyeron gritos en el pueblo que se encontraban allí abajo, cerca de la orilla. -¡Fuego! ¡Fuego! - La gente, que estaban viendo el

campo de arroz en llamas, treparon la subida hacia la granja de Hamaguchi, en la ladera de la colina.

Hamaguchi señalaba hacia el océano y cuando la gente se dio vuelta para ver, vieron una enorme ola, un tsunami abalanzarse sobre la llanura donde unos segundos antes ellos habían estado bailando y cantando. Todas sus casas fueron arrastradas por el tsunami.

Allí estaban, parados, espantados.

De repente alguien exclamó, -¡Hamaguchi ha salvado nuestras vidas!- Después otros gritaron, -Sí, Hamaguchi salvó nuestras vidas. –

Todos cayeron sobre sus rostros /se postraron rostro en tierra y le agradecieron al Dios del cielo por su vecino que no había dudado en sacrificar su campo de arroz para traerlos a un lugar seguro.

## **51. EL PUEBLO BRILLANTE.**

Alrededor del año 1940.

Algo asombroso e inesperado había sucedido en el pueblo de Shimmabuko en la isla Okinawa. Un misionero americano de camino a Japón había parado allí y le había dado una Biblia a Shosei y a su hermano Mojon. Les contó de un Padre celestial amoroso quien los amaba mucho y les había enviado a su Hijo, Jesucristo, para ayudarlos.

-Este es un libro que les hablará más sobre Jesús. –dijo antes de seguir su camino.

Tomaron este extraño libro en sus manos y Mojon fue a las páginas donde estaban las historias de Jesús que los misioneros les habían marcado y las leyó en voz alta.

-Esto es asombroso, -dijo. –Este libro nos mostrará cómo vivir. Mira, aquí dice que debemos amarnos y servirnos unos a otros. –

Un hombre lisiado venía caminando por la calle sucia del pueblo y los hermanos Shosei y Mojon sabían que tenía dificultades para ganarse la vida. Solo podía ir a pescar si alguien le ayudaba.

-Llevemos al señor “Pierna Torcida” a pescar con nosotros, -sugirió Shosei. –Eso sería ayudar a otros como dice el libro. –

“Pierna Torcida” se asombró cuando le preguntaron. Por lo general tenía que rogar para que lo llevaran. Los hermanos incluso compartieron su almuerzo con él.

Cuando habían vuelto, el hombre les preguntó, -¿Por qué han hecho esto por mí?

-Es por una nueva enseñanza que recibimos, -dijo Shosei. –Hemos oído que hay un Dios amoroso que es como un padre para nosotros. Él desea que hagamos lo bueno y no lo malo y envió a su hijo, Jesucristo, a la tierra para salvarnos de nuestros pecados. ¿Te gustaría saber más de él también? –

-Oh, ¡Sí! – dijo Pierna Torcida”. Día tras día él y varios otros venían a sentarse alrededor de la choza donde vivía Shosei y escuchaban la lectura de la Biblia.

Más y más gente venía a escuchar y más y más decidían seguir a Cristo e intentar vivir de acuerdo a sus enseñanzas.

Eso trajo muchos cambios en el pueblo. De repente la gente vio que el techo de la casa donde vivía una viuda y sus hijos goteaba mucho, y lo arreglaron por ella. Pero ahora el nuevo techo hacía que los demás se vieran lamentables, entonces uno después del otro los techos de las otras casas fueron arreglados también.

Mojon estudiaba la Biblia más que nadie, entonces la gente venía a él por consejos. Cuando alguien estaba enojado con su hermano, Mojon decía, -Perdónalo. Eso es lo que Jesús dijo que debíamos hacer. – Al que había ofendido a alguien le decía, -Ya no hagas enojar a tu hermano, sé amable con él. –

Al tiempo la gente del pueblo eligió a Shosei como su nuevo jefe. Él se tomaba el cuidado de hacer cada decisión de acuerdo con las enseñanzas que encontraba en la Biblia.

De a poco las viejas maneras de hacer las cosas se dejaron atrás, y en su lugar maneras que agradaban a Cristo fueron establecidas. Un sonido de risas resonaba por las calles del pueblo y la pobreza desapareció cuando la gente era justa entre sí y vivían para el bien de todos.

Las casas pasaron a ser limpias y prolijas, desapareció la basura de las calles del pueblo. La enfermedad era poco común, las reglas eran establecidas para que la gente viviera en paz. El pueblo era feliz y próspero.

Treinta años pasaron lentamente. Shosei y Mojon ya eran ancianos y muy respetados en sus pueblos.

Entonces otro suceso inesperado conmovió al pueblo. Una guerra terrible llegó al Pacífico. Tropas americanas irrumpieron las costas de Okinawa. Se abrieron paso a través de la isla, y el pueblo de Shimmabuko quedaba justo en su camino. Las tropas americanas avanzaron hacia allí, con sus bayonetas listas y armas listas. Shosei y Mojon sabían que debían hacer algo para explicarles que no eran enemigos.

Los dos pequeños ancianos fueron hacia adelante quedando a la vista de todos. Sonrieron, se inclinaron frente a los soldados y dijeron palabras de bienvenida.

Los soldados se detuvieron asombrados y rápidamente vino un intérprete hacia adelante para oír lo que Shosei y Mojon tenían que decir.

Cuando volvió, se rascó la cabeza confundido. Les dijo a los soldados, - ¡Los están recibiendo como hermanos cristianos! Dicen que su misionero era americano, ¡están llenos de alegría por verlos! –

Esto era muy extraño. Los oficiales preguntaron si podían pasar a través del pueblo. Los dos ancianos hicieron una reverencia y después dirigieron el camino. La gente salió de sus casas sonriendo como para saludar a sus nuevos amigos.

Los oficiales no podían creer lo que estaban viendo. Aquí había un pueblo brillante y limpio, a diferencia de los pueblos sucios y sin esperanza que habían visto antes. La gente era inteligente, saludable y amigable.

-Dinos, -preguntó uno de los hombres, -¿Cómo sucedió que tienen este tipo de pueblo? –

Mojon les contó sobre el misionero y la Biblia que les había dejado. Les contó cómo la gente la habían estudiado y encontrado en ella un nuevo modo de vida.

Los oficiales estaban callados. No sabían qué decir. Antes de que se fueran del pueblo, Shosei y Mojon les mostraron la antigua Biblia que había hecho la gran diferencia en sus vidas.

Después los americanos se alejaron hacia su campamento. –Tal vez, -murmuró uno de los sargentos del ejército, -hemos estado usando el tipo de armas equivocadas para cambiar al mundo. –

## **52. ORAR SIN CESAR.**

Alrededor del año 1970.

El joven 'Sano' era un repartidor de periódicos en Japón. Recién acababa de tener la gran experiencia de aceptar a Cristo como su Señor y Salvador.

Todo era nuevo para él, entonces también quería tener un nuevo nombre. Era tranquilo por naturaleza, así que quería ser llamado Andrés. Él pensaba que el apóstol Andrés debió haber sido bastante tímido y no tan extrovertido como su hermano Pedro.

El Andrés de Japón tomaba muy en serio su fe cristiana y atendía fielmente las reuniones de estudio bíblico e intentaba aprender lo más que podía.

Una vez el grupo estaba discutiendo el versículo que dice “Oren sin cesar” (1 Tesalonicenses 5:17).

-¿Qué significa eso?, ¿sin cesar? –preguntó Andrés.

-Creo que significa que debemos orar todo el tiempo, -dijo uno de los otros en el grupo.

Andrés no podía entender bien cómo eso era posible, pero decidió intentarlo.

La próxima mañana, ya temprano, agarró su bolso de papeles. Se subió a su bicicleta y comenzó a pedalear. Después cerró sus ojos y oró. Al minuto siguiente, ¡zas, chocó, y aterrizó en la zanja!

Se levantó despacio, se subió devuelta en su bicicleta y comenzó a pedalear, esta vez con sus ojos abiertos. Se dio cuenta que tenía mucho que aprender acerca de su fe cristiana.

Él aprendió. Hoy en día es pastor en una de las iglesias cristianas de Japón. Ahora sabe que se puede vivir la vida cristiana con los ojos bien abiertos.

### 53. ¿QUÉ ES SER POBRE?

Era el primer día del año nuevo. Grandes copos de nieve caían suavemente sobre las ramas de los pinos y los bambúes en las estrechas calles de una pequeña ciudad en Japón. La pequeña Aiko estaba yendo rápidamente a su casa a través de toda esa ciudad maravillosa, pero ella no lo veía así. Estaba llorando.

Finalmente llegó a su casa, empujó la puerta corrediza, se descalzó y Después se sacó el abrigo. Después se inclinó sobre su madre y estalló, -¿Qué es 'ser pobre' mamá? Las niñas que están en el parque dicen que somos pobres. ¿Lo somos? –

La señora Ogawa levantó su vista desde la costura que estaba haciendo y negó con su cabeza, -No, Aiko, no somos pobres. –

-¿Qué es pobre? –preguntó Aiko devuelta.

-Pobre significa que no tienes nada para darle a los otros, -dijo su madre.

-¡Oh! – Aiko se puso a pensar sobre ello. Miró la habitación a su alrededor, era la única que tenían y había muy poco en ella. Se puso a pensar en las cosas que eran de ella. Tenía una mochila de tela con varios libros dentro, pero los necesitaba. Tenía algo de ropa, pero tampoco podía regalarlas.

-Entonces supongo que somos pobres mamá –dijo finalmente. –No tengo nada para dar. –

-Todo el mundo tiene algo para dar –dijo su madre. –Piensa y encontrarás algo. -

Aiko se sentó en el “tatami” que cubría el suelo y comenzó a pegar cabello en una de las muñecas que su madre estaba haciendo para mantener a su familia.

Mientras trabajaba, pensó otra vez en cómo había sido cuando su padre aún vivía, él contaba muchas historias.

-¡Historias! –gritó Aiko. – ¡Mamá, puedo contar historias! Y se las puedo dar a mis amigos. –

Su madre sonrió. –Esa es una buena idea Aiko. Eres buena contando cuentos, al igual que tu padre y a todos les gustan las historias. –

-Voy a empezar a regalarlas ahora –dijo Aiko.

Se abrigó y salió corriendo de la casa. Al otro lado de la calle, sus hermanos Toru y Sano estaban jugando con su amigo en la nieve.

-¡Toru, Sano! – los llamó Aiko. –Vengan aquí, tengo algo para darles. –

Los niños fueron corriendo. Era año nuevo y pensaban que tal vez Aiko tenía algo especial para darles.

-¿Qué es? –preguntaron.

-Siéntense en el banco –dijo Aiko. –Tengo algunas historias que contarles.–

-Oh, historias, -dijo Toru haciendo cara de asco. –He escuchado todas tus historias. Vámonos Sano, vamos a jugar. –

Aiko trató de forzar a Toru para que se sentara. –Se tienen que quedar. Quiero darles historias. Tengo una nueva que no han escuchado. –

Pero Toru y Sano salieron corriendo y riéndose.

Aiko volvió triste hasta su casa. – Mamá, les quería dar a Toru y a Sano una historia, pero no querían escuchar. –dijo.

-No debemos obligar a las personas a que quieran nuestros regalos. –dijo su madre. –Los regalos son solo para las personas que los quieren.

-Toru no quería mi regalo. Dijo Aiko. Tenía una nueva historia. Es la de José y sus hermanos celosos. La escuché en la escuela dominical cuando Toru estaba en casa resfriado. –

-Esa es una historia muy buena -dijo su madre. –Termina con perdón. –

Más tarde la familia se sentó para tener su comida de año nuevo. Todos inclinaron sus rostros y la madre agradeció a su Padre celestial por su ayuda durante el año ya pasado y pidió su guía para el siguiente. Después comieron, fue una buena cena.

Después de que los platos fueron lavados, Toru dijo, -Mamá, cuéntenos una historia. –

-Aiko es la mejor contadora de cuentos en nuestra familia, -dijo. –Ella quería regalarte una historia Toru. –

Toru miró hacia abajo y dijo. –Por favor Aiko, cuéntame la historia que tienes. –

Aiko sonrió, todos se aprontaron y ella les contó la historia de José.

-Esa es una buena historia, -dijo Toru. –José era un chismoso pero después creció y se convirtió en un hombre que no guarda rencor. ¿Mañana le puedes contar la historia a Sano? –

-Por supuesto. –dijo Aiko felizmente.

Ahora sabía que no era pobre. Tenía un regalo para dar y era una buena forma de comenzar el nuevo año.

## **54. ESTAMOS LISTOS PARA IR**

(Masaki y Shiori Yamazaki). Alrededor del año 1980.

El domingo eran un día muy especial para Masaki y Shiori Yamazaki y sus tres hijos varones. Ese era el día que todos se aprontaban para ir a la iglesia japonesa menonita de Obihiro para adorar. Les llevaba una hora llegar hasta allí, por lo tanto tenían que salir temprano.

Un domingo hubo una sorpresa en la iglesia. Un hombre del Comité Central Menonita les habló a los niños, las niñas, a los hombres y las mujeres de la congregación, sobre la gente en Bangladesh.

Dijo que la gente allí no tenía suficiente para comer. Dijo que necesitaban a alguien que les enseñara a cultivar mejor sus tierras.

Dijo que necesitaban que alguien les mostrara y les dijera que Dios los amaba y se preocupaba por ellos. La familia Yamazaki escuchó cuidadosamente.

Cuando el hombre se fue, la gente en la congregación se miraron unos a otros.

-¿Podemos ayudar? –preguntaron.

-Podríamos dar algo de dinero, -sugirió alguien.

-Tal vez deberíamos hacer más que eso. –dijo alguien. –Han venido misioneros a Japón para hablarnos de Cristo. Tal vez ahora debemos enviar a alguien a Bangladesh para contarles las buenas nuevas y ayudarlos. –

Era una idea nueva. La gente se emocionó. -¿Pero quién debe ir? Tiene que ser una persona muy especial que sepa todo sobre la tierra y los cultivos. –

Inmediatamente toda la gente miró a Masaki Yamazaki.

-¡Masaki! ¡Tú eres el indicado! –exclamaron. –Enseñas agricultura. Les podrías ayudar. –

Después alguien agregó, -Y Shiori, tú eres una buena líder de jóvenes. Podrías trabajar con la gente joven de Bangladesh. –

Pasó un rato y después alguien preguntó, -Masaki y Shiori, no podemos ir todos. ¿No irían por nosotros? Les daremos dinero para pagar su viaje. –

Masaki miró a Shiori, y ella a sus tres pequeñitos. Después ambos negaron con su cabeza. –No sabemos, -dijeron. –Necesitaremos pensar y orar por ello. –

-Nosotros oraremos con ustedes para que Dios nos guíe a hacer su voluntad. –dijo la gente de la congregación.

Cuando la familia Yamazaki volvió a su casa ese domingo estaban emocionados.

-Tal vez Dios nos está llamando a hacer esto, -dijo Masaki. –Me gustaría ayudar a la gente en Bangladesh. –

-¿Pero cómo podremos llevar a nuestros tres pequeños hijos tan lejos de casa? –preguntó Shiori.

-Estaremos bien, -dijo uno de los pequeños.

-Jugaremos con los niños en Bangladesh y les daremos de nuestra comida. –dijo el otro.

-Y yo les contaré historias, -dijo el más pequeño de todos. –Sé historias sobre Jesús y los niños. –

Su padre y madre sonrieron.

No mucho tiempo después Masaki, Shiori y sus tres niños le dijeron a la congregación de la iglesia Obihiro que estaban listos para ir a Bangladesh en nombre del Comité Central Menonita.

Hubo un gran regocijo en la congregación por la noticia, y un domingo tuvieron una fiesta de despedida para la familia Yamazaki. Masaki y Shiori se arrodillaron, mientras el pastor oraba para que Dios los bendijera, la gente de la congregación vino e impuso sus manos sobre ellos. Le querían mostrar a toda la familia que no se olvidarían de ellos. Orarían por ellos y los apoyarían.

Masaki habló por toda su familia cuando dijo, -Iremos a Bangladesh, porque amamos a Cristo y queremos hacer todo en su nombre. –

## LAS BUENAS NUEVAS EN TAIWÁN.



### 55. LA MADRE DE LAS IGLESIAS ENTRE LAS TRIBUS DE TAIWÁN

(Chi-o-ang). Alrededor 1940.

La gente de la tribu Tyal en las montañas de Taiwán, nunca habían oído las Buenas nuevas de que Jesús los amaba. No había Biblias en su idioma y los misioneros que estaban en Taiwán, que sólo hablaban chino, no podían comunicarse con ellos.

Pero Dios ya había preparado un camino. Años atrás una niña de la tribu Tyal se había casado con un mercader chino en las llanuras, su nombre era Chi-o-ang. Pronto aprendió a hablar en chino y leyó la Biblia en chino. Con el tiempo Chi-o—ang se convirtió en cristiana.

Los misioneros escucharon de ella, fueron a ella y le dijeron, -Tú sabes ambos idiomas, el de Tyal y el chino. Ven a nuestra escuela bíblica y aprende a contar la historia de Jesús a la gente de Tyal. –

Chi-o-ang era una mujer adulta y frágil a esta altura. Pero sintió que este era un llamado de Dios, entonces fue a la escuela por dos años y después subió a su hogar en las montañas y comenzó a enseñar. Fue de pueblo en pueblo. La gente amaba y respetaba a Chi-o-ang y comenzaron a escuchar el evangelio. Muchos de ellos se convirtieron a Cristo.

Pero después vinieron los problemas. Los japoneses habían conquistado la isla de Taiwán, querían que todos hablaran japonés y que todos creyeran en la religión del sintoísmo. Fueron a Chi-o-ang y le dijeron, -Estás enseñando la religión de otra nación. Eso no está permitido. Debes dejar de ir pueblo por pueblo contándoles de Cristo. –

A Chi-o-ang ya no le permitían viajar. Pero los hombres, mujeres, niños y niñas que la habían escuchado querían saber más de Cristo. Si Chi-o-ang no podía ir a ellos, ellos decidieron que irían a ella.

Tarde en la noche, uno a la vez, iba y se escabullían dentro de su casa. A veces un hombre caminaba veinte millas desde su pueblo y después de escuchar por una o dos horas se iba y llegaba a su hogar antes del amanecer. A pesar de que eran muy cuidadosos, los japoneses aún sospechaban que algo sucedía. Pero a Chi-o-ang no le importaba, sabía que estaba haciendo lo que Dios quería que hiciera.

Un día ella dijo, -Tengo que ir al pueblo de Mikasa Yama, los cristianos de allí deben ser animados. –

-¡No! ¡No! –gritaron sus amigos. –Es muy peligroso. Los japoneses te están buscando. –

Pero el peligro nunca detuvo a Chi-o-ang. Se tomó un tren y se bajó en la parada más cercana al pueblo al que iba. Los cristianos allí estaban encantados de verla. Rápidamente se reunieron en una de sus casas para adorar.

Pero de repente oyeron un sonido de trompeta. Era una señal de advertencia.

-¡La policía! Van a buscarte. –gritaba la gente.

-Ven, amada abuela, te esconderemos en las colinas. –dijo el joven.

Un hombre joven y robusto la cargó en su espalda, pues era pequeña, frágil y delgada. –Nos turnaremos para llevarte. –dijeron los otros. Y fueron.

Llegaron a un pueblo más arriba en la montaña. Los cristianos allí la recibieron con lágrimas de alegría, pero dijeron, -Chi-o-ang este lugar no es seguro para ti. –

Después de un poco de descanso los jóvenes la llevaron al siguiente pueblo.

Los cristianos de allí, también estaban llenos de alegría al verla. Pero dijeron, -Oh, Chi-o-ang los japoneses llamaron a este pueblo a decir que estabas en las colinas. Tienen orden de buscarte en cada casa. –

Mientras la policía comenzaba a buscar en un lado del pueblo, los jóvenes se escabullían hacia el otro lado. Los hombres cargaron a la mujer cansada con delicadeza. La llevaron a una estación de trenes y lograron que se tomara uno para ir a su casa sin que la policía la viera.

El tren se alejó en la oscuridad. Pero en la siguiente estación seis hombres subieron para buscarla. Un joven que también estaba subiendo al tren y era cristiano, los vio. Se subió al tren antes que ellos y corrió por los vagones hasta que vio a Chi-o-ang.

-Eres mi equipaje. –dijo. Extendió una gran tela que tenía y Chi-o-ang se arrolló en ella sobre el asiento. El la ató en la tela como si fuera un gran paquete de ropa y se sentó a su lado. Cuando los que la buscaban pasaron, siguieron de largo y Chi-o-ang llegó a su casa segura.

Al pasar los días, ella seguía enseñando, consolando y apoyando a otros cristianos que sufrían persecución.

Finalmente la guerra se acabó y los japoneses tuvieron que dejar la isla. Los cristianos estaban seguros. Los creyentes secretos de Tyal llegaron a las iglesias en las tierras bajas y se unieron a ellas y pidieron ser bautizados.

Después de la guerra los misioneros volvieron a Taiwán y para su asombro encontraron allí en Tyal más de cuatro mil que se habían hecho cristianos a través del fiel servicio de Chi-o-ang.

## **56. UN DIOS DE AMOR**

(Mary Gau). Alrededor de 1945.

Lejos, en un pueblo en las escabrosas montañas de Taiwán vivía una pequeña niña llamada Gau Fu-Mei.

Una noche Fu-Mei tuvo un sueño extraño, era tan claro y tan real que cuando se despertó sabía exactamente lo que había soñado. En su sueño le dijeron que había un Dios que la amaba.

Fu-Mei estaba asombrada. Nunca había escuchado algo así. Los dioses en los que creía la gente de su pueblo no los amaban para nada. Creían que los dioses estaban enojados y los odiaban. Fu-Mei les tenía miedo a los dioses.

Pero ahora a través de su sueño, sabía que había un Dios que la amaba. Estaba tan emocionada que se lo dijo a todo el mundo. Pronto toda la gente en su pueblo sabía sobre su sueño. Muchos de ellos le prestaron poco y nada de atención, pero algunos dijeron, -Fu-Mei no hables sobre un Dios de amor. Nuestros dioses se enojarán y algo terrible pasará. –

Muy pronto después del sueño el padre de Gau Fu-Mei se enfermó gravemente y murió. –Ves,- le decía la gente en su pueblo, -los dioses te están castigando por tu charlatanería sobre un Dios que te ama. –

Fu-Mei estaba triste. Después tuvo mucho miedo porque su hermano pequeño también se enfermó. ¿Y si se moría? Entonces seguramente la gente diría que fue su culpa.

Fu-Mei no podía dormir. Sin hacer ruido se deslizó fuera de la casa para ver las estrellas. De alguna manera así se sentía más cerca a este Dios desconocido. Ella le suplicaba. Decía, -Si eres el Dios que creo que eres, por favor saca la enfermedad de mi hermano.-

La mañana siguiente la fiebre le bajó al pequeño y pronto estaba bien devuelta. Dios le había respondido. Esto tenía que ver con su sueño, realmente había un Dios de amor.

Pero, ella quería saber más sobre este Dios y se preguntaba dónde podría averiguar. ¿Había otras personas que sabían de él?

Cuando Gau Fu-Mei fue lo suficientemente grande, fue a la gran ciudad en la costa a trabajar.

Tal vez ahí encontraría a alguien que conocía a Dios. Pero ella era demasiada tímida para preguntar y la gente con la que trabajaba no era amable. No era posible que conocieran mucho sobre un Dios que ama, pensaba. Decepcionada Gau Fu-Mei volvió a su casa.

Después de un tiempo vino un evangelista a su pueblo. Cuando conoció a Fu-Mei le dijo, -¿No eres tú la chica que quiere saber más sobre el cristianismo?—  
-¡Sí, sí! —dijo Fu-Mei entusiasmada.

-Entonces ve al Hospital Menonita Cristiano en la ciudad de Hwalien. La gente allí enseña sobre el Dios de amor. —

Fu-Mei pronto estuvo camino a Hwalien y decidió entrar a la escuela de enfermería en el hospital que el evangelista había mencionado. Allí seguramente escucharía algo sobre el Dios misterioso que le había hablado en su sueño hace no mucho.

Cuando fue al hospital para aplicar, vio alrededor de sesenta otras chicas que querían entrar en el programa de enfermería. Era atemorizante. Todas tenían que dar exámenes de ingreso y ella no sabía la respuesta de la mayoría de las preguntas. ¿Cómo lo iba a poder hacer cuando hace tanto tiempo no había podido ir a la escuela? Su corazón se desmayaba, ¿La dejarían quedarse? ¿Serían amables? Pero si la gente allí conocía al Dios de amor, tal vez entendería.

A la mañana siguiente varias personas la entrevistaron. Sue Martens, la misionera instructora de enfermería, la miró con ojos amorosos. -Pero-, dijo, -Gau Fu-Mei, me parece que tendrías gran dificultad para mantenerte al día con todo el estudio que requiere el programa de enfermería, porque no tienes suficiente educación. ¿Por qué quieres ser enfermera? —

Gau Fu-Mei era muy tímida para hablar de la verdadera razón. Solo repitió una y otra vez, -Por favor dejen que me quede. Por favor dejen que me quede. Por favor dejen que estudie aquí. Trabajaré muy duro. —

Finalmente el comité del hospital permitió que se quedara e intentara hacer el programa de enfermería por un tiempo. Gau Fu-Mei, o Mary Gau como la llamaban en el hospital estaba muy feliz.

Su instructor de enfermería era amable, los doctores eran amables, todos parecían tener algo diferente en ellos. Pronto descubrió el por qué. Estaban intentando vivir como Jesucristo, el Hijo del Dios de amor. Le hablaron sobre él. Le enseñaron que Jesús había muerto por sus pecados y que podía ir a Dios sin miedo.

Después de dos años, Mary Gau fue a hablar con Sue Martens y le dijo, -Ya tengo lo que vine a buscar. Llegué a mi meta. Regresaré a mi pueblo. –

-¿Pero por qué quieres renunciar ahora? –preguntó Sue. –Te está yendo bien y ¡solo te queda un año para ser enfermera! –

-No, -sonrió tímidamente Mary Gau. –Vine aquí para aprender sobre un Dios de amor con el que soñé cuando era una niña. En estos dos años he aprendido a conocerlo. Es todo lo que esperaba que fuera. He aceptado a su Hijo como mi Salvador personal. Ahora quiero volver a mi pueblo y compartir las buenas nuevas del amor de Dios con mi gente allí. –

Eso fue lo que Mary Gau hizo. Volvió a su pueblo y al tiempo estaba casada. Ella y su esposo ahora sirven en una iglesia cristiana cerca de su hogar, y de palabra y obra comparten el amor de Dios que han experimentado.

## **57. EL ANILLO DE ORO.**

La señora Yang era una mujer mayor y pequeña de Taiwán. Había sido cristiana por mucho tiempo y finalmente había encontrado un grupo de cristianos con los que podía reunirse a adorar. Cada domingo caminaba una hora para llegar a la pequeña iglesia menonita en Hsitun. Casi no podía esperar para que fuera domingo, pues disfrutaba mucho ir a la iglesia.

Sin embargo ya por varios domingos, cuando caminaba hacia allí, sabía que no habría ninguna pequeña iglesia donde se pudiesen reunir para adorar. Una gran inundación había pasado por el pueblo y arrastrado varias casas y así también la iglesia. Ahora se tenían que encontrar en un galpón de combustible que aún estaba en pie.

Toda la gente se amontonaba en el galpón, pues era muy pequeño. Sabían que tenían que construir una iglesia nueva. ¿Pero cómo lo harían? La mayoría eran mayores, como la señora Yang. Muchas de sus casas habían sido destrizadas por la inundación. No había dinero.

El señor Ong, el pastor, los animó a orar. Les dijo que si podían juntar algo de dinero y ayudaban con la construcción de la capilla, las otras iglesias menonitas en Taiwán y en América les ayudarían.

Mientras la señora Yang estaba sentada dentro del pequeño galpón, pensaba, -Cómo desearía poder hacer algo para construir la capilla. Tengo tiempo, pero soy muy vieja para ayudar con la construcción y no tengo dinero. No tengo nada para vender. No hay nada que pueda hacer. –

Su corazón se entristeció. Después sus ojos cayeron sobre su anillo. Significaba mucho para ella. Había sido un regalo de bodas de parte de su esposo.

-Este anillo es muy viejo, -murmuró suavemente, -pero está hecho de oro.

—

Lentamente lo sacó de su dedo.

Cuando terminó la reunión fue llamada hacia el pastor, puso el anillo en su mano y dijo, -Esto es lo único que tengo que tiene valor. Quiero dárselo al Señor. Por favor tómallo y úsalo para construir nuestra propia capilla. —

Los ojos del pastor Ong se humedecieron al mirar el anillo de oro. Se regocijó en el hecho de que esta mujer estuviese dispuesta a dar su posesión más preciada a Dios.

Muchos de los otros también dieron de lo poco que tenían. Aquellos que podían ayudar a construir lo hicieron y en alrededor de medio año una nueva capilla fue hecha para el Señor en Hsitun. La señora Yang y muchos otros estuvieron allí para dar gloria a Dios por esta casa de adoración.

## LAS BUENAS NUEVAS EN ÁFRICA.



### 58. ABRIENDO EL CAMINO

(David y Mary Livingstone).

Entre el 1813 y 1873.

David Livingstone, un misionero que fue a África, tenía un gran sueño. Él, su esposa Mary y sus hijos, Robert, Agnes y el bebé Thomas, estaban viviendo en una pequeña casa en el sur de África, donde le enseñaban a los pequeños niños

africanos sobre el amor de Cristo. Pero David siempre estaba pensando sobre la mayoría de las regiones al norte, donde nunca había ido ningún misionero. Soñaba con “abrir un camino” para el evangelio entre las tribus que nunca habían escuchado de Cristo.

Un día toda la familia comenzó un largo viaje en carro hacia el país del jefe Sebituane. Un grupo de amigos africanos los acompañaron. Esperaban comenzar una misión allí. Viajaron 870 millas.

Viajaron y viajaron por el eterno desierto. Muchas veces no tuvieron comida. Africanos amistosos les traían orugas para comer a los niños, una rana, una langosta para comer. Los africanos los consideraban un regalo muy especial. Y a Robert y Agnes, quienes habían nacido en África, les gustaban mucho.

Finalmente habían cruzado el desierto y llegaron al hermoso lago Ngami. En la costa del lago, David sacó a sus hijos del carro. Gritaron de alegría. Corrieron hacia el agua y jugaron y se divertieron en él. Su madre y su padre estaban parados juntos mirándolos. ¡Cuán agradecidos estaban a Dios por haberlos traído a salvo tan lejos!

Esa noche dos de los niños estaban volando de fiebre y algunos de los ayudantes africanos también estaban enfermos. El lago era hermoso, pero al parecer muy insano. Todos tuvieron que volver a casa.

Un año más tarde partieron de nuevo. Pero esta vez fue peor. Su guía perdió el rumbo en el desierto y no podían encontrar agua en ningún lado.

-Mary, -dijo David, -debemos usar el agua que hay en el carro de a poco hasta que lleguemos a un lugar donde haya más. –

Mary quedó pálida y dijo, -el agua que estaba en el barril se filtró, ya no queda más agua. –

Los niños lloraban porque tenían mucho calor y sed. Sus padres estaban atemorizados. Si no conseguían agua pronto sus hijos morirían. Suplicaron a Dios en su angustia.

Finalmente, después de luchar por un día entero, uno de los hombres, que había ido adelante, gritó bien fuerte. Había encontrado un pequeño pozo de lodo. El agua estaba sucia, pero salvó sus vidas.

Esta vez sí llegaron al país del jefe Sebituane, pero Mary y los niños se enfermaron tanto con fiebre que no se podían quedar allí. Una vez más tenían que volver a su estación misionera.

¿Qué harían? David sentía que Dios quería que fuese al interior. Ambos sabían que los traficantes de esclavos se llevaban violentamente a hombres, mujeres y niños como esclavos y quemaban sus pueblos. El país debía ser explorado y abierto a un comercio honesto, para que los traficantes de esclavos no pudieran hacer más su horrible trabajo en secreto.

Después de mucho pensar y orar, decidieron que Mary y los niños debían ir al hogar natal de David en Escocia por algún tiempo. David iba a ir aún más hacia el centro de África para poder abrir el camino para realizar trabajo misionero aun más lejos.

Esa fue una decisión difícil de tomar. Sería una experiencia de mucha soledad para todos, Mary y los niños en la lejana Escocia y David en sus peligrosos viajes en África.

Los traficantes de esclavos odiaban a David, pues sabían que le informaría a todo el mundo lo que estaban haciendo, y estaban determinados a detenerlo. Por otro lado muchos africanos pensaban que todos los hombres de tez blanca eran traficantes, por eso también querían detenerlo. Otro peligro era la malaria. David se enfermó gravemente con frecuencia.

A pesar de todos estos peligros, se esforzó por explorar África, para detener el tráfico de esclavos, y difundir las buenas nuevas de Jesús.

Pasaron muchos años y David hizo muchos descubrimientos. Finalmente todo el mundo sabía quién era y lo respetaban. Pero él aún seguía viajando a través del gran continente africano. Pasando hambre, vestido con trapos, con mucha fiebre y desgastado por enfermedades, él y otros compañeros llegaron al lugar donde pensaron que encontrarían ayuda. Pero los traficantes los estaban vigilando. Detuvieron todas las cartas y mensajes para pedir ayuda. Lo querían ver morir. Pero no habían contado con el hecho de que David Livingstone tenía muchos amigos.

Un día un acompañante que estaba con David vino hacia donde él estaba acostado, porque estaba enfermo y le dijo, -¡Un hombre blanco se está acercando! –

¿Quién podría ser? David se levantó temblando. Un grupo de hombres se estaba acercando. Un hombre blanco se acercó. Agarró la mano de David.

-¿Dr. Livingstone?, ¿supongo que es usted? –

-Sí -

-My nombre es Stanley -dijo el hombre. –Le agradezco a Dios, doctor, que me ha permitido encontrarlo. –

Gente en América, que apreciaba el hecho de que David quisiera que los esclavos de allí y de África fueran libres, se habían preocupado porque nadie había oído de él por años. Entonces el dueño de un periódico envió a su mejor reportero a encontrarlo. Stanley era ese reportero.

Finalmente, David tuvo nuevas sobre el mundo exterior otra vez.

Finalmente podía enviar informes de sus exploraciones y descubrimientos a Gran Bretaña.

Y finalmente le pudo decir a todo el mundo del horrible tráfico de esclavos.

Justó cuando casi se quedaba sin esperanzas, se salvó. Ahora podía seguir con fuerzas renovadas.

Tiempo después de que Mary y David Livingstone habían fallecidos y sus hijos habían crecido, se vio claramente cómo sus esfuerzos allanaron el camino para que las buenas nuevas de Cristo se difundieran en todo el continente africano. Se construyeron caminos, ahora los misioneros podían entrar y se detuvo el tráfico de esclavos.

En un lugar donde una vez David se encontraba parado llorando por quienes habían sido asesinados por los traficantes, hay ahora una estación misionera llamada Livingstonia. Es un monumento al hombre que hizo que el sueño de su vida fuera abrir las tierras africanas a las buenas nuevas de Jesucristo y su amor.

## **59. CANTANDO LA BIBLIA.**

A pesar de que hacía mucho calor, a la gente de una pequeña iglesia africana le gustaba cantar. Cantaban un himno después del otro.

El señor y la señora James, misioneros que estaban visitando a la congregación, reconocieron fácilmente las palabras y las melodías. Eran todas canciones que habían sido traducidas de himnos europeos y americanos y ahora eran cantados con la misma melodía. No sonaba para nada a música africana.

Después del culto, el señor James le preguntó a uno de los evangelistas, - ¿No tienen algún himno africano? –

El evangelista Abraham negó con la cabeza, -No, no tenemos ninguna canción africana que se pueda usar como adoración cristiana. –

Los demás evangelistas también dijeron que no. Estaban algo sorprendidos. ¿Sus propios cánticos africanos? No, no eran apropiados.

El señor y la señora James estaban decepcionados. En todos lados a donde iban hacían la misma pregunta, pero nadie tenía ninguna canción africana que pudiese ser cantada en la iglesia.

Después de un tiempo volvieron al pueblo donde estaba viviendo y enseñando el evangelista Abraham. Hubo muchos saludos, y después se sentaron y hablaron.

Al principio los niños se sentaron al borde de la multitud de adultos, para escuchar, pero pronto se cansaron. Se escabulleron y comenzaban a jugar uno de sus juegos. Cantaban y hacían palmas, mientras golpeaban sus pies contra el piso y bailaban.

El señor y la señora James comenzaron a escuchar.

*- ¡He escuchado buenas nuevas hoy! –*

*Oh, ¿Quién te dijo? –*

*- ¡Un mensajero de Dios! –*

*- ¿Un cristiano?, oh, ¿Quién te dijo? –*

*- ¡Un mensajero de Dios! –*

-Abraham, - dijo el señor James interrumpiendo la conversación. – Abraham, ¡eso es exactamente por lo que hemos estado preguntando! Una vieja, vieja melodía africana, pero que la letra fuese cristiana. –

EL evangelista Abraham se veía sorprendido, -¿Eso era a lo que te referías? Por qué, eso es sólo una vieja melodía que todo el mundo sabe. Siempre inventamos estrofas sobre historias bíblicas para que coincidan con una melodía.

–

Abraham llamó a los niños para que se acercaran.

-Vengan, -dijo, -y canten a nuestros invitados las estrofas que cuentan la historia de Jesús bendiciendo a los niños. –

Volviéndose al señor y a la señora James dijo orgullosamente. –Los niños inventaron la letra ellos mismos. -

Entonces los niños aplaudían, golpeaban sus pies y bailaban con alegría mientras cantaban las historias bíblicas adaptadas a los modelos de sus propias y muy queridas canciones africanas.

Cuando terminaron y fueron a jugar, el evangelista africano dijo pensativamente, -los niños vuelven a sus hogares y cantan estas historias mientras juegan. Gente que no se acercaría a nuestras prédicas cristianas, a veces vienen a mí en privado y preguntan, -¿Cuáles son esas buenas nuevas sobre las que cantan los niños? –

Los misioneros estaban encantados, pues habían encontrado lo que estaban buscando. Cuando volvieron a la estación misionera, se llevaron con ellos las viejas melodías africanas con la nueva letra cristiana. La cantaban para la gente en la iglesia.

-¿Cómo?, ¡ésta es nuestra propia música! – decían los que escuchaban encantados. -¡Ésta música habla a nuestros corazones! – Y se aprendían la nueva letra enseguida.

Comenzaron a recordar otras canciones y a adaptar letras cristianas. Pero más que nada, todavía les encantaba la nueva-vieja canción que cantaban los niños en el pueblo de de Abraham:

*-¡He escuchado buenas nuevas hoy! –*

*Oh, ¿Quién te dijo? –*

*-¡Un mensajero de Dios! –*

*-¿Un cristiano?, oh, ¿Quién te dijo? –*

*-¡Un mensajero de Dios! –*

Y aún les encanta pasar verso tras verso, cantando las historias de la Biblia y las enseñanzas, diciendo lo que la Palabra de Dios les ha enseñado.

## **60. LO VEO VENIR.**

En el pueblo africano donde vivía Hosi, se contaban historias cada noche de la semana. Tan pronto como acababa la cena, Hosi, que tenía nueve años, se sentaba afuera de su pequeña casa redonda para mirar y esperar.

Pronto todo el pueblo, niños, niñas, madres y padres salían de sus casas para esperar al jefe. Finalmente el jefe, que estaba vestido con una manta roja que tenía campanillas, salía de su casa. Guiaba a todo el mundo al *onjango*, un gran círculo con un techo circular de pasto, sostenido por postes.

En el centro ardía un gran fuego. Hosi lo llamaba “el fuego de las historias”. El jefe se sentaba en un taburete cerca del fuego y toda la gente del pueblo se sentaba alrededor.

Las historias no venían al comienzo. Para empezar se discutían temas importantes de la tribu que necesitaban ser hablados. A veces Hosi apenas podía esperar. Pero finalmente, todos los temas de negocios se terminaban y el jefe daba un fuerte sacudón a su manta para que todas las campanillas tintinearan fuertemente. Esa era la señal de que el tiempo de las historias podía comenzar. Hosi se estremecía de la emoción.

Al principio todo estaba tranquilo. Nadie sabía de dónde vendría la historia o quién la contaría. Solo se quedaban todos sentados y esperaban, esperaban, esperaban hasta que. . .

-¡La veo venir! –dijo uno de los hombres. Esas eran las palabras emocionantes con las que empezaban siempre las historias. -¡La veo venir! –

-¡Déjala venir! –gritaban todos los demás.

El hombre comenzó, - Una vez hubo una sequía terrible en toda la tierra. –

Hosi se retorció de felicidad. Era la historia de la tortuga, su favorita. La había escuchado muchas veces pero quería escucharla de nuevo.

En los próximos años Hosi escuchó la historia de la tortuga muchas veces en el *onjango*.

Después vino un gran cambio. Cuando Hosi tenía catorce años, tuvo la oportunidad de ir a la escuela en un pueblo que se encontraba a siete millas de allí. La gran escuela era muy extraña. Hosi extrañaba su pequeña choza redonda que era su hogar. Tenía ganas de salir corriendo, pero una cosa lo hacía permanecer en la escuela, las historias.

Cada noche el profesor contaba historias en el salón principal, nuevas historias que Hosi nunca había escuchado, historias sobre otras tribus que no vivían en África, sino en tierras lejanas. Había una historia sobre un muchacho llamado José, otra historia sobre uno llamado David que se convirtió en rey, y una historia de Samuel que escuchó que Dios le habló.

Pronto Hosi descubrió que todas estas historias estaban escritas en un libro llamado Biblia y que la Biblia estaba en su propio idioma. Después Hosi se preocupó por aprender a leer. Un día quería contar estas historias en el *onjango*.

Estudió muy duro. Cuando terminó la escuela se fue lejos a otra escuela para aprender más de la Biblia.

Pasaron años, antes de que Hosi volviera a su pueblo. Había un nuevo jefe a cargo que no conocía a Hosi, y éste estaba enojado de que Hosi había venido. Tenía miedo porque Hosi podía leer un libro y él no.

-No tengas miedo de mí, -dijo Hosi. –El libro que traigo aquí habla de Suku, nuestro Dios, el Creador de los cielos y de la tierra. Habla de su amor por nosotros. –

-No quiero tu libro, -dijo el jefe enojado. –Te llevaré fuera del pueblo. –

Cuando llegó la noche Hosi fue tristemente al *onjango* y se sentó con el resto de la gente. Cuando la fogata ya se había hecho y todos estaban esperando por la historia, de repente Hosi supo que tenía que hacer. La historia de la tortuga le ayudaría.

-¡La veo venir! –dijo Hosi.

-¡Déjala venir! –gritaron los demás.

Entonces Hosi comenzó. –Una vez hubo una sequía terrible en toda la tierra. Primero los pequeños arroyos se secaron, Después los manantiales y hasta los ríos se secaron. Se escuchaba el crujido de la hierba alta en el viento caliente. Incluso la selva estaba seca y marrón. Todos los animales estaban muy sedientos y muchos murieron.

Entonces fue cuando el elefante, como el grande e importante jefe de la selva que era, convocó un consejo de todos los animales. Vinieron de todas partes de la selva arrastrándose, con los ojos rojos, cansados, sedientos y enojados, para decidir qué se debía hacer con la terrible sequía, y para consultar acerca de dónde podrían encontrar agua.

Vino el tigre, el leopardo, el ciervo, la jirafa, y el hipopótamo que se veían más arrugados y llenos de polvo que nunca. El elefante sacudió su cabeza de lado a lado, y preguntó si había algo que se pudiese hacer. Pero todos los animales inclinaron sus cabezas desanimados, porque todos habían estado buscando por todos lados, y ninguno había encontrado agua.

Al final la tortuga apareció en el Consejo, y arrastrándose hacia el centro del círculo, dijo, “Oh elefante, gran jefe de la jungla, escúchame y te diré dónde hay un manantial.”

Pero el elefante miró con desprecio a la tortuga. “Cállate tonto”, dijo, y levantándola con el extremo de su trompa la arrojó por encima de su cabeza hacia la selva.

La tortuga se enderezó y se arrastró de regreso al círculo del Consejo. Se paró de nuevo delante del jefe, y dijo, “Grande y honorable, en mis viajes he visto el manantial. Ven conmigo”. Pero antes de que pudiera terminar de hablar, el elefante la levantó con su trompa de nuevo y la arrojó hacia la selva bien lejos.

La tortuga casi se rindió. Pero cuando pensó en el agua fresca que le daría vida a todos, decidió intentarlo una vez más, y la tercera vez que apareció, el tigre dijo, “Jefe, no nos hará daño escuchar a la tortuga. Déjanos seguirle, y si hay un manantial nuestras vidas serán salvadas”

Así fue decidido y todos los animales partieron en una marcha cansadora y solemne siguiendo a la tortuga muy lejos adentro de la selva. Al final llegaron a un agujero del cual salía un manantial de agua fresca. Cada animal tomó, ya que el manantial nunca se secaba. Después de tomar el agua, cada uno se dio vuelta hacia la tortuga y dijo, “Twa-pa-ndu-la, gracias.” Y la tortuga estaba muy feliz porque había salvado sus vidas. –

Todos en el *onjango* estaban encantados de que Hosi hubiese contado la historia favorita y vieja. Sonrieron y aplaudieron suavemente. El jefe estaba contento también, y un poco orgulloso de que Hosi perteneciera a ese pueblo y pudiera contar tan bien la historia.

Después Hosi agarró la Biblia y la sostuvo en alto al dirigirse al jefe, diciendo, -O jefe, he traído un mensaje para mi gente. Como el manantial, traerá vida nueva a nuestro pueblo. Y si me sacan de aquí, volveré. Como la tortuga, volveré una y otra vez. –

Cuando el jefe vio la seriedad de Hosi, decidió que el pueblo debía escuchar, y dijo, -Escucharemos tu mensaje. Lo escucharemos en el *onjango*. – Después de eso, Hosi contó historias del Libro todas las noches, en el *onjango*. Toda la gente escuchaba. Al escuchar las historias una y otra vez, llegaron a creer que Suku era un Dios de amor. Ya no le tenían miedo a los espíritus malignos como en el pasado, y todo el pueblo comenzó a vivir de una manera más feliz y mejor.

## 61. AL LADO DEL SENDERO

Una vez a la semana unos chicos de una escuela cristiana en Bunumba, al oeste de África, iban a un pueblito a seis millas de allí para hablarle a la gente de Cristo y adorarle con ellos.

Yomba, Sahr, Moni, Tomba, Dudu y Sute les gustaba caminar por la selva. Era hermosa. Y había muchas cosas para ver. A veces podían tener un vistazo de un elefante o se encontraban con monos. Además, les gustaba cantar mientras caminaban.

Un día, mientras se acercaban a la aldea, Yomba se detuvo repentinamente. -¿Qué es eso al lado del sendero? – preguntó señalando algo.

-Sólo un montón de trapos empapados, por estar tirados bajo la lluvia, -dijo Moni.

-No, -dijo Yomba. –Miren, los trapos se mueven. Hay algo vivo en ellos. – Dudu se adelantó para mirar. –Es una mujer. –dijo.

Se acercaron rápidamente. La mujer escondía su rostro y se cubría con los trapos.

-¿Por qué no vas a tu casa en el pueblo? –preguntó Sahr.

La mujer levantó sus dos brazos. No tenía manos –sólo muñones feos y cicatrizados. Los muchachos vieron que tenía lepra, la terrible enfermedad. Ahora sabían por qué estaba marginada del pueblo, sentada sola al lado del sendero.

Los muchachos no sabían qué decir. No sabían qué hacer. Se quedaron parados allí por unos minutos y después siguieron caminando al pueblo.

Mientras predicaban, oraban y cantaban con la gente, no podían olvidarse de la mujer enferma al lado del sendero.

Después de la reunión le preguntaron a la gente sobre ella. La gente la conocía, pero nadie la ayudaba.

Silenciosamente los muchachos caminaron de regreso a casa. No tenían ganas de cantar. No tenían ganas de hablar. Lo que habían visto era terrible.

Cuando volvieron al dormitorio, fueron a la cama. Pero no podían dormir. Cuando cerraron sus ojos, veían a la mujer anciana y enferma, sola al lado del sendero, y eso durante la temporada lluviosa –sin refugio, sin comida, y con sólo unos trapos mojados de abrigo.

Cuando los otros en el dormitorio se durmieron, los seis que habían estado en el sendero, se reunieron alrededor de la cama de Sahr para hablar.

-Tenemos que hacer algo para ayudar a esa mujer. –dijo uno de ellos.

Todos estaban de acuerdo. ¿Pero cómo? Sabían que no había forma de llevarla a un hospital, porque estaban demasiado lejos. La mujer no podía caminar, y no tenían ningún vehículo. Hablaron y hablaron. Finalmente tuvieron un plan.

En el medio de la noche salieron del dormitorio de puntillas y llamaron a la puerta de la habitación del director. El director se sentó en su cama, sorprendido se frotó los ojos, y dijo, - ¡Entren! –

Sahr contó la historia de la mujer, y los demás ponían los pedazos que faltaban de la historia. Después Sahr dijo, -Tenemos tres pedidos. –

-¿Sí? –alentó el director.

-Queremos vacaciones mañana para volver al pueblo y construir un *simbeck* de bambú y palma para refugiarla. –

-Pueden tomarse vacaciones.-acordó de inmediato el director.

Sahr continuó. –Queremos ir al mercado a comprar ropa de algodón y una manta para ella. Entre nosotros tenemos suficiente dinero. –

-Muy bien, -dijo el director. -¿Cuál es su tercer petición? –

-Cada uno de nosotros dejará de comer las comidas diarias por una semana. Tenemos amigos que nos darán su comida. Queremos llevar las comidas que guardemos a la mujer, dos de nosotros en la mañana y otros dos en la noche. –

-Tengo otro plan, -dijo el director. –Le diré al cocinero que ponga más arroz y batatas en la olla cada día, y algunas veces vegetales y carne. Llevarle la comida diariamente será su trabajo. Eso será flor de regalo en los días que haga calor o esté lluvioso. Seis millas en un sendero irregular es una larga caminata.–

Al día siguiente los mismos muchachos y algunos de sus amigos caminaron por el sendero de la selva. Algunos tenían machetes para cortar ramas y hojas de palmera para entretejer las paredes y el techo del refugio llamado *simbeck*. Uno llevaba la ropa y otro la manta. Yomba llevaba un gran recipiente lleno de muy buen arroz de la cocina de la escuela.

La pobre mujer quedó muda al ver todo eso. Hacía mucho tiempo que alguien había sido amable con ella. Comió ansiosamente. Sostuvo su nueva ropa y manta contra su mejilla, tarareando una canción vieja de su tribu. Después se sentó allí asombrada mientras observaba como su refugio tomaba forma.

Cuando los muchachos se fueron, la mujer anciana y pequeña los saludó con, -¡Que Dios los lleve con bien! – Era el saludo de despedida que se usaba en su tribu. -¡Que Dios te lleve con bien! –

Los muchachos mantuvieron su promesa. Cada mañana antes de la escuela dos de ellos caminaban desde Bunumba al *simbeck* al lado del sendero, cargando un tazón lleno de comida. Y cada noche después de la clase, otros dos caminaban por el mismo sendero con otro tazón de comida.

Un refugio de bambú y hojas de palmera no dura para siempre en una tierra lluviosa y llena de insectos. Después de un año los muchachos construyeron otro simbeck. Esta vez un grupo de los aldeanos se juntaron a mirar.

-Es extraño verlos a ustedes, muchachos, construyendo un simbeck. –dijo uno de los hombres. -La gente de su propio pueblo no la ayudó. La echaron fuera a la lluvia. Después vinieron ustedes y se ocuparon de ella. –

El hombre pensó por un rato. Después agregó, -Sólo hombres cristianos pueden pensar en un plan así. Sólo muchachos cristianos pueden perseverar en su plan y llevarlo a cabo fielmente. –

## **62. LIBRE PARA VOLAR.**

En un pueblo en el lejano país de Angola vivía un niño llamado André Mosaki. El pequeño André no podía ir a la escuela porque no había ninguna en su pueblo, y nunca nadie de allí había ido a una escuela.

Pero André ayudaba a su madre en el jardín y la ayudaba a cargar las verduras al mercado. Eso era emocionante. Muy temprano en la mañana cuando aún estaba oscuro, André y su madre comenzaban a caminar hacia el pueblo donde venderían las verduras.

A André le gustaba ir al mercado. Le gustaba especialmente cuando iba su amigo también. Un día cuando estaban en el mercado, él y su amigo atraparon unos pajaritos. Ataron el extremo de una cuerda a una de las patitas del pajarito y el otro extremo a una ramita.

André y su amigo se divertían mucho. Mientras sostenían la ramita con una mano, liberaban al pajarito. EL pajarito atemorizado comenzaba a volar, pensando que finalmente estaba libre, sólo para darse cuenta, que la cuerda atada a su patita lo volvía hacia atrás. Los muchachos jugaban con los pájaros así por mucho tiempo. Los dejaban ir y después los cinchaban hacia atrás. Planeaban más tarde matarlos, asarlos y comerlos.

Mientras estaban allí jugando con los pajaritos una gran sombra los cubrió. Los muchachos miraron hacia arriba. Era un hombre alto que los estaba mirando.

-¿Qué están haciendo? –preguntó el hombre. André y su amigo le explicaron el juego que habían inventado.

El hombre miró a André y le preguntó, -¿Me vendes tu pajarito? –

André se sorprendió. ¿Qué quería hacer el hombre con el pájaro? Pero dijo que sí inmediatamente.

El hombre sacó una moneda de cinco centavos de su bolsillo y se la dio a André.

Este desató el pajarito y se lo dio al hombre.

Por un momento el hombre sostuvo al pajarito asustado en la palma de su mano. Después estiró su brazo hacia arriba de su cabeza y abrió su mano. El pájaro voló lejos hacia el cielo celeste. ¡Finalmente estaba libre!

El hombre se dio vuelta para mirar al amigo de André. -¿Me vendes tu pájaro también? –preguntó.

-Sí, oh, sí, -dijo el niño. Estaba entusiasmado por tener algo de dinero también.

Pasó lo mismo. El hombre dejó que el pajarito volara, siguiendo a su compañero.

Los niños estaban perplejos. No podían entender por qué alguien haría tal cosa.

El hombre se sentó con ellos en el polvo.

-¿Se están preguntando por qué hice eso? –preguntó.

Los niños asintieron con sus cabezas.

-Yo solía hacer muchas cosas malas. –dijo el hombre. –No podía ayudarme a mí mismo. Era como estar atado a una cuerda. Pero Dios envió a su Hijo Jesús al mundo. Jesús desató la cuerda. Y ahora soy libre como esos pajaritos. Por eso es que les di su libertad. –

André y su amiguito no podían entender muy bien qué significaba todo esto. Pero el hombre era amable. Les caía en gracia. El hombre era un pastor de Angola. Él se encargó de que André fuera a la escuela.

Muchos años después cuando André ya era mayor, se convirtió en un escritor y en un maestro y ayudaba a su gente de muchas formas. Siempre recordaba este pequeño incidente en el mercado. Ahora entendía lo que su pastor amigo quiso decir cuando dejó que los pajaritos volaran libres. –

### **63. PODÍAN CONFIAR EN ÉL**

(Kabangu Thomas)

El pastor Kabangu Thomas tenía un problema terrible. Había enseñado a la gente de su iglesia en África fielmente sobre Jesús, pero ahora había una guerra. La gente de la tribu Lulua y de la tribu Baluba estaban peleando. Incluso algunos miembros de la iglesia del pastor Thomas ahora eran enemigos. Creían que debían obedecer a los líderes de sus tribus más que a Dios.

El pastor Kabangu pertenecía a la tribu Baluba. Sabía que los miembros de su tribu querían que los ayudara a pelear contra la gente de Lulua.

-Eres nuestro pariente,- decían. –Eres alto y fuerte. Tienes un arma mejor que cualquiera nosotros. Nos tienes que ayudar a matar a los Luluas, de contrario ellos van a dominarnos.

-No, -dijo el pastor Kabangu. –No es mi responsabilidad pelear contra carne y sangre. Mi responsabilidad es luchar contra el mal y eso lo hago con la Biblia.

-Entonces al menos danos tu arma, -dijeron. –Te protegeremos con él. –

-No, -dijo el pastor Kabangu nuevamente. –Tampoco puedo hacer eso. Siempre he usado el arma para matar animales para que mi familia y los miembros de mi iglesia coman. Ustedes usarían el arma para matar gente. Yo

trabajo para Dios. Él sabría. Él me ha dado el trabajo de salvar almas. No me ha dado el trabajo de matar cuerpos. No les puedo dar el arma. –

La gente de la tribu del pastor Kabangu estaba muy enojada con él.

-Aaa, -dijeron. –Debes de haberte hecho amigo de los enemigos. Estás planeando darles tu arma. –

-No, -dijo el pastor Kabangu. –No hace diferencia quiénes son o de qué tribu vienen. No les voy a dar mi arma a nadie. –

Finalmente los hombres se fueron. Rápidamente el pastor escondió el arma entre el techo y el tejado donde ninguno de las tribus lo pudiese encontrar y donde podría ser destruida si alguien incendiaba la casa.

Pronto estalló un gran conflicto. Un día cuarenta miembros de la tribu del pastor fueron a su casa de nuevo.

-Ven y pelea con nosotros para proteger a nuestros seres queridos. –le exigieron.

-No, -dijo otra vez el pastor Kabangu. –Soy su pastor. He bautizado a muchos de ustedes. He presentado a sus niños al Señor. No derramaré sangre en el suelo. Si mato a alguien sería tomar el lugar de Dios y decir, “Tu vida tiene que terminar hoy; tu alma entrará a la eternidad.” No puedo hacer eso. –

Hemos sido enviados por nuestro jefe para agarrar tu arma, -dijo uno de la tribu. –Si no nos das tu arma, la tomaremos por la fuerza. –

-Son suficientemente fuertes para tomarla, -dijo el pastor, -Pero me tendrán que matar primero. Pero incluso cuando lo hagan no encontrarán el arma. –

Los hombres de la tribu discutieron entre ellos. Finalmente dijeron, -Ya no eres miembro de nuestra tribu. No te protegeremos. La gente de la tribu enemiga no te protegerá. –Dicho esto se fueron.

El pastor Kabangu y su familia no podían dormir. Había tiroteos y gritos afuera. Podían ver el brillo rojo del fuego. La gente corría de sus casas incendiadas.

El pastor y su esposa se arrodillaron al lado de la cama y oraron. Lloraron desesperadamente. Esperaron a que llegara la mañana. Nadie vino. Era de noche nuevamente. Sabían, que a esta altura la gente se odiaba tanto que alguien vendría por el arma y probablemente los mataría. Pensaban que era su última noche en la tierra.

De repente alguien llamó a la puerta. ¡Ahora habían llegado! El pastor Kabangu fue despacio hacia la puerta y la abrió.

Allí estaba David Kalala, un anciano de la iglesia que era de la tribu enemiga, pero que no había permitido que el odio entrara en su corazón.

-Los de mi tribu están planeando matarte, -dijo. –Tengo un camión aquí. Rápido, los llevaré a un lugar seguro antes de que vengan por ti. –

El pastor y su familia se salvaron. Cuando la guerra acabó, toda la gente, de ambas tribus, lo respetaban por no haber tomado partido de ningún lado. Podían confiar en él como su pastor. No había ayudado a matar a nadie.

## 64. UN CAMINO PREPARADO

(Matthew Kazadi)

El país en África que solía llamarse El Congo había sido gobernado por los blancos durante mucho tiempo. La independencia había llegado finalmente y la gente de color estaba libre. Pero en vez de la felicidad y la riqueza que la gente esperaba, había contiendas, sospechas y odios entre las diferentes tribus. De hecho se estaban matando unos a otros.

El pastor Matthew Kazadi estaba muy triste. Había enseñado por cuarenta años sobre Jesús a la gente. En la iglesia de Jesucristo habían sido todos hermanos y hermanas. No importaba a qué tribu pertenecían. Y ahora de repente la gente se había olvidado lo que Jesús había enseñado, porque todos querían más poder. Algunos aun lo odiaban, a su pastor, porque pertenecía a una tribu diferente que ellos. Un grupo de hombres armados, miembros de su iglesia, le dijeron que se fuera o lo matarían.

¿Qué debía hacer? Si se quedaba, la gente de su propia tribu lo defendería contra los otros y muchos serían matados. No quería que eso pasara. Si se iba, ¿quién ayudaría a que todos se amaran nuevamente? ¿Quién continuaría con el trabajo de la iglesia?

-Oh, Dios mío, -dijo Matthew llorando y angustiado. -¿Qué debo hacer? Por favor muéstrame la manera. Dime qué está bien. Yo no lo sé. –

Esa noche el pastor Kazadi tuvo un sueño. Vio a unas mujeres cortando un camino a través de las hierbas. Otros lo estaba barriendo y limpiando. Otros fueron rociando el camino con cal como lo hacen en África para prepararse para un invitado de honor. Después una voz dijo claramente, -Kazadi, ve. –

Con eso Matthew se despertó. Toda su carga se había ido. Sabía que se debía ir inmediatamente. Su padre celestial estaba preparando un camino para él. Seguramente Dios encontraría una forma de cuidar de la iglesia.

Kazadi y un conductor se subieron a un auto y condujeron durante la noche hasta otra estación misionera. Allí recogieron a la esposa de Kazadi y a su hijo, que habían ido hasta allí más temprano. Juntos partieron hacia el aeropuerto, donde esperaban tener la posibilidad de irse. Era muy peligroso. Había gente de alguna tribu enemiga por todos lados que deseaban matar a Kazadi.

La carretera estaba muy mal. Apenas había carretera en algunos lados. Al final se acabaron inclusive las pistas que estaban siguiendo. Salieron todos del auto. Estaban justo al borde de un río, y no había ningún puente que lo atravesara. Podían notar que en algún momento había habido una balsa allí, pero ahora estaba hundida en la arena. No había forma de cruzar el río. No podían seguir hacia adelante. No podían volver atrás. Aún era de noche. Todo lo que podían hacer era sentarse y esperar.

Poco después del amanecer, aparecieron dos hombres al otro lado el río. Se veían sorprendidos cuando vieron a Kazadi y a su familia.

-¿Qué están haciendo ahí? –preguntó uno de ellos.

-Queremos cruzar el río. -gritó Kazadi.

-Bueno, no lo pueden cruzar aquí, -contestó el hombre. –La balsa no ha funcionado durante mucho tiempo. Vuelvan y conduzcan hasta la zona del río donde si funciona. Está a alrededor de 130 kilómetros. –

Kazadi no habló por un rato. Después se volvió hacia su familia y al conductor y les dijo, -No podemos volver. No tenemos suficiente combustible y no podemos conseguir más, porque la gente está esperando para matarnos. Debemos pedirle a Dios que nos ayude a cruzar el río aquí. –

-Eso es imposible, -murmuró el conductor. –Las tablas del transbordador están todas podridas. –

Pero Kazadi oró. Dijo, -Querido Padre que estás en el cielo, sabes que estamos muy cansados. Sabes que estamos en peligro. No nos dejes morir aquí. Por favor encuentra una forma para que crucemos el río. –

Kazadi, su esposa e hijos y el conductor se sentaron y esperaron. Todos estaban tensos. Las horas pasaron.

Finalmente su esposa preguntó, -¿Aún piensas que cruzaremos aquí?

-Explícanos cómo sucederá eso. –agregó el conductor de mal humor.

-No sé cómo sucederá. –contestó Kazadi. –Sólo sé que Dios ha preparado un camino para nosotros y él enviará a alguien para ayudarnos. Esperaremos aquí mismo hasta que esa persona llegue. –

Todos se sentaron y esperaron nuevamente. Hacía calor. Los insectos los molestaban. Tenían hambre. Tenían miedo y estaban enojados unos con otros. Nadie hablaba.

Repentinamente todos se enderezaron y miraron al otro lado del río. Vieron a un joven subirse a un bote y remar hacia ellos. Cuando se acercaron, el joven gritó sorprendido, -Padre Matthew Kazadi, ¿en serio es usted? –era un ex alumno de Kazadi que estaba trabajando ahora en esta parte del país.

Rápidamente Matthew Kazadi le comentó su problema. Le explicó que debían cruzar el auto hacia el otro lado del río aquí, para escapar de aquellos que los estaban buscando.

-Iré a buscar a algunos hombres del pueblo con palas para excavar la vieja balsa e impulsarte hacia el otro lado. –dijo el hombre inmediatamente y partió en su bicicleta, la cual tenía en el bote.

Al poco tiempo, vinieron veinte hombres con sus palas y comenzaron a excavar. Sacaron la balsa vieja. La arreglaron. Lentamente el auto fue llevado a la plataforma, y los hombres, tarareando un canto rítmico, lo empujaron a través del río.

Matthew Kazadi les agradeció. Oró para que Dios los ayudara en estos tiempos difíciles.

Después, Matthew Kazadi, su familia y el conductor siguieron su camino hacia un lugar seguro.

## 65. HAMBRE EN EL CONGO

(Archie Graber)

El misionero Archie Graber estaba de licencia en su hogar en Elkhart, Indiana. Pero estaba muy preocupado. No podía volver a África porque había demasiadas luchas en el Congo, donde había sido misionero por muchos años.

Archie estaba preocupado por la gente del Congo. Se preguntaba por sus amigos africanos de Charlesville, donde había trabajado. ¿Estaban seguros? Se preguntaba por toda la gente que se había hecho cristiana. ¿Crearían aún que Dios los podría ayudar cuando tenían que huir de sus hogares? ¿Amaban aún a Jesús cuando tenían hambre y no tenían a dónde ir? Realmente quería ayudarlos, y parecía que no había forma.

Un día lo llamaron para que fuese y viera al secretario de su junta misionera. – Algunos de tus amigos en Charlesville ahora son refugiados. – dijo el hombre. – Están pidiendo que vayas y les ayudes. El Comité Central Menonita pagará tu viaje y la Agencia de Ayuda Protestante del Congo te pondrá a cargo de llevar la comida para los refugiados y de ayudarlos a buscar casa de nuevo. ¿Irás? –

–Sí, –dijo Archie. –Me alegro de que mis amigos estén preguntando por mí. Siento que Dios me está llamando. Estoy listo para ir. –

Cuando Archie llegó al Congo no podía creer lo que estaba viendo. Había casas quemadas. Gente que había sido asesinada en las peleas yacía tirada por todos lados. Había gente sin hogar vagabundeando por doquier. Había miles y miles de personas en campos de refugiados. Tenían hambre. Los niños lloraban. Había moscas. Había enfermedad. La gente tenía mucha necesidad. Una y otra vez veía gente sentada allí, mirando hacia el vacío, sin futuro. No podían ir a ningún lado. Estaban esperando para que alguien los ayudara.

¿Pero cómo podría ayudarlos? Archie no tenía nada. Ni siquiera cinco panes y tres peces, como el niño en la historia bíblica. ¿Por qué Dios lo había traído aquí? Siempre había sido un misionero, llamando a la gente a ir hacia Cristo. No tenía experiencia en alimentar a los hambrientos. Pero sabía que ahora tenía que mostrarles que Dios, en quien les había enseñado a confiar, no se había olvidado de ellos. Seguramente Dios le mostraría qué hacer.

Y Dios lo hizo. Movi6 los corazones de la gente en muchos pa6ses para ayudar. Cristianos de Suiza enviaron dinero para comprar veinte mil mantas. Enviaron un avi6n lleno de leche desde Dinamarca. Las iglesias alemanas del oeste enviaron 700 carpas. Los belgas enviaron dos mil cajas con papas. Organizaciones de iglesias americanas y europeas prometieron alrededor de medio mill6n de d6lares en comida, medicina y ropa. Aviones de las Naciones Unidas comenzaron a rondar sobre la zona afectada como cuando los cuervos le llevaron comida a El6as.

Finalmente Archie Graber y sus ayudantes comenzaron a distribuir la comida. El primer d6a en un solo lugar, dos mil ni6os, cada uno recibió una pastilla con

vitaminas y leche. Cuatro mil personas recibieron arroz para una semana. Fue de lugar en lugar llevando comida, esperanza y las buenas nuevas de Jesucristo.

Mucha gente conocía a Archie de cuando había sido un misionero entre ellos. Lo amaban. Lo llamaban *Lutonga*. Eso significaba que pensaban en él como un brote nuevo. Ahora él era un brote fresco y verde para muchas, muchas personas, nuevamente había esperanza.

Como conocía el país y a las personas, el primer ministro de la región le pidió a Archie para que ayudara a reubicar a la gente en pueblos. Archie agradeció a Dios por esta oportunidad. Por fin la gente sin hogar podía construir sus casas de nuevo.

Él y sus ayudantes llevaron a un grupo de gente a un lugar donde había buena tierra y agua. Los ayudaron a levantar pueblos de tiendas al principio, y distribuyeron comida y literatura cristiana. También les dieron semillas para plantar jardines y azadones para hacer el trabajo. Después repartieron cientos de pollitos bebés para que al tiempo tuvieran huevos y carne.

Archie se encargó de fijarse de que hubiera al menos una familia cristiana en cada pueblo que pudiera iniciar una iglesia. Lo que más le preocupaba era llevar a toda la gente que conocía las buenas nuevas de Jesucristo.

Pudo ver que la gente estaba hambrienta por la Palabra, así que abrió una tienda de libros y una biblioteca ambulante para poder vender Biblias. Predicaba donde sea que fuera y cuando le daba comida a la gente oraba con ellos. Sus amigos africanos sabían que era un hombre de Dios y su hermano.

Después de varios años Archie Graber pudo ir a su hogar de nuevo. No sabía por qué Dios lo había elegido para hacer ese trabajo, pero estaba contento de que pudo participar en ayudar a sus amigos.

## **66. UN BUEN SAMARITANO**

Hace algunos años, en la ciudad de Argel al norte de África, vivía un hombre llamado Ahmed. Él tenía una pequeña tienda de comestibles. Todos los días la gente que vivía cerca iba a comprar allí los comestibles para el día. Ahmed era amigo de todos.

Sin embargo, se avecinaron tiempos difíciles a esa zona del país. Tanto los franceses como los árabes estaban viviendo allí y estaban luchando entre sí. Ahmed y sus vecinos eran árabes y vivían en la parte árabe del pueblo. Ahora los franceses habían acordonado esa área.

Los vecinos de Ahmed no podían ir a trabajar. Cuando no podían ir a trabajar no tenían dinero para comprar comida. Sus hijos tenían hambre. Lloraban. ¿Qué debían hacer sus padres?

Ahmed aún tenía algo de comida en su tienda. Sabía por qué era tan poca la gente que iba a comprar. En la noche no podía dormir porque sabía que sus vecinos se habían ido a dormir con hambre.

Una mañana vino un hombre a la tienda. Miró a Ahmed con tristeza y dijo, -No tengo dinero pero, ¿Me podrías dar algo de comida si prometo pagártela más adelante?

Ahmed bajó la mirada. Sabía que el hombre posiblemente no podría pagar nunca por la comida. Pero después de un momento dijo, -Sí, voy a darte crédito. ¿Qué quieres comprar? –

Rápidamente se corrió la voz de que Ahmed estaba vendiendo comida a crédito.

Vinieron sus vecinos uno por uno. Ahmed le dio algo a cada uno hasta vaciar los estantes de la tienda. Después tuvo que cerrar su tienda porque ya no tenía dinero tampoco, pero ahora podía dormir tranquilo en las noches. Había hecho lo que pudo.

## **67. UNA BUENA IDEA**

Finalmente la paz llegó a Argel. La lucha entre los franceses y los árabes había terminado, pero los efectos de la guerra aún estaban allí.

-Mira esas colinas, dijo John Carbonare, un trabajador del Servicio Mundial de Iglesias (Church World Service) a sus colegas. –Esa zona ha sido quemada totalmente por los militares franceses durante la guerra. Como allí no hay árboles, el suelo está erosionando. Debemos hacer algo al respecto. –

Vern Preheim, que era director del trabajo hecho por el Comité Central Menonita y el Servicio Mundial de Iglesias en Argel, se veía pensativo. Después sus ojos comenzaron a brillar. ¡Estaba teniendo una idea nueva!

-He recibido información de que Estados Unidos está produciendo alimento de más y lo ofrece para utilizarlo como paga para proyectos de trabajo, -dijo. –Sabes cuánto desempleo hay por aquí. La gente no tiene suficiente para comer. Comencemos un proyecto de plantación de árboles. Eso le dará trabajo a miles de personas. Les podemos pagar con comida. ¡De esa forma tendrán qué comer, y las colinas quemadas nuevamente se cubrirán con árboles! –

Los otros trabajadores quedaron entusiasmados. Todos querían empezar a planear el proyecto. Vern Preheim escribió cartas. John Carbonare habló con gente que pudiera ayudar. Pronto consiguieron el excedente de comida. Podían comenzar a organizar a la comunidad y contratar trabajadores.

Se abrieron viveros para criar los árboles pequeños. Se necesitó mucha gente para cuidarlos. Se necesitaron muchas más personas para plantar los millones de arbolitos sobre todas las colinas ennegrecidas.

La gente estaba feliz. Nuevamente tenían comida. Y en sus manos llevaban plantas que una vez más darían vida a sus colinas.

Alrededor de cinco años más tarde Vern Preheim volvió a Argel, a la zona que había sido devastada por la guerra. Vio un bosque verde, joven y hermoso creciendo en las colinas que habían estado negras antes. Y la gente que una vez había recibido comida por el proyecto decía que los árboles incluso estaban

haciendo una diferencia en el clima. Llovía más y no hacía tanto calor. Vern Preheim estaba satisfecho.

## **68. NO MUESTREN PARCIALIDAD**

*La siguiente historia fue contada por un pastor africano para ilustrar el pasaje de Santiago 2:1-9.*

Unos domingos por la mañana, antes de la reunión de adoración, un pobre mendigo iba a la puerta de una pequeña iglesia en el monte. El portero en realidad no lo quería dejar entrar. El pobre hombre estaba vestido con trapos y olía muy mal. El portero le mostró un lugar donde sentarse cerca de la puerta donde la brisa pasaba y el olor no era tan fuerte.

Sin embargo, poco después de que empezara la reunión, el mendigo se fue. El portero quedó tranquilo.

Un rato después otro hombre vino a la iglesia. Esta vez el hombre estaba vestido con un traje occidental de un aspecto muy elegante. El portero podía ver que era un hombre muy importante. Se inclinó ante él y lo llevó hasta la parte de adelante de la iglesia y lo ubicó en un buen banco.

Hubo una conmoción en la iglesia. La iglesia no solía tener visitantes tan importantes. El pastor, que estaba predicando, se emocionó al tener a un visitante tan distinguido en su audiencia.

Después de la reunión el pastor y su esposa invitaron al hombre a su hogar para cenar con ellos. Hubo una conmoción de preparación. Sólo lo mejor era suficientemente para el huésped.

Finalmente se sentaron todos para comer y se sirvieron las diversas comidas. Todas las miradas estaban sobre el invitado, por supuesto. Se sirvió la carne, pero en vez de ponerla en el plato, la puso en su bolsillo. Rápidamente miraron a otro lado, pero no podían evitar darse cuenta de cómo la grasa se filtraba a través de la tela de su traje caro.

Después vinieron las papas. El invitado las puso tranquilamente en el otro bolsillo de su chaleco. Para cuando se sirvió la salsa todos estaban mirándolo boquiabiertos mientras él la vertía en otro bolsillo.

Finalmente el hospedador no pudo contenerse más.

-Señor, -dijo. -Señor, por favor, ¿por qué está haciendo eso? -

-Bueno, -dijo el caballero distinguido, -es obvio que ustedes no me invitaron a mí, sino que invitaron a mi traje. ¡Entonces estoy alimentando a mi traje! -

## **69. TRABAJANDO EN EQUIPO**

*La siguiente historia fue contada por un pastor en el este de África.*

Había una vez tres hombres, que estaban sentados bajo un árbol al lado de un gran lago en África central. Uno tenía el don de ver cosas a la distancia. Decía,

-Veo que mi pariente al otro lado de la bahía está muy enfermo. Pero no tengo forma de ir a verlo antes de que muera,

El segundo hombre dijo, -tengo medicina que puede curar a tu familiar. Pero no tenemos forma de llegar allí. –

Después el tercer hombre, un pescador, dijo, -Yo tengo una canoa. Puedo ayudarles a que lleguen a tiempo. –

Aceptaron la propuesta del pescador. Los tres cruzaron la bahía en la canoa. Llegaron al pueblo y le dieron la medicina al pariente enfermo.

-Ahora, -preguntó el pastor, -¿cuál de los tres curó al hombre? –

## Las Buenas Nuevas en Latinoamérica



### **70. APÓSTOL DE LOS INDÍGENAS OCCIDENTALES**

(Bartolomé de Las Casas)

Cuando Cristóbal Colón llegó a una de las islas indígenas occidentales, descubriendo de esta forma un nuevo mundo, tenía entre los miembros de su tripulación a un hombre llamado Las Casas. Las Casas no podía esperar para volver a su hogar y contarle a su hijo Bartolomé sobre todas sus aventuras.

Bartolomé quedó fascinado cuando su padre le contó sobre las tormentas en alta mar, cuando finalmente llegaron a tierra, sobre su experiencia en el mundo nuevo. Sin embargo, más que nada a Bartolomé le gustaba escuchar sobre la gente que vivía en este mundo nuevo, gente a la que su padre llamaba indígenas.

Bartolomé amaba a Jesús, y pronto sintió que tenía que ir al mundo nuevo para hablarles a los indígenas sobre el Salvador que los amaba tanto que había muerto por ellos. Quería ayudar a que este nuevo mundo fuera una nueva tierra para todos.

Diez años después de que su padre le contara sobre los indígenas, Bartolomé fue a América. Ya que Colón había reclamado el territorio para España, el gobierno español le había asignado un poco de tierra en la cual podía vivir y comenzar su trabajo misionero. Sin embargo ¡cuán asombrado estaba Bartolomé de Las Casas cuando se enteró de que el gobierno también le había dado esclavos nativos!

Las Casas era un hombre amable y humilde. Llegó a amar a los indígenas. Tenerlos como esclavos no parecía ser lo correcto. Sacó la Biblia que había traído con él. Leyó y leyó. Cuanto más leía, menos entendía cómo, siendo cristianos, era posible que tuviese esclavos. Cristo había muerto para liberar a todos. Los indígenas eran sus hermanos y hermanas, no sus esclavos.

Las Casas no podía predicarles a los indígenas de que iban a ser libres en Cristo, por un lado y por otro lado seguirlos teniendo en esclavitud para su propio provecho. Dejó a todos sus esclavos en libertad.

Desde ese momento en adelante su vida fue una constante lucha para que los indígenas fueran tratados justamente. Fue a España a implorarle al rey y a la cabeza de la iglesia. Le suplicó a la gente del gobierno.

La gente que sólo le interesaban los indígenas para explotarlos, odiaban a Las Casas. Se oponían a él y hacían su vida miserable. Pero Las Casas siguió trabajando a favor de la gente nativa. Finalmente el gobierno de España lo nombró el protector de los indígenas.

Las Casas fue a Cuba, Santa Domingo, Puerto Rico, Venezuela, Nicaragua, Guatemala y México. Por todos lados les contó a los indígenas sobre el amor de Cristo.

Mucha gente que venía de Europa era codiciosa. Sólo querían la tierra y el oro. No les importaban los indígenas. Los seguían tratando injustamente y con crueldad, incluso cuando Las Casas intentó protegerlos.

Bartolomé de Las Casas, que fue el primer sacerdote ordenado en América, es llamado “Apóstol de los Indígenas”.

## **71. DAYUMA**

Era una noche oscura y sin estrellas en la selva de Ecuador. En el interior del gran óvalo Auca estaban los habitantes profundamente dormidos. Eso sí, todos, excepto la madre de Dayuma. Estaba inquieta. De alguna forma podía percibir que el peligro estaba cerca. Su clan y un clan vecino habían estado en lucha por mucho tiempo. Recientemente el hermano de su esposo había asesinado a uno de los enemigos. ¿Qué tal si los familiares del asesinado decidían tomar venganza esa noche?

La madre de Dayuma estiró su mano hacia su hija. –Dayuma, -susurró, - ¡despiértate! ¿Puedes oír algo? –

-No, -dijo Dayuma adormecida.

Pero después ambas escucharon el llamado de un pájaro nocturno. Eso podría ser una imitación utilizada como señal por los Aucas que estaban deambulando. Rápidamente despertaron al hermanito de Dayuma y salieron en puntillas de pie silenciosamente hacia una de las aberturas del lugar.

Pero ya escucharon un grito salvaje. Hombres del clan enemigo entraron apresuradamente a la casa a través de la entrada opuesta y comenzaron una masacre. Dayuma, su madre y su hermanito huyeron aterrorizados hacia la selva y se escondieron en los arbustos.

Cuando era de mañana, la madre de Dayuma salió arrastrándose del escondite con su hijo pequeño. ¿Pero dónde estaba Dayuma? ¡No estaba allí! ¿Se habría entrado más profundamente en los bosques?

Casi toda la gente en la casa Auca fue asesinada. El padre de Dayuma ya había muerto antes. Su madre tenía el corazón quebrado. Día tras día, ella y su hermanito la buscaron en la selva. A veces la tía de Dayuma, Mintaka, iba con ellos. Seguían todos los caminos que conocían. Llamaban su nombre. Pero nunca obtuvieron respuesta. Dayuma había desaparecido.

Algunos años después sucedió algo muy extraño. Un pequeño avión voló sobre la gran casa Auca donde vivían ahora la madre de Dayuma y su hermano. Habían escuchado aviones antes, pero este era diferente. Parecía que estaba volando tan bajo. Nadie se animaba a salir.

Pero cuando el avión se fue, salieron corriendo de la casa. Allí en el camino que llevaba hacia el río ¡había una olla brillante con tapa! Lo deben de haber tirado del avión. Los hombres la llevaron a la casa y la madre de Dayuma la utilizó para buscar agua.

¡Unos días después nuevamente oyeron un avión! Esta vez varios hombres salieron a ver el avión mientras volaba sobre sus cabezas. Y por supuesto, había una cuerda que colgaba del avión y algo abrochado a ella.

Rápido los hombres Aucas corrieron hacia adelante y desataron el regalo de la cuerda. Era un machete, un cuchillo que los Aucas necesitaban para cortar plantas y hojas en la selva. El hermano de Dayuma lo tocó. Era filoso. Oh, ¡Cómo deseaba usarlo alguna vez!

Después de esto el avión frecuentemente sobrevolaba su casa tirando regalos. A veces volaba tan bajo que podían ver a los hombres que estaban dentro. Eran blancos. Nadie tenía miedo ahora. Todos salían corriendo a ver el avión. Y a veces después de agarrar el regalo de la cuerda, ataban un regalo de su parte para la gente del avión.

El sacerdote Auca se preocupaba, -Está bien recibir los regalos y dar regalos, -dijo, -pero recuerden, si un hombre blanco pone un pie en nuestra selva debe ser asesinado. La gente blanca nos ha engañado con frecuencia. Han asesinado a mucha de nuestra gente. ¡Debemos tomar venganza! –

La madre de Dayuma se estremeció. ¿Cuándo se terminaría la venganza?

El avión seguía pasando. Los hombres que estaban allí siempre dejaban un regalo, y a veces cuando el avión volaba lo suficientemente bajo podían ver que las caras de los hombres eran muy amables. Se reían y saludaban a la gente de abajo y decían en el idioma Auca, -Bit miti punimupa. -Esto significaba, -Me caes bien; me gustaría ser tu amigo. -

La madre de Dayuma suspiraba. ¿Por qué tenían que matar a esos hombres?

Un día le dijo a su hijo, .Estos hombres vienen de afuera de nuestra selva. Tal vez sepan algo de Dayuma. Desearía poder preguntarles. -

Lo próxima vez que vino el avión y pendía el cordón con el regalo, el hermano de Dayuma intentó atarse con la cuerda. Hizo un gesto con los brazos a los pilotos. ¿No lo podrían subir para que pudiera volar con ellos y buscar a Dayuma? Pero los pilotos no entendían y el avión se fue.

Después, un día, los pilotos dijeron palabras diferentes. Los Aucas estaban confundidos pero finalmente entendieron que dijeron, -Vengan mañana a Curary. -

Inmediatamente varios hombres Auca partieron al río Curary para ver qué pasaba allí. Para su sorpresa había algunos hombres blancos caminando en el río y llamando palabras en el idioma Auca, diciendo que les gustaría ser sus amigos.

Cuando la madre de Dayuma escuchó esto le dijo a su hermana Mintaba y a su hijo, -Deben ir y hablar con estos hombres. Estoy segura de que saben algo de Dayuma. -

Mintaba, una amiga suya y el hermano de Dayuma salieron a buscar a los hombres blancos al río. Por supuesto que después de caminar varias millas, los vieron al otro lado del agua.

El hermano de Dayuma les gritó y después él, Mintaba y su amiga salieron de la selva. Los hombres parecían sorprendidos. Después gritaron, -¡Puinani! -(Bienvenidos) y comenzaron a bajar a través del río para conocerlos.

Todos volvieron para atrás a través del río juntos y los Aucas intentaron hablar a los hombres blancos. Pero los blancos sólo sabían algunas palabras. Los Aucas no les podían hacer entender que estaban preguntando por Dayuma. Al final fueron a casa.

El sacerdote los vio regresar a la casa Auca. Los miró. Poco después la madre de Dayuma vio irse a un grupo de hombres. Ella sabía que iban a la casa del árbol de los blancos y sabía qué iban a hacer. Ningún hombre blanco que ponga pie en su selva tenía permitido vivir. Cuando los hombres Aucas volvieron, el trabajo estaba hecho. Le dijeron al clan cómo habían matado a los cinco hombres blancos.

La madre de Dayuma se sentó con su cabeza inclinada. Gemía. Ahora esos amables hombres estaban muertos. ¿Qué harían sus familias? ¿También tomarían venganza? ¿Nunca sabría de su hija Dayuma?

Pero no se dio por vencida. Varios años más tarde, le dijo a su hermana Mintaba y a otra mujer llamada Mankamu, -Ya no puedo caminar muy lejos,

pero ustedes sí. Por favor vayan a la tribu indígena fuera de esta selva y busquen a Dayuma. Tal vez esté viviendo con ellos. –

Mintaba y Mankamu no le podían decir que no a la madre de Dayuma. Dijeron, -Sí, iremos y volveremos cuando la fruta del kapoc esté madura. – Partieron para el largo viaje a pie. La madre de Dayuma les siguió con su mirada hasta que ya no los pudo ver en la selva.

El kapoc fue plantado, creció y maduró lentamente. Todos los días la madre de Dayuma se sentaba en la senda que iba hacia la selva. Algún día Mintaba y Mankamu volverían, pero ¿traerían a Dayuma?

Un día escuchó unos pasos. Miró atentamente por el camino. Sí, alguien estaba viniendo. ¿Dos mujeres? No, ¡había una tercera! La madre de Dayuma saltó y corrió hacia adelante. Y al momento Dayuma y su madre se reencontraron.

Dayuma había vuelto. Y tenía una historia maravillosa que contar. Había trabajado por muchos años con misioneros blancos para ayudarlos a aprender el idioma Auca.

-Escuché que nuestros Aucas mataron a cinco misioneros, dijo. –Les diré sus nombres. Eran Jim Elliot, Nate Saint, Ed McCully, Roger Youderian y Pete Fleming. Yo trabajé con Rachel Saint, la hermana de Nate, y con Betty Elliot, la esposa de Jim. Pensé que querían vengarse, Pero no fue así. Me dijeron que hay un Dios que ha creado a todas las personas y que las ama todas por igual, también a nosotros los Aucas. Nos amó tanto que envió a su hijo Jesucristo para morir por las cosas malas que hemos hecho. Nos perdonó, y quiere que nos perdonemos unos a otros. Ahora amo a Jesús, el Hijo de Dios, y me he hecho su seguidora. –

-¿Se ha acabado la venganza? –preguntó la madre de Dayuma.

-Sí, -dijo Dayuma. –La venganza se ha terminado para los cristianos. –

-Entonces quiero escuchar más sobre este Jesucristo. –dijo la madre.

Los otros querían escuchar más también. Y así fue que Dayuma, Mankamu, Mintaba y otros siete Aucas una vez más salieron para invitar a los misioneros para que fueran a enseñarles de Cristo.

La madre de Dayuma y otros Aucas construyeron dos chozas de paja para ellos y después esperaron y esperaron.

Finalmente, como la otra vez, un grupo de gente vino bajando por la senda de la selva y salieron al espacio abierto. Esta vez estaban con ellos tres personas blancas, Rachel Saint, Betty Elliot y una niñita llamada Valerie. Habían venido a traerles las buenas nuevas del amor de Dios.

## 72. DONA.

Alrededor del año 1965.

Dona se sentó en un tronco en la selva, mirando fijamente hacia adelante. No escuchaba nada. Ahora sabía que era verdad, su familia la había abandonado allí para que muriera en la selva, porque tenía lepra. Al principio intentaba escuchar y escuchar. Tal vez volverían. Pero todo estaba en silencio. No se oían pasos. El viento gemía entre los árboles.

Dona miró sus manos. Eran repugnantes. La lepra había reducido sus dedos a muñones. Miró sus pies. También eran repugnantes por la lepra. Los odiaba. Odiaba su cuerpo. Se odiaba a ella misma. Odiaba a su familia por haberla dejado allí para morir. Odiaba a todas las personas del mundo. Su odio se hizo tan grande que era más grande que ella misma. Se apoderó de ella y la mantenía sentada allí –sentada allí –sentada allí– como un tornillo, esperando que viniera la muerte.

Pero alguien más vino. Ella sabía que los caballos venían por el camino en la selva. Sabía que se paraban en frente de ella. Pero ella no miró hacia arriba. Oyó a los dos hombres en los caballos hablarle. –Madame, ¿cuál es el problema? ¿Por qué está sentada aquí? – Pero ella no contestaba. Los odiaba. Quería que se fueran para poder seguir con su trama de morir. Finalmente ella sintió que la levantaban a sus pies. Protestó, –Déjenme sola, –gritó. –Los odio. Quiero morir. –

Los hombres la pusieron delicadamente en uno de los caballos y la llevaron por millas hacia una estación para leprosos en el Kilómetro 81. Allí hubo enfermeras que cuidaron de ella. La bañaron. Se ocuparon de las llagas por la lepra. Le dieron comida para comer.

Dona no podía entender por qué la estaban cuidando cuando su propia familia la había abandonado. Un día, cuando el Doctor John Schmidt, uno de los hombres que la encontraron en la selva, le estaba dando un remedio, ella preguntó, –¿Por qué se toman la molestia de cuidarme? –

–Porque Dios quiere que lo hagamos, –dijo el doctor Schmidt. –Él te ama y quiere que vivas. –

Dona pensó mucho sobre ello. ¿Realmente Dios la amaba? ¿Realmente quería que viviera? La próxima vez que los pacientes se reunieron para tener una reunión en la iglesia, ella fue también. Tal vez podría descubrir más sobre Dios.

Dona aprendió a amar a Dios cuando oyó cómo había enviado a su único hijo para ayudar a la gente con sus problemas y mostrarles cómo es Dios. Finalmente, después de muchos años, decidió ser bautizada para mostrar que quería pertenecer al pueblo de Dios.

En el bautismo, le quería contar a toda la gente que la amaba, lo que le había pasado. Decía, –Cuando me trajeron de la selva, yo odiaba a todo el mundo, incluyendo los misioneros que querían salvarme. Les agradezco por la ayuda que me han dado físicamente, pero más que nada gracias por la luz

del evangelio que han traído a mi corazón y por la que pude encontrar a mi Salvador. -

### **73. LA BÚSQUEDA ENTRE LOS LADRONES**

El Señor Anuncio era un colportor. Su negocio era vender Biblias. Quería ayudar a que la mayor cantidad de gente posible tuviera una copia de la Palabra de Dios. Entonces el Señor Anuncio caminaba por las carreteras del campo de Paraguay, cargando su maleta llena de libros.

Un día se dirigió a un pequeño pueblo llamado Nogales. -¿Aquí es Nogales? -le preguntó a un grupo de niños que estaban jugando cerca de unas casas.

-Sí señor. -dijeron.

EL Señor Anuncio se sentó en un tronco para descansar antes de seguir. Les sonrió a los niños que estaban parados alrededor de él. - ¿Les gustaría escuchar una historia? -preguntó.

Los niños se amontonaron cerca y se sentaron en el suelo alrededor de él. ¡Por supuesto que querían escuchar una historia!

-Hace mucho, mucho tiempo, -comenzó el Señor Anuncio. Les contó una historia bíblica después de otra. Los niños siempre le suplicaban. -Cuéntanos otra. -

-Sólo una más, -decía finalmente el Señor Anuncio.

Esta vez les contó la historia de un hijo egoísta que tomó su parte de la herencia del dinero de su padre y se fue a un lugar muy lejos y gastó todo de forma insensata.

Mientras el Señor Anuncio estaba contando la historia, un hombre viejo vino lentamente de atrás y se quedó parado allí escuchando. Cuando la historia terminó y los niños se habían ido a jugar, el hombre le dijo tristemente al Señor Anuncio, -Mi hijo también se ha ido a un lugar lejos de aquí. Se ha ido a la gran ciudad. -

-Cuéntame sobre él. -dijo el Señor Anuncio.

Entonces el hombre le contó del muchacho al que amaba tanto. -Su madre y yo lloramos todo el día y toda la noche. Se fue después de la cosecha del azúcar y eso fue hace mucho tiempo. -

El Señor Anuncio pensó para sí mismo, -Iré a la ciudad e intentaré encontrar a este joven insensato. -

En vez de seguir adelante como había planeado. Inmediatamente volvió a la ciudad. Fue a ver a algunas personas que el hombre había nombrado y quienes se suponían eran amigos de su hijo. De ahí descubrió que el hijo estaba viviendo con ladrones, pero no sabían la dirección exacta.

El Señor Anuncio pensó y pensó. ¿Qué debería hacer ahora? Al final tuvo una idea. Fue a la parte de la ciudad donde había ladrones y se paró en una esquina. Después comenzó a contar la historia del hijo pródigo. Cuando la terminaba de contar en una esquina, seguía y la repetía en otra esquina. A veces se apoyaba en alguna pared en el medio de la cuadra y contaba la historia.

Cada vez que la contaba pensaba en el padre que vivía en el campo, anhelando que su hijo regresara. Y pensando en él, hizo que la historia se llenara del amor y deseo del padre por ver a su hijo, que incluso los ladrones que la escuchaban se llenaban de una sensación de respeto.

Una noche oscura cuando acababa de terminar de contar la historia, un papelito cayó a sus pies. Alguien lo había tirado desde una ventana justo arriba de él. En él el Señor Anuncio leyó, -Por favor suba hasta donde estoy, -EL Señor Anuncio se apresuró a subir por las oscuras escaleras y golpeó la puerta de la habitación a la que pertenecía la ventana que había estado justo sobre él.

En la habitación había un joven. Dijo, -Escuché tu historia. Es sobre un hombre como yo. –

-Cuéntame sobre ti, -le propuso el Señor Anuncio.

-Vivía en un pequeño pueblo llamado Nogales, -comenzó el joven. Los ojos del Señor Anuncio comenzaron a brillar, pero no lo interrumpió. –Tomé todo el dinero que había hecho en la cosecha de azúcar y todo lo que mi padre me daría, y vine a la ciudad. Pensé que me haría rico. Pero gasté el dinero de forma insensata. Mis amigos me ayudaron a gastarla, pero cuando ya no me quedaba dinero, ¡me dejaron tirado! –

Apoyó su rostro en las manos y se balanceaba de adelante hacia atrás. - ¡Qué necio! ¡Qué necio he sido! –

Esperó por un momento y después continuó. –Tenía vergüenza de volver a casa. Mi padre se enojaría mucho. Tal vez me rechazaría. Pensé que era mejor que él pensara que yo estaba muerto a ir a casa sin un peso. –

El Señor Anuncio tenía una expresión de simpatía en el rostro, pero no hizo preguntas.

-Esta noche, -siguió el joven, -escuché la historia que usted estaba contando allí abajo en la calle. El padre en la historia no estaba enojado. Aún amaba a su hijo. ¿Usted piensa... que hay una posibilidad de que mi padre me dé la bienvenida como el padre de la historia? –le preguntó al Señor Anuncio.

-Todas las posibilidades del mundo, -le dijo. –Todas las posibilidades del mundo. Después le contó al joven cómo había estado en Nogales y cómo el viejo padre se había arrastrado hasta allí para escuchar la historia, y le había contado cuánto anhelaba ver a su hijo. -¿Será que tu eres ese hijo? –preguntó el Señor Anuncio.

El joven se levantó y enderezó los hombros. Miró fijo a los ojos del Señor Anuncio. –Sí, soy yo. Y esta misma noche me voy de aquí y regreso a mi

padre. Encontraré un trabajo y trabajaré duro y probaré que estoy arrepentido de mi insensatez. –

-¡Muy bien! –dijo el Señor Anuncio. -¡Qué felicidad habrá en el pueblo de Nogales!

## **74. ROBERTO Y LOS CONEJOS.**

Alrededor del año 1970

En la hermosa Cordillera de los Andes, alrededor de tres millas del pueblo de Cachipay en Colombia, había una casa de adobe pequeñita. Allí es donde Roberto, que tenía nueve años, vivía con su familia.

El padre de Roberto había muerto, entonces la madre y los ocho niños estaban solos. El menor tenía apenas unos meses. ¿Cómo podrían ganarse la vida sin su padre?

La madre trabajaba arduamente en la pequeña granja. Roberto y sus hermanos y hermanas que tenían la edad suficiente, también trabajaban. Todos ayudaban a la madre a cultivar bananas, naranjas y café. Ayudaban a cargarlos en el burrito para llevarlos por la carretera de la montaña rocosa hacia el mercado.

Pero no importaba cuán duro trabajaran, nunca tenían suficiente dinero para comprar la comida que necesitaban. A veces se iban a dormir con hambre.

Un día el hermanito bebé se enfermó. Roberto veía la preocupación en el rostro de su madre mientras intentaba cuidarlo. El bebé estaba inquieto. Su cuerpecito estaba caliente por la fiebre.

-Madre, -preguntaba Roberto, -¿se va a morir nuestro bebé? –

-¡Oh, no! –dijo la madre ansiosamente. –Pero debemos llevarlo al doctor.–

Mientras los niños más grandes recogían el café, Roberto y su madre tomaron al bebé y lo llevaron de urgencia. Caminaron subiendo y bajando las montañas. Finalmente llegaron a la última colina y después estarían en el pueblo.

El doctor examinó al bebé. Le dio algo de remedio y una inyección. Después le dijo a la madre, -Señora Rojas, el bebé mejorará pronto. Pero tiene que tomar más leche y usted y sus hijos tienen que comer más carne. –

Roberto vio la expresión en el rostro de su madre cansada y dolida. Sabía que ella quería darles más leche y carne, pero ¿cómo podría hacerlo?

Mientras caminaban de regreso a casa, Roberto notó cómo los hombres de su madre decayeron. Su rostro estaba triste. –Está cansada. –pensaba. –El bebé es pesado. –

Seguía pensando sobre el problema. ¿Cómo conseguirían más para comer? Repentinamente le vino algo a la mente. El conocía a un hombre llamado Don Gene del Colegio Americano, en Cachipay. Don Gene le enseñaba a las

personas a cuidar conejos y cuando aprendían, les daba un par. Esto era para ayudar a que la gente consiguiera más carne para comer.

¡Por qué no, eso sería lo que tenía que hacer! Roberto estaba tan entusiasmado por su nueva idea que saltaba y saltaba por la carretera.

Esa tarde se apuró para hacer todas las tareas que le tocaban. Después le preguntó a su madre, -¿Puedo ir al Colegio? –

-Sí, -dijo su madre. –Me has ayudado mucho hoy. Ve y pásala bien. –

Roberto corrió todo el camino hacia el Colegio. Don Gene estaba con las jaulas de los conejos cuando llegó Roberto.

-¡Hola, Roberto! –dijo. -¿Qué puedo hacer por ti? –

Roberto le comentó su plan. –Me gustaría aprender a construir una jaula para conejos y a cuidar de ellos, -dijo.

Don Gene estaba contento de que Roberto había venido. Construyeron juntos una jaula para conejos. Después le dieron de comer a los conejos para que Roberto aprendiera cómo se hacía.

-Roberto, -dijo Don Gene, -Tengo el par de conejos perfectos para ti. Pero debes cuidarlos muy bien. Pronto tendrán cría. Cuando los conejos bebé sean lo suficientemente grandes debes dar dos de ellos. Tiene que ser una hembra y un macho y se los debes regalar a alguien más que necesite carne para comer.

Roberto lo prometió.

Esa noche Don Gene y Roberto cargaron la jaula con el par de conejos por los caminos, subiendo y bajando las montañas, hasta la casa de Roberto.

Roberto cuidó muy bien de los conejos. En pocas semanas, temprano en la mañana, Roberto tuvo una sorpresa. Cuando miró dentro de la jaula, vio cinco conejos pequeñitos juntos en el pequeño nido.

-¡Madre! ¡Madre! –gritó. -¡Ven a ver mis conejos bebés! –

Los conejos bebés crecieron rápidamente y cuando eran lo suficientemente grandes, Roberto hizo lo que Don Gene le había pedido. Roberto regaló dos conejitos, un par, a otra familia.

Pronto hubo más y más conejos. La madre preparaba las más deliciosas comidas con la carne de conejos. Ella, Roberto y sus hermanos y hermanas, ahora tenían toda la carne que necesitaban, y así también la otra familia, porque Roberto no se había olvidado de dar un par de conejos a otros que estaban en necesidad.

## **75. LA IMPORTANCIA DE CADA VIDA.**

Alrededor de 1930.

Susie Isaak era una buena enfermera. Trabajaba en un hospital en la ciudad de Filadelfia en Paraguay. Siempre estaba muy ocupada. Pero ahora estaba más ocupada que nunca. Una enfermedad llamada malaria había estallado en esa área, y más personas de las que podían atender venían al

hospital por tratamiento. Los doctores y los enfermeros estaban todos cansados.

Una noche cuando el doctor ya había ido a casa, la hermana Susie, como la llamaba todo el mundo, escuchó a alguien entrar al hospital con pasos muy acelerados. Era el misionero Gerhard Giesbrecht.

-Hermana Susie, -dijo sin aliento, -¿Aceptaría a un niño indígena enfermo? Los indígenas han incendiado y dejado su campamento porque alguien había muerto allí. Esa es su costumbre. Dejaron este bebé. ¿Podría tomarlo? –

-Sí, sí, por supuesto. –dijo la hermana Susie. –Tráeme al niño. –

El misionero Giesbrecht rápidamente se fue en su vehículo y pronto volvió con algo envuelto en su falda.

Las enfermeras corrieron al vehículo. –Por favor desenvuelvan al niño rápidamente. –dijo el señor Giesbrecht. –No sé si aún está vivo. –

La hermana Susie lo tomó en sus brazos y desenvolvió al niño. Aún respiraba, pero era pura piel y huesos. Nunca había visto un niño tan flaco como este. Lo llevó inmediatamente hasta una habitación y lo puso en una cama para niños. Era un niño de un año aproximadamente.

Con un cuentagotas la hermana Susie puso unas gotas de agua en su boca. El niño se movió un poco, pero las otras enfermeras dijeron, -Hermana Susie, no le puedes ayudar. Está muriendo. –

Susie sabía que las enfermeras debían ir a sus casas y descansar. Ella misma se quedó a cuidar del bebé indígena.

Hirvió algo de leche y cada pocos minutos ponía unas gotas en su boca. Al llegar el amanecer el bebé abrió los ojos por primera vez.

Cuando llegó el doctor para hacer sus visitas, la hermana Susie le contó del bebé indígena. Lo miró y después dijo, -Hermana Susie, ¿no tiene ya suficiente trabajo que hacer sin este niño? No tiene esperanza. No puede vivir. –

-Doctor, -dijo Susie. –Cada vida es importante. Tenemos que ayudarlo. –

-El hospital está lleno. –dijo el doctor de una forma seca. –Llévalo afuera inmediatamente. No permitiré que se quede aquí. –

Susie tomó al bebé en sus brazos. Lo llevó fuera de la habitación, preguntándose dónde pondría al pequeño. Sus pasos la llevaron hasta el lavadero. Agarró un cesto de ropa y lo puso ahí. Llevó el cesto hasta la entrada principal y lo puso en una silla. Cuando venía la noche lo llevaba adentro del lavadero.

La primera noche, cuando el doctor ya se había ido a su casa y a los otros pacientes se les había dado todo el cuidado necesario, Susie fue despacio hacia la sala de operaciones. Abrió una gran ventana y se arrodilló al lado. Las estrellas brillaban y centelleaban en el cielo azul aterciopelado. Miró hacia arriba y oró, -Señor, tú sabes que me he llevado a este niño porque yo creo que quieres que viva. Ayúdame. Muéstrame qué hacer. Necesitarán el cesto en el lavadero y no tendré dónde poner al niño. –

Susie se levantó de sus rodillas, aliviada. Sabía que su oración había sido contestada. El Creador de los cielos y la tierra proveería para el niño.

Un día, al poco tiempo, dos estudiantes del liceo fueron al hospital llevando un cesto para bebé. Tenía un buen colchón y un hermoso tul como mosquitero para ahuyentar a los mosquitos. Los estudiantes dijeron, -Nuestra vecina se enteró de que tenías un bebé indígena en el hospital y pensó que podrías usar el cesto de su bebé. –

Susie les agradeció. No le había dicho a nadie más de su necesidad. Sabía que había sido la respuesta a su oración.

Las enfermeras pusieron al bebé en el cesto bonito. Ningún bebé de allí había tenido nunca una camita tan hermosa.

El misionero Giesbrecht visitaba al bebé frecuentemente. Le rogó al doctor que lo revisara y que prescribiera una receta para su alimentación. Finalmente el doctor accedió. Después de eso el bebé se fortaleció y creció cada día más. Pronto se podía sentar y comenzó a jugar.

Llegó el tiempo cuando una pareja de apellido Teichrieb, acogió al niño indígena en su casa como si fuera suyo. Lo llamaron Hans.

El pequeño Hans Teichrieb pronto aprendió a hablar. Más adelante fue a la escuela del pueblo donde aprendió alemán como todos los otros niños del pueblo. Aprendió las historias de la Biblia. Aprendió a conocer y amar a Dios.

La hermana Susie lo vio crecer y convertirse en un joven. Estaba feliz cuando le iba bien en la escuela y cuando más adelante decidió seguir a Cristo. Finalmente se convirtió en un maestro y pastor en su propia comunidad de indígenas y llegó a ser el alcalde de su asentamiento.

Pasaron los años y la señora Susie ya era muy, muy mayor, pero siempre estaba encantada de ver a Hans Teichrieb. Aún recordaba cuando le había tenido en sus brazos de pequeño. Le agradecía a Dios por el milagro de su vida.

## **76. ¿A QUIÉN LE IMPORTA?**

Alrededor de 1930

John puso su toalla en la barra que había a los pies de su cama, colgó su cepillo de dientes en el clavo, y se metió bajo las sábanas. Casi que no podía esperar a que todos los muchachos de la habitación estuviesen callados para simplemente estar allí acostado y pensar.

Ahora, ¿qué era lo que el tío Frank, quien estaba encargado de los niños, había dicho antes de haber orado con ellos? -¡A Dios le importa cada uno de ustedes! Le pueden contar lo que los tiene preocupados. – Y después el tío Frank habló con Dios como si estuviese allí mismo en la habitación.

John nunca había oído tal cosa antes. ¿Realmente le podría contar a Dios cómo se sentía sobre el hecho que tanto su madre y su padre lo hayan

abandonado? Si su madre no se preocupaba por él, ¿cómo podría saber por cierto de que a Dios sí le importaba?

John decidió que no le contaría a Dios. Dudaba de que a Dios le importara escuchar sus problemas. Y de todas formas, ¿cómo sabría que Dios realmente escuchaba lo que él decía?

Al día siguiente John casi se había olvidado de su dolor. Había tantas cosas interesantes para ver en el internado llamado Academia Los Pinares, a donde su padre lo había llevado. Estaba Amos, el burro de la escuela, y Tiki, la pequeña mona. A John le gustaba darle bananas porque después lo abrazaba. Se sentía extraño tener sus brazos peludos alrededor de su cuello, pero era divertido. Y los muchachos le mostraron el castillo que estaban construyendo detrás de la escuela. El les podría ayudar.

Pero cuando vio la gran bandada de loros volar sobre ellos, deseó poder volar con ellos de regreso a su casa. Y en la escuela cuando la maestra dejaba de hablar, recordaba a su madre y se preguntaba si ella pensaría en él alguna vez. ¿Le importaba eso a Dios? Aparentemente el tío Frank pensaba que sí.

Un día John escuchó a los niños gritar, -¡El tío Paul viene! ¡El tío Paul viene!-

-¿Quién es el tío Paul? -logró preguntar John mientras corrían hacia el vehículo que doblaba entrando por el portón.

-Es nuestro dentista. -dijo jadeando uno de los que corría a su lado.

John no podía entender por qué alguien estaría tan ansioso de ver a un dentista, pero ya que todos corrían, él también siguió.

Pronto descubrió que el tío Paul, el dentista, por lo general se quedaba varios días y los niños lo amaban tanto porque les contaba historias después de la cena. John nunca había escuchado historias tan increíbles. Había historias sobre animales, niños y niñas, e historias de gente que conocía a Dios hace mucho tiempo atrás.

Un día, después de que el tío Paul contara una historia, dijo, -A Dios le importan todas las personas. Ustedes le son importantes. -

¡Ahí estaba de nuevo! A Dios le importaban todas las personas como el tío Frank lo había dicho.

Esa noche, cuando el tío Frank fue a darles las buenas noches y a orar con ellos, paró frente a la cama de John y pasó sus manos cariñosamente por su cabello. De repente John pensó, -Al tío Frank le importo. -Lo hizo sentir bien y feliz interiormente.

John pensó mucho esa noche en su cama. Antes de que se diera cuenta, terminó contándole a Dios todo sobre su madre y su padre. Le contaba a Dios sobre sí mismo y cuánto extrañaba su hogar.

Sabía que Dios estaba escuchando. Sabía que a Dios le importaba.

## 77. ÉRAMOS EXTRAÑOS Y SIN EMBARGO NOS DEJARON ENTRAR.

Año 1981.

Un grupo de alrededor de treinta estudiantes del seminario Menonita de Asunción, Paraguay, junto con sus directores musicales, David y Alice Suderman, estaban camino a la colonia Friesland para dar un concierto. Acababan de estar en Volendam y ahora su ómnibus estaba deslizando y resbalándose lentamente por un camino lleno de barro hacia su próximo destino.

Estaba lloviendo. El conductor estaba manejando bastante bien al ómnibus, pero a medio camino hacia Friesland había una barricada. La carretera estaba cerrada. Todo el tráfico tuvo que detenerse por el barro que había.

¿Y qué ahora? Afortunadamente al conductor le permitieron llevar al ómnibus hacia un pueblo paraguayo llamado Rosario, pero ¿dónde conseguirían comida? ¿Dónde conseguirían alojamiento? No conocían a nadie en ese lugar. ¿Tendrían que quedarse en el ómnibus hasta que parara de llover? Eso podría significar varios días y varias noches. Definitivamente no había forma de llegar a Friesland a tiempo para el programa.

El ómnibus se detuvo en frente de un restaurante pequeño, pero era demasiado chico para todo el ómnibus. Gerhard Penner, el responsable de buscar comida y alojamiento en el viaje, decidió salir y ver si podía encontrar algún otro lugar donde pudieran comprar algo para comer. Después de una hora o dos regresó al ómnibus lleno de gente con hambre y dijo haber encontrado otro restaurante pequeño. Si se dividían en ambos restaurantes todos conseguirían algo para comer.

Resolvieron el primer problema. ¿Pero dónde se quedarían durante la noche? No había hoteles en el pueblo. En el autobús había cuatro parejas de estudiantes con niños. Había bebés pequeños y dos de ellos apenas pasaban el año. El Doctor y la señora Suderman eran una pareja de ancianos. ¿Se tendrían que sentar en el autobús toda la noche?

Gerhard Penner llamó a la colonia Volendam, donde habían estado para ver si la gente allí les podía ayudar. Sí, estarían más que encantados de hospedarlos a todos, dijeron, pero a causa de la barricada solo podían ir a buscarlos desde siete kilómetros de Rosario. Si alguno quisiera caminar tan lejos a través de la lluvia y el barro ellos los irían a buscar de allí.

Algunas de las personas posiblemente no podrían caminar. Gerhard Penner intentó alquilar un carro de caballo, pero no pudo encontrar ninguno. Finalmente quince estudiantes decidieron caminar para ser recogidos por la gente de Volendam. Los otros decidieron quedarse en el autobús.

Gerhard Penner y el conductor salieron para ver si podían encontrar alojamiento para los otros. Se fueron por un largo rato. Y finalmente regresaron.

Gerhard estaba contento, -¡Tengo buenas nuevas! -dijo. -Fuimos a ver al alcalde del pueblo y dijeron que tienen una casa de huéspedes aquí que construyó un empresario alemán para sí mismo hace un tiempo y que dejó al pueblo cuando se fue. El alcalde dijo que éramos bienvenidos a quedarnos allí. -

-¡Eso es maravilloso! –dijeron los que estaban en el autobús. Todos salieron de inmediato y caminaron tres cuadras hacia la casa de huéspedes.

Pero, cuando apenas estaban mirando los cuartos, un paraguayo les pidió a los Suderman que lo siguieran. No se quedarían en esa casa. ¿Qué significaba esto? Los Suderman caminaron por la calle con el hombre. Los llevó directamente a la casa del alcalde.

El alcalde, el señor Caballero, estaba parado en la puerta. Extendió su mano y dijo amablemente, -¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! ¡Se quedarán aquí! –

Los llevó a una habitación extra que tenían y dijo, -Dejen sus maletas y vengán a la sala de estar con nosotros. Tenemos algunos invitados. –

La señora Caballero no estaba en casa aún. Ella no sabía lo que había pasado. Para ese entonces el señor Caballero ya había invitado a Gerhard Penner con su esposa y su hijo pequeño a quedarse también. ¿Qué diría la señora Caballero cuando viera todos estos invitados que se quedarían durante la noche?

Cuando entró y le dijeron lo que había sucedido, ella de inmediato le dijo a la señora Suderman, -Ven conmigo. No quiero que te quedes en la habitación extra. Te quedarás en nuestra habitación. Está cerca del baño y va a ser más cómoda para ustedes. –

Puso sábanas limpias en su cama e insistió en que los Suderman se quedaran en su habitación.

Los Suderman estaban abrumados. ¡Nunca habían visto a estas personas antes y sin embargo les estaban mostrando tanta amabilidad!

A la mañana siguiente la señora Caballero preparó el desayuno para todos y después los Suderman y los Penner fueron a estar con los otros en la casa de huéspedes.

Pero esto no fue de ninguna manera el final de su feliz experiencia en el pueblo de Rosario. Cerca de la tarde de repente notaron que había gente trayendo una gran parrilla, carbón y mucha carne. Resulta que era un día festivo y la gente del pueblo decidió celebrar cerca de la casa de huéspedes para que los visitantes los pudieran acompañar.

Todos la pasaron bien. Después de comer las personas siguieron charlando por un buen rato. La gente de Rosario sabía que era un grupo coral y les pidieron que cantaran. Sólo estaba la mitad del grupo, pero ¡Nunca habían cantado con tanta calidez y gratitud!

-Esta noche deben venir a mi parroquia y cantar allí para mi gente. –dijo el sacerdote.

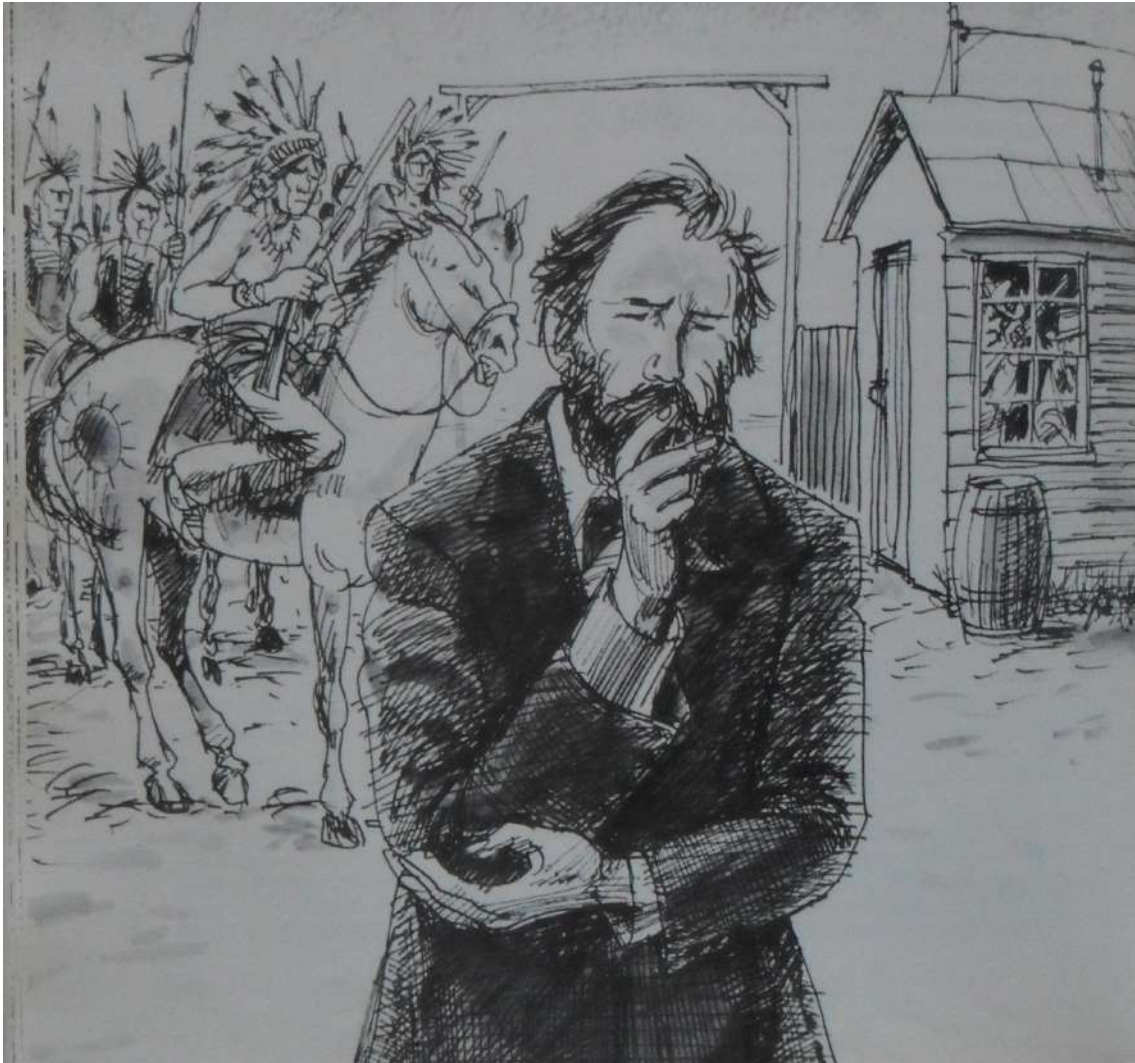
Entonces esa noche el grupo coral fue a la casa parroquial. La gente se reunió rápidamente. Los que no entraban, se quedaron parados afuera. Al otro lado de la calle la gente abrió sus puertas para escuchar mejor.

Después de cantar, la gente inmediatamente repartió dio gaseosas a los invitados. Después el sacerdote dijo al señor Suderman, -¿Cuándo pueden venir a enseñarle a cantar a nuestra gente? Nos encanta cantar. Queremos organizar un festival de canciones. ¿No podrían venir a ayudarnos? –

Como aún estaba lloviendo el coro se quedó en Rosario una noche más. Finalmente al día siguiente se despejó. Se les unió el grupo que había vuelto a Volendam y pudieron irse. Les dijeron adiós a sus nuevos amigos. ¡Qué bien que la habían pasado! Era difícil creer que hacía solo dos noches, cuando llegaron al pueblo sin conocer a nadie.

Cuando comenzaron el viaje de regreso un estudiante dijo suavemente, -Éramos extraños y sin embargo nos recibieron. –

## Las Buenas Nuevas en Norteamérica



### 78. UNA HISTORIA CHEYENNE

Muchos años atrás, los Cheyenne, o Sisistas, como se llamaban a sí mismos, se mudaron de una zona al norte del continente hacia otra. Un día un pequeño grupo de Sisistas salió delante del cuerpo principal de la tribu. Sabían que tal vez estaban entrando sin permiso en la zona de caza o el territorio de otras personas, por eso fueron muy cuidadosos.

De pronto se encontraron con algunas personas que los habían estaban observando. Se detuvieron al instante. Pensaron que seguramente serían atacados. Habían entrado sin permiso en la zona de caza o el territorio de esta gente, entonces suponían que serían expulsados de allí. Los dos grupos estaban separados.

Finalmente uno de los Sisistas dijo algo a uno de los hombres que estaba con él. Los otros grupos también comenzaron a hablar entre ellos. En cada grupo

estaban hablando entre ellos. De alguna manera empezaron a escucharse entre ellos. Para su sorpresa, ¡se dieron cuenta de que ambos grupos hablaban el mismo idioma! Los Sisistas y los Sotai, como se llamaba el segundo grupo. A pesar de que eran completamente extraños los unos para los otros, eran dos grupos de Cheyenne.

Al principio se tenían miedo. Ambos pensaban que el otro comenzaría a luchar. Pero ya que hablaban el mismo idioma empezaron a comunicarse entre ellos. Eran dos culturas distintas pero cada grupo aceptó una parte de lo que el otro tenía que ofrecer. Al final ambas culturas se fusionaron. Lo mejor de los Sisistas y de los Sotai dio lugar a una amistad larga entre estos dos grupos de personas. Durante décadas y siglos han estado caminando por los caminos de la vida juntos.

Muchos años atrás un misionero de Kansas, J.B. Ediger, llegó a lo que hoy se conoce como la Comunidad Indígena de Clinton. Entró en una cultura completamente diferente a la que su familia estaba acostumbrada. ¿Cómo reaccionaría la gente a este hombre blanco? Era una época muy complicada. El gobierno recientemente había disuelto sus reservas. Los Cheyenne habían sufrido mucho por manos de los blancos.

Pero los Sisistas recordaban su historia. Se acordaban de cuando conocieron a los Sotai, un grupo de personas desconocidas para ellos, pero que se hicieron amigos cuando comenzaron a escucharse.

Entonces los Cheyenne le dieron la bienvenida al misionero. Para ellos los nombres son muy importantes y de gran significado para su cultura, entonces decidieron darle un nombre a este misionero.

¿Qué tipo de nombre debían ponerle? Decidieron nombrarlo Sotai, como se llamaban las personas que se habían hecho sus amigos hace mucho tiempo y que ahora eran uno con ellos.

“Sotai” vivía entre ellos. Aprendió su idioma. Amaba tanto a los Cheyenne que les mostró las buenas nuevas de Jesucristo en palabras y hechos durante cuarenta años. Se hizo parte de ellos, al igual que la tribu Sotai lo había hecho hacía mucho tiempo atrás-

## **79. ¿POR QUÉ FALLÓ?**

Alrededor del año 1880.

Samuel S. Haury fue al territorio indígena de Arapaho en Oklahoma como un misionero en el año 1880. Quería contarles a los indígenas que Dios ama a todas las personas en el mundo, y desea que lo amen también.

Un domingo en la mañana Samuel y otro misionero, D.H. Hirschler, estaban enseñando en la escuela dominical. Todo estaba en paz en la pequeña habitación mientras Samuel les contaba a los niños indígenas sobre Jesús. Pero de pronto Samuel Haury se detuvo y escuchó.

Creyó haber escuchado el golpeteo de cascos de caballos y gritos a la distancia. Toda la clase se veía sorprendida.

Samuel se fue hacia la ventana justo en tiempo para ver a tres hombres entrar al galope por el portón. Un grupo de indígenas a caballo estaban siguiéndolos de cerca.

-Sálvenos, sálvenos, -gritó uno de los hombres blancos.

Samuel salió corriendo, dejando a la clase con el señor Hirschler. Para ese entonces los hombres habían saltado de los caballos y corrido hacia una de las casitas en el patio, cerrando la puerta.

Los indígenas entraron abruptamente al patio y detuvieron sus caballos frente a Samuel.

-Esos hombres mataron a Running Buffalo (el nombre del indígena) –dijo lento y claro Left Hand Bull, su líder.

Samuel estaba sorprendido. Running Buffalo era su amigo. Había cenado con él el día anterior. Era claro que los indígenas matarían a estos hombres de tez blanca por lo que habían hecho. También era claro que estos hombres blancos habían venido a él para ser protegidos. ¿Qué debía hacer?

El misionero Haury sabía que tenía que intentar que se entendieran entre estos dos grupos. Tenía que evitar que corriera más sangre.

-¿Qué pasó? –le preguntó a los indígenas. –Estos tres vaqueros estaban llevando varios ponis hacia el norte. –dijo Left Hand Bull. –Querían llevarlos a través de la tierra de Running Buffalo. Cuando llegaron allí, Running Buffalo les pidió que le dieran dos caballos como forma de pago para que pudieran pasar por allí, pero se negaron a pagar. En vez de pagar, le dispararon a Running Buffalo. Ahora nosotros mataremos a los vaqueros blancos. –

Los indígenas estaban a punto de copar el edificio donde se estaban escondiendo los vaqueros, pero Samuel los detuvo. –Debemos encontrar una forma de resolver este problema, Déjenme hablar con los vaqueros. –

Los tres hombres estaban temblando de miedo cuando Samuel Haury se acercó a ellos.

-Díganme qué sucedió,-dijo el misionero.

-Estábamos llevando cuatrocientos ponis hacia el norte, a Kansas, -dijo E.M. Horton, el líder. –El río por el cual se cruza usualmente estaba crecido, así que teníamos que tomar la ruta que pasa por la tierra de Running Buffalo. El exigió dos caballos. Eso es una tontería. Se lo dijimos, y de la nada disparó. Entonces nosotros disparamos en respuesta y lo matamos. –

-Los amigos guardaespaldas de Running Buffalo salieron tras nosotros inmediatamente, -dijo uno de los otros vaqueros jadeando. –Todos los ponis se dispersaron por la pradera. Apenas pudimos escapar. –

-Los indígenas quieren vengarse. Los matarán, a no ser que encuentren una manera de reconciliarse. –dijo el misionero Haury. –Intentaré convencerlos de que bajen las armas y que hablen con ustedes. –

-De ninguna manera, -dijo E.M. Horton. –Sabíamos que aquí en este pequeño lugar había una oficina de telégrafos en la época en que fue un cuartel militar. Ya nos hemos comunicado con los soldados de Estados Unidos que están en Fort

Reno para que vengan y nos ayuden. Están en camino. Estaremos bien si usted puede hacer que los indígenas se queden ahí por un rato hasta que lleguen. –

-No, no, -dijo el misionero Samuel. –Debemos llegar a un acuerdo. –

Salió rápidamente hacia afuera y cerró la puerta.

-Mis amigos, -dijo Samuel a los indígenas. –Ustedes saben que Running Buffalo era mi amigo. Estoy muy triste de que haya fallecido, Pero no quiero que se mate a más gente y que comience otra guerra. ¿Podrían dejar las armas dos de sus líderes y venir conmigo al medio de patio a hablar con los vaqueros? Voy a intentar que ellos también dejen sus armas y vengan hasta allí. –

Los indígenas quedaron cayados un momento. Después los dos líderes bajaron sus armas y fueron con el misionero Haury hacia un lugar cerca de la oficina de telégrafos, donde estaban los vaqueros encerrados.

-Señor Horton, -lo llamó Samuel. –Baje su arma y venga a discutir el problema. –

-No, no bajaré mi arma y no saldré. –gritó E.M. Horton. –Los indígenas nos han hecho perder cuatrocientos ponis y no negociaremos. Los soldados estadounidenses se comunicarán con ellos a través de las armas. –

El misionero miró a los indígenas. -¿Estarías dispuesto a reunir a todos los ponis y ponerlos en un corral aquí, hasta que podamos solucionar toda la situación? –

Los indígenas respetaban a Haury. Sabían que era su amigo. Después de discutir un largo rato algunos de ellos se fueron y al tiempo trajeron todos los ponis al corral.

Mientras tanto, durante esa larga tarde de domingo, los indígenas apuntaban con sus armas hacia la oficina de telégrafos y los vaqueros tenían sus armas preparadas adentro.

Samuel Haury iba y veía. Era una agonía. ¿Podría prevenir que hubiese otra guerra entre los indígenas y los blancos? ¿Llegarían los soldados norteamericanos antes de que los indígenas mataran a los tres hombres que estaban en la oficina de telégrafos? ¿Qué le harían los soldados a los indígenas?

Finalmente llegó la caballería estadounidense.

-¿Cuál es el problema? –preguntó el capitán. El misionero le explicó lo que había sucedido.

Las dos partes insistían en que la otra había empezado todo. Sin embargo algo era seguro. Los tres vaqueros habían matado a Running Buffalo, entonces detuvieron a los asesinos para juzgarlos en la corte.

El capitán negoció con los indígenas buscando un acuerdo justo. Finalmente el líder de los indígenas, Left Hand Bull, aceptó la mitad de los caballos del señor Horton para terminar con el problema.

El misionero Haury estaba aliviado. Parecía que todos iban a tener el trato justo. Pero había más.

E.M. Horton fue juzgado en una corte civil en Wichita, Kansas. El jurado dijo que no era culpable, a pesar de que no había duda de que había matado a Running Buffalo. No sólo eso. El gobierno dio la orden de que los caballos que

se les habían dado a los indígenas para arreglar la cuestión fueran devueltos a Horton.

El misionero Haury, quien había ido a declarar en el juicio, regresó a la estación misionera afligido. No había logrado que los indígenas se reconciliaran con los blancos. No se había hecho justicia. Los indígenas aún estaban enojados, y los vaqueros blancos no se arrepintieron. Quería llevarles las buenas nuevas del amor de Dios a los indígenas, el amor que es para todos de forma igual. Pero algo estaba fallando. ¿Qué estaba fallando?

## **80. EN SU PROPIO IDIOMA**

(Rodolphe Petter).

Entre los años 1865 y 1947

En Suiza, hace más de cien años atrás vivía un niño llamado Rodolphe Petter. Una noche cuando tenía diez años se despertó por el ruido de la campana del pueblo, En la tranquilidad que siguió a ese sonido, sintió muy claramente que Dios lo estaba llamando. Él le respondió, diciéndole a Dios que quería hacer todo lo que Él quisiera que haga.

Poco tiempo después, el hermano de Rodolphe, Auguste, tuvo un sueño. Fue hacia Rodolphe en la mañana y dijo, -Rodolphe, tuve un sueño sobre ti. Te veía parado frente a un gran grupo de indígenas predicándoles en su idioma. – Rodolphe siempre se acordaba de este sueño. Era muy importante para él. Creía que era la manera que Dios estaba usando para decirle lo que debía hacer.

Entonces Rodolphe se preparó para ser un misionero. Primero que nada tenía que estudiar alemán para entrar en el instituto de misiones. Había crecido con el francés. Después estudió hebreo, griego, latín, teología y medicina. Finalmente él y su joven esposa, Marie, fueron a Norteamérica. Tenían que aprender inglés.

En 1881 Rodolphe y Marie fueron ordenados como misioneros en Halstead, Kansas, y fueron a Oklahoma para comenzar su trabajo. Su primera tarea fue aprender el idioma de los Cheyenne. Ese idioma era mucho más difícil que cualquiera de los otros que había aprendido, porque aun no se escribía. Para poder aprender más rápido, los Petter vivieron en unas carpas con la gente que hablaban el idioma, para poder hablar con ellos. A medida que lograban dominar el idioma iban traduciendo partes de la Biblia y también armaban una Gramática Cheyenne y un diccionario Inglés - Cheyenne. Les costaba esperar el momento para poder llevar las buenas nuevas de Jesucristo a los Cheyenne que vivían en Oklahoma.

Finalmente pensaron que podían intentarlo. En un carro tirado por dos mulas, partieron a través de la pradera interminable para visitar los asentamientos de los Cheyenne a lo largo de Deer Creek, y los ríos Washita y el Canadiense. Hacía calor y era difícil encontrar agua.

Los Petter se preocuparon al acercarse al campamento Washita. Habían escuchado que los indígenas viviendo allí no eran amigables con los blancos. Sin embargo fueron directamente a la carpa del Jefe Luna Roja.

Luna Roja salió, caminó decididamente hacia ellos y se detuvo allí.

El señor Petter habló con tranquilidad en el idioma Cheyenne. Le preguntó, -¿Eres tú el Jefe Luna Roja? Nos gustaría armar nuestra carpa en su campamento.-

-¿Usted quién es? –preguntó el Jefe. -¿Cómo es que usted, un hombre blanco, habla Cheyenne? –

Pero antes de que el señor Petter pudiera contestar, el Jefe Luna Roja sonrió. Dijo, -Sé que eres un amigo. Nuestra gente en Cantonment me lo ha dicho. Quédense en paz en nuestro campamento. –

¡Cuán aliviados estaban los Petter! Armaron su carpa. Los indígenas les trajeron comida y agua. Los Petter se sentaron afuera para cenar. Pronto los niños del campamento se acercaron más. Querían ver a esta gente extraña. Señalaban el pelo que había en el labio superior (el bigote) del señor Petter y murmuraban.

Pero el Jefe Luna Roja vino y vio lo que sucedía. –Niños, no molesten a estas personas, -dijo con firmeza. –Un buen Cheyenne no mira a las personas cuando comen.

A la mañana siguiente el jefe Luna Roja y algunos líderes fueron a la carpa de los Petter, Se sentaron y fumaron de la pipa de la paz. Después el Jefe preguntó, -¿Por qué han venido a nosotros? –

-Hemos atravesado las grandes aguas para contarles sobre Dios en su propio idioma, -dijo el señor Petter.

-Bueno, -dijo el jefe. –Escucharemos lo que tienen que contarnos sobre Dios. Nos encontraremos esta noche en el bosque que está cerca de aquí y podrán hablar –

Esa noche los Petter fueron al lugar que les había indicado el jefe. El Jefe Luna Roja y sus hombres estaban sentados alrededor de una gran fogata bajo los árboles altos. Estaban fumando la pipa de la paz, pasándosela unos a otros. Sobre ellos, el cielo estaba lleno de estrellas.

El Jefe presentó al señor Petter y después éste les leyó algunos de los pasajes de la Biblia que él había traducido al idioma Cheyenne. Todos escucharon atentamente. Era la primera vez que escuchaban la palabra de Dios en su idioma. EL señor Petter les dijo que el mensaje que tenía era que Dios amaba a todas las personas, sin importar su raza. Todos inclinaron sus cabezas para hacer una oración de cierre.

El Jefe Luna Roja le agradeció al señor Petter. Le pidió que volviera y siguiera explicando el mensaje que había traído. Después fumaron de nuevo la pipa de la paz. Cada hombre tomaba algunas bocanadas después la pasaba a otro. A través de las nubes de humo llegaban las mujeres con comida. Le sirvieron a todos venado y pan frito de los indígenas. Después se fueron en paz.

Por muchos años Rodolphe y Marie Petter seguían llevando a los indígenas más partes de la Biblia que habían traducido. Cada año hablaban un poco mejor

el idioma Cheyenne, entonces podían explicar mejor también el significado de los mensajes.

Ese fue el comienzo del trabajo misionero de Rodolphe Petter, que duró cincuenta y seis con los Cheyennes del sur y norte de Oklahoma y Montana. Estuvo entre ellos muchas veces, como lo había soñado su hermano Auguste. Y le hablaba a los Cheyenne en su propio idioma.

## **81. UN PÚLPITO, UN ÓRGANO Y UNA ESTUFA.**

Nubarrones enormes se estaban juntando en el cielo sobre el pequeño asentamiento Cheyenne en Busby, Montana. Los truenos retumbaban de forma siniestra a través del cielo y los relámpagos, que cada vez eran más, iluminaban las pequeñas casas agrupadas en torno a una iglesia. Las personas ya habían entrado en sus refugios y estaban nerviosas, mirando si veían aparecer algún embudo de un tornado en las nubes.

Repentinamente, sucedió. El tornado arrasó con Busby en medio minuto, dejando solamente desastre. No murió nadie, pero cuando salían de los refugios pudieron ver que la iglesia había desaparecido.

Todos fueron en silencio y se pararon en el lugar donde solía estar el edificio. Un hombre dijo, -La iglesia ha sido destruida. El Gran Espíritu está enojado porque no se ha enseñado la religión Cheyenne aquí. -

Muchos de los que eran parte de la comunidad Cheyenne asintieron con la cabeza. Había un murmullo de aprobación en la multitud.

Pero una mujer caminó lentamente hacia el lugar donde antes se encontraba la iglesia, donde había recibido muchas bendiciones de Dios, del gran Padre celestial.

Señaló al púlpito, el cual el tornado, misteriosamente, dejó en su lugar.

-Miren, -dijo. -El púlpito se mantiene en pie. Es porque aquí se habló la verdadera palabra de Dios. -

Caminó hacia el órgano, que estaba a salvo. -Y este órgano nos ayudó a cantar alabanzas a Dios, -dijo. -Fue dejado a nosotros para que podamos seguir usándolo para la gloria de nuestro Padre celestial. -

Después miró hacia la estufa, que estaba sola en los restos de la cocina. -De ese horno salía fuego, -continuó. -Es el símbolo del Espíritu Santo. Debemos seguir construyendo la Iglesia de Jesucristo en este lugar. Dios nos ha mostrado claramente que su bendición está sobre nosotros. -

Todos quedaron en silencio. Había mucho que pensar. La iglesia en Busby se construyó nuevamente.

## 82. UN CACIQUE DE PAZ

(Lawrence Hart).

Había una vez un pequeño niño Cheyenne llamado Black Beaver (Castor Negro). Su nombre inglés era Lawrence Hart. Pero su abuelo lo llamaba Black Beaver.

Black Beaver amaba a su abuelo y se crió en su casa. El anciano era un jefe Cheyenne y le contaba muchas historias a su nieto. Habían sido muy valientes. Los soldados de su tribu habían luchado con mucha audacia. Pero los más valientes, decía su abuelo, eran aquellos jefes que creían en la paz. A Black Beaver le encantaba escuchar hablar a su abuelo sobre los jefes de paz, pero lamentaba que ya no hubiese soldados valientes de su tribu. Le hubiese encantado convertirse en uno de ellos.

Un día Black Beaver estaba cosechando algodón y hacía calor. Finalmente se recostó sobre su bolsa de algodón para descansar un rato y mirar el cielo azul. De repente escuchó un sonido rugiente. ¡Un grupo de aviones pasó volando sobre él y desapareció en la distancia!

En ese instante Black Beaver supo lo que quería hacer. Se convertiría en Lawrence Hart, el gran piloto, y lucharía como un valiente soldado Cheyenne lo hubiese hecho en el pasado.

De manera que el joven Lawrence trabajó para convertirse en un piloto. Sabía que tenía que ir a la universidad para conseguir la capacitación necesaria. Arthur Friesen, el pastor de la iglesia de su localidad en Clinton, Oklahoma, lo animó a ir a la Universidad de Bethel (Bethel College)

Pronto descubrió que en la Universidad Bethel hacían mucha promoción por el servicio a otros y el hacer la paz. Había mucha gente que, por su manera de vivir mostraba su vida cristiana y que esto era muy importante para ellos. Pero Lawrence no le prestó mucha atención a eso. Después de todo, ¿no iría al ejército y se convertiría en un gran piloto?

Durante el segundo año en la universidad, Lawrence conoció a un estudiante llamado Larry Kaufman. Estaban en la misma clase y vivían en la misma habitación. Se hicieron buenos amigos.

Larry le contó a Lawrence su sueño de hacer trabajo misionero. Estaba en contra de la guerra y de la violencia. Quería ser un pacificador. Lawrence a su vez le contó a Larry su sueño de querer ser un piloto en la fuerza aérea. Quería que los miembros de su tribu estuvieran orgullosos de él. Sus sueños eran opuestos. Pero eso no importaba, aun así Larry y Lawrence eran amigos. Se escuchaban el uno al otro. Se respetaban.

Después de dos años, los dos jóvenes partieron en direcciones opuestas. Larry se fue a África con la Misión al Interior del Congo (Congo Inland Mission) y Lawrence comenzó a estudiar para ser un piloto.

Trabajó duro, estaba determinado. Estudió matemática y física, también hidráulica. Estudió todos los sistemas tecnológicos que componen un avión. Finalmente alcanzó su meta. Se convirtió en un piloto, un piloto de avión de

combate. Después fue piloto de armas especiales y fue alumno de quienes fueron los mejores aviadores durante la Guerra de Corea.

Los pilotos que los estaban enseñando cómo lanzar armas de destrucción, les mostraron una película. La película mostraba cómo habían derribado a los aviones y a los pilotos. Las escenas eran horribles. Muchos de los estudiantes estaban escandalizados, cuando vieron cómo era matar a gente.

Lawrence sabía que como piloto en una guerra les dispararía a mujeres, a niños y a otra gente inocente, al igual que su propia gente Cheyenne había sido brutalmente derribada por soldados en varias ocasiones en la historia de Estados Unidos. Lo hizo pensar. ¿Realmente quería hacer esto? En medio de su lucha, se enteró de una triste noticia. Su amigo, Larry Kaufman, había muerto en África mientras hacía su trabajo misionero de paz en el nombre de Cristo.

Todos sus recuerdos de Larry rápidamente pasaron por su mente, todo por lo que su amigo había luchado, todas las cosas buenas que esperaba hacer. Lawrence sabía que el amor de Cristo que había motivado a Larry era algo que también él deseaba tener. Los grandes ejemplos de los jefes de paz, de los cuales su abuelo le había contado vinieron a su memoria. Lawrence Hart había recibido una nueva visión.

Salió de la fuerza aérea lo más pronto que pudo. Estudió para ser un pastor cristiano y se hizo pastor de su iglesia local. Su tribu le tenía sumo respeto y lo pusieron como jefe Cheyenne. A través de su vida Lawrence mostró que muchas de las tradiciones de su gente y su perspectiva de vida coincidían con lo que Cristo había enseñado. Era un Cheyenne tradicional y al mismo tiempo un cristiano comprometido.

El pequeño niño, Black Beaver, se había convertido en Lawrence Hart, un cacique de la paz. En la ceremonia en la cual lo nombraron cacique de la tribu, su madre le puso el nombre “Cacique en el Cielo”.

### **83. RECIBIÓ UNA LLAMADA**

(Elijah McKay)

Alrededor del año 1960.

Elijah McKay era un joven indio en Manitoba, Canadá. Conoció al Señor Jesucristo y entregó todo su corazón y su vida a él, cuando tenía alrededor de veintidós años. Desde ese entonces su mayor deseo fue contarles a otros lo que había descubierto. No podía guardárselo para sí mismo. Todo se había hecho nuevo. Quería compartir estas buenas nuevas con otros para que ellos pudieran conocer al Salvador.

Elijah comenzó a capacitarse inmediatamente para cumplir la tarea de trabajar para Dios. Fue a la Escuela Bíblica por tres años. Después de graduarse lo mandaron a una reserva de indios para compartir las buenas nuevas allí. Elijah casi no podía esperar. Estaba listo para ir.

Pero comenzó a tener hemorragias nasales y fuertes dolores de cabeza. Cuando fue a un doctor, descubrieron que tenía tuberculosis. En vez de ir a la reserva, Elijah tuvo que ir al sanatorio para hacerse tratamiento.

Estaba devastado. Oró a Dios una y otra vez, -Sácame de aquí de alguna forma milagrosa para que pueda ir a la reserva y hacer tu voluntad allí. –

Pero Dios no hizo lo que Elijah le pidió. No hizo ningún milagro. Se tuvo que quedar en el hospital durante dieciocho meses. Cuando estuvo lo suficientemente recuperado para salir, fue a la escuela en Brandon para conseguir una mejor educación.

Como no habían podido ir a la reserva donde quería ir en primer lugar, Elijah se olvidó de su llamado al ministerio cristiano. Seguía creyendo en Cristo; seguía yendo a la iglesia, pero decidió que era mejor ganar algo de dinero y hacer un futuro para sí mismo.

Le fue muy bien. Consiguió un buen trabajo, se casó y tuvo hijos. Se hizo rico.

Todo estaba yendo muy bien cuando un día nuevamente tuvo una hemorragia nasal y dolores de cabeza. Otra vez tenía una mancha en sus pulmones. La tuberculosis había vuelto. Una vez más tuvo que ir al hospital. Su vida despreocupada se había acabado.

Ahora tenía mucho tiempo para pensar sobre su vida pasada y sobre el significado de todas las cosas. Se había dado cuenta de que él había desarrollado su propio plan sobre cómo iba a trabajar para Dios. No había dependido del Espíritu Santo. En vez de dejar que Dios le dijera que hacer, había estado intentando decirle a Dios lo que hacer.

Esta vez oró, Dios, muéstrame el camino. Si quieres que te sirva de una forma especial, entonces dímelo. Si me muestras dónde quieres que vaya, estaré encantado de ir. Si no es así, volveré a mi trabajo cuando mejore. –

Esa noche Elijah tuvo un sueño. ¡Se vio a sí mismo sentado como director del Centro Menonita Nativo Social llamado Tus Oportunidades Ilimitadas (TOI, en inglés Your Opportunities Unlimited –YOU-) en Winnipeg!

La gente nativa toma muy en serio sus sueños. Así como Dios hablaba a los hombres, mujeres y niños en los tiempos bíblicos, los indios creen profundamente que aún lo hace hoy en día. Pero Elijah se rió cuando se despertó. ¿Cómo se convertiría en el director de TOI? Había escuchado sobre el centro y sabía que no estaba capacitado para hacer las cosas que se hacían allí.

-Tendrás que ofrecerme algo mejor que eso, Dios, si quieres un trato conmigo, -oró Elijah McKay.

La noche siguiente tuvo exactamente el mismo sueño. Era el director del Centro Menonita Nativo Social.

Otra vez Elijah dijo, -De ninguna manera, Señor. Tienes que sacarme primeramente de este hospital. Estaré encantado de hacer tu voluntad e ir a donde quieras que vaya, pero sólo si sé realmente cuál es tu voluntad. –

En la tercera noche tuvo el mismo sueño.

A la mañana siguiente su esposa vino a verlo. Él le dijo, -Anoche conseguí un trabajo. Conseguí un trabajo. Sé lo que voy a hacer cuando deje el hospital. –

Elijah le explicó a qué se refería. Le contó cómo Dios le había hablado en sueño y le había dicho qué hacer.

Al principio su esposa no podía creer que hablara en serio, pero él le dijo, -Envía mi renuncia a la compañía donde trabajaba antes. No volveré allí cuando me recupere. –

Después de eso las cosas comenzaron a suceder. Pocos días después de su sueño, Jake Unrau del centro nativo Menonita vino verlo. Un amigo de Elijah que trabajaba en el centro también vino a verlo. Podía preguntarle cualquier cosa que quisiera sobre el centro.

Tan pronto como salió del hospital, fue al centro para averiguar sobre el trabajo que Dios le había mostrado en su sueño. Elijah estaba hablando en serio. Alrededor de seis meses más tarde estaba sentado detrás del escritorio como director del programa “Tus Oportunidades Ilimitadas (TOI)”, exactamente como se había visto a él mismo en el sueño.

## **84. UNA SORPRESA**

(Elijah McKay)

Alrededor del año 1950.

Un joven indio, Elijah McKay estaba hospitalizado en un sanatorio de tuberculosis en Manitoba. Era un cristiano y quería más que nada ir a las reservas de los indígenas para hablarle a su gente allí sobre las buenas nuevas de la salvación en Cristo. Pero no podía dejar el hospital. No podía entender cómo Dios permitiría que le pasara una cosa así cuando él estaba tan entusiasmado para servirle.

Había mucha gente nativa en el hospital. Elijah tenía mucho tiempo en sus manos, y entonces fue a ver a otros pacientes. Habló con ellos. Les habló sobre Cristo y sobre lo que había hecho por él, y organizó un grupo de estudio bíblico. Más y más indígenas vinieron al grupo.

Uno de esos indígenas era un hombre llamado Paul. Él estaba muy entusiasmado por estudiar la Biblia, y con el tiempo, a través del ministerio de Elijah, aceptó al Señor Jesucristo como su Salvador. Estaba eufórico con su nueva fe. Quería decirles a otros sobre Cristo. En ese entonces los doctores aún no tenían la medicina necesaria para curar la tuberculosis y Paul pensaba que estaría en el hospital por años. Pero fue curado en seis meses y regresó a su casa.

Sin embargo, Elijah se tuvo que quedar mucho más tiempo. Finalmente también él salió del hospital y volvió a trabajar lentamente, pero nunca volvió a oír de su amigo Paul.

Después de diez años, Elijah estaba haciendo trabajo voluntario en Ontario para el Comité Central Menonita con el Departamento de Asuntos de los Indígenas. Durante su trabajo fue enviado a varias reservas de indígenas.

Por lo general cuando llegaba a una reserva, se preguntaba, -¿A quién conozco aquí? – Un día mientras estaba pensando esto, algo le hizo recordar a Paul. Aunque no había tenido ningún tipo de contacto con él durante todos esos años, había oído que tal vez estaba en esa área.

-¿Conoces a Paul Kekika? –le preguntó a algunas personas.

-Sí, lo conocemos. –dijeron. –Vive allí, al otro lado del lago. –

Llamó a Paul inmediatamente. Paul estaba muy contento al escuchar su voz y lo invitó a que viniera a verlo.

En esa noche cuando Elijah fue al lugar donde vivía Paul, tuvo una gran sorpresa. Allí en esta región inhóspita se encontraba una pequeña iglesia llena de hombres, mujeres y niños reunidos para un culto de adoración. ¿Cómo podía ser eso?

Paul dijo, -Elijah, yo pude conocer a Cristo a través de ti cuando estuviste en el hospital. Este es el resultado. Mi hermano y yo estamos pastoreando a este grupo de gente y construimos nuestra propia iglesia. Todo esto sucedió porque me ayudaste. –

Elijah inclinó su cabeza maravillado por la majestad de Dios. En aquel entonces no lo había entendido, pero ahora, diez años después, podía reconocer, cuan maravillosamente Dios había usado su enfermedad para llevar las buenas nuevas a un grupo de personas que no las habían escuchado nunca antes.

## **85. EL DOCTOR LABRADOR**

(Wilfred Grenfell).

Entre los años 1865 y 1940.

A Wilfred Grenfell le llamaban frecuentemente el doctor de Labrador. Muchos años atrás salió de Inglaterra como un joven misionero y navegó cada verano con su barco hospital por la costa de Labrador, y en invierno viajaba en un trineo de perros. Había grandes necesidades entre la gente por doquier. Cuando el Doctor Grenfell llegaba, traía esperanza. La gente que vivía lejos traía a los enfermos a él.

Primero daba ayuda médica a aquellos que la necesitaban. Después, a la gente que se amontonaba alrededor, le enseñaba himnos del evangelio y les contaba la historia de Jesús. Siempre tenía comida y ropa con él, y la repartía entre los más pobres. Todo a lo largo de la costa el Doctor Grenfell era conocido y amado.

Un verano fue hacia el norte, más de lo que nunca había ido antes en su barco hospital. Llegó al canal Nachvak y navegó a través de la estrecha entrada entre rocas escarpadas. Fue más y más adentro del canal, siguió hasta que llegó a un pueblo de esquimales. El gerente de la Compañía Hudson Bay (Bahía Hudson),

George Ford, salió a su encuentro. Había oído del famoso Doctor Grenfell, pero también tenía un mensaje importante para él.

-Varios días atrás una pandilla de esquimales pasó por aquí, -le dijo. - Llevaban a un pequeño niño con ellos que estaba enfermo. He escuchado desde ese entonces que está muriendo en una carpa unas millas más arriba por el canal.

El Doctor partió de inmediato a buscar al niño. Él y sus ayudantes escalaron por los acantilados y se deslizaron por grandes rocas. Miraban y miraban, pero ¿cómo encontrarían una pequeña tienda de campaña que no era más grande que las piedras que yacían alrededor de a miles en estas montañas?

Después de dos días, parados en el alto pico de una montaña y usando binoculares, ¡la vieron! La carpa estaba ubicada entre las rocas cerca de una poderosa cascada. Escalaron rápido hacia allí. Cuando se asomaron a la tienda vieron a un niño, de unos once años, que yacía tapado bajo una piel vieja de ciervo, mirándolos con ojos grandes. Podían ver que estaba dolorido. Su nombre era Pomiuk.

El doctor lo examinó rápidamente. Vio que Pomiuk tenía llagas abiertas por una mala infección de cadera, que se había esparcido y lo había debilitado mucho. Su padre había sido asesinado y su madre lo había abandonado. Otra pareja de esquimales había intentado cuidar de él.

Cuidadosamente y con cariño, el Doctor Grenfell y sus ayudantes llevaron a Pomiuk al barco para llevarlo a un hospital. A bordo le lavó y le curó sus heridas. Le dio carne cruda de morsa que sabía que les encanta a los esquimales. Pomiuk perdió sus miedos y observó al buen doctor atentamente. Pronto comenzó a sonreír y a hablar. No llevó mucho tiempo para que se aprendiera los himnos que el Doctor Grenfell le enseñó. Yacía sobre su piel de ciervo en la cubierta y cantaba alegremente. Para cuando el barco llegó al hospital todos los que iban a bordo amaban a Pomiuk.

Había algo misterioso en Pomiuk, sin embargo. Cuando el Doctor Grenfell había sacado las ropas sucias de Pomiuk para bañarlo, encontró una bolsa de piel de ciervo colgando alrededor de su cuello. Cuando la abrió, encontró una carta de un Reverendo llamado Charles Carpenter de Boston y también su fotografía.

-¿Conoces a este hombre? -le preguntó el doctor señalando la fotografía.

-Sí, yo conocerlo -yo incluso amarlo, -dijo Pomiuk en las pocas palabras que sabía en inglés. Este pastor en Boston había conocido a Pomiuk cuando el pequeño niño esquimal había ido a la Feria Mundial en Chicago como parte de un grupo de esquimales, que habían traído como atracción y le dejó esa carta. Cuando el señor Carpenter se enteró de que después de que la feria había terminado el grupo de esquimales fue abandonado, sin ayuda para encontrar su camino de regreso a su hogar dos mil millas hacia el norte, se preocupó mucho por su pequeño amigo. Había intentado localizar a Pomiuk durante muchos años.

Cuando Pomiuk estuvo a salvo en el hospital, el Doctor Grenfell le escribió a Charles Carpenter y le dijo lo que había sucedido. -Aún está bastante enfermo, -escribió. -Debemos dejarlo en el hospital hasta el año que viene. Tal vez

entonces Dios mediante, podré llevarlo de vuelta al país del norte. ¿Podría orar por él? –

Sin duda que Charles Carpenter lo hizo, pero también hizo algo más. Como pastor era el responsable de una columna para niños en un periódico religioso llamado “Congregacionista”. Escribió la historia de Pomiuk en su “Rincón” para niños. Después agregó, -Recordemos a este pobre muchacho que se encuentra en la costa del sombrío Ártico Polar. Nos pertenece; cuidemos de él. –

Los niños que leyeron el periódico, respondieron al instante. Enviaron suficiente dinero para pagar la estadía de Pomiuk en el hospital. Ahora él tenía muchos amigos. No querían que tuviese frío o estuviera nuevamente solo.

El Doctor Grenfell tuvo que ir a Inglaterra durante el invierno. Cuando volvió a Labrador fue a visitar a Pomiuk lo más pronto que pudo.

Pomiuk lo recibió con una gran sonrisa. –Ahora soy Gabriel Pomiuk, -dijo. Unos misioneros de Moravia estaban trabajando allí también. Le habían enseñado las historias de Jesús, y entonces Pomiuk pidió ser bautizado para mostrar que era cristiano. En su bautismo le dieron el nombre nuevo Gabriel. –El Ángel de Consolación, porque con su sonrisa radiante y su alegría Pomiuk era de consuelo para todos en el hospital.

De repente, en el otoño, el Doctor Grenfell recibió un mensaje de una enfermera del hospital diciendo que Pomiuk había empeorado mucho. A pesar de que el año había avanzado y el hielo hacía difícil el paso del barco, el Doctor Grenfell navegó dos mil millas hacia el puerto “Índio” donde Pomiuk se encontraba hospitalizado. Lo cuidó lo mejor que pudo, pero pronto el niño esquimal falleció.

El Doctor Grenfell y todas las enfermeras estaban muy tristes. El hospital parecía desolado sin la risa de Pomiuk. Pero cuando salieron afuera el cielo estaba iluminado por las luces danzarinas del norte, les parecía que era una señal de la alegría que había en el cielo cuando Gabriel Pomiuk, el Ángel de Consolación, llegó a su morada celestial.

El Doctor Grenfell nunca se olvidó de Pomiuk. Cuando ya mayor, el doctor escribió su libro “Cuarenta Años por Labrador”, también contó la historia de Pomiuk y de todos los niños y niñas a lo largo de los Estados Unidos que habían sido sus amigos.

## **86. HOSPITALIDAD**

(Wilfred Grenfell)

Entre los años 1865 y 1940.

Wilfred Grenfell, el doctor de Labrador y misionero, ayudaba a todas las personas sin importar a qué religión pertenecían. Creía que eso era lo que haría Cristo. Le gustaba contar la siguiente historia sobre cómo lo ayudaron:

Una mañana fría en Labrador, el doctor iba camino a visitar a un paciente que vivía en un pueblo a varias millas. El doctor estaba viajando en su trineo, pero como la distancia era tanta, no pudo llegar en un día. Se detuvo en la choza de un pescador y le preguntó si podía pasar la noche ahí.

El pescador y su esposa lo recibieron con brazos abiertos. Le sirvieron chocolate caliente hecho con leche y azúcar. Le dieron su cama e hicieron todo lo posible para que se sintiera cómodo.

Cuando el Doctor Grenfell se levantó a la mañana siguiente, para su sorpresa encontró, que el dueño de casa ya se había ido. Como el doctor no estaba seguro de cómo llegar al pueblo donde vivía el paciente y que quedaba a catorce millas, y como la nieve era tanta, el pescador había salido temprano para despejar y marcar el camino hacia el próximo destino a donde tenía que ir el doctor. También había llevado leche y azúcar al dueño de la casa en la que Wilfred se hospedaría en ese pueblo. Sabía que la gente allí era tan pobre que no tenía leche ni azúcar para la cocoa y no quería que se avergonzaran. Él y su esposa tenían un poquito, que habían guardado para las visitas.

El doctor Grenfell siempre terminaba esta historia diciendo, -El hombre que caminó hasta el pueblo, catorce millas para despejar el camino para mí, era católico romano, el vecino al que le llevó leche y azúcar, era metodista, y yo soy un inglés episcopal. -

## **87. LA DEUDA ESTÁ PAGADA**

(David Toews)

Entre los años 1870 y 1947.

Cuando David Toews tenía diez años, vivió más aventuras de las que un niño podía soñar. Él y su familia dejaron su cómoda casa en Rusia para emigrar con un gran grupo de familias a Turkestán, en el centro de Asia.

Fue un viaje muy largo y también muy difícil. Lentamente el largo tren de carros logró pasar a través de las montañas altas, las ciudades y finalmente a través de los eternos desiertos de Turkestán. David y sus amigos solían correr descalzos al lado de los vagones. Cuando el tren se detenía, se recostaban debajo los carros para protegerse del sol ardiente.

Pero no todo era diversión. A veces no tenían comida. A veces no podían encontrar agua. A veces se encontraban en medio de tormentas terribles. La gente se enfermaba cada vez más. Muchos murieron. Un día, David también tuvo una fiebre muy alta cuando contrajo viruela.

Algunas de las cosas que experimentó eran tan terribles que nunca quería hablar de ellas. Sin embargo nunca las olvidó, y más adelante sirvieron para que pudiera entender a otras personas cuando estaban pasando por problemas.

La familia de David no se quedó en Turkestán. Decidieron ir a los Estados Unidos.

Finalmente, cuando David era ya un muchacho joven, se convirtió en profesor y se fue a Canadá. Allí le esperaba mucho trabajo. Fue ordenado como pastor y se convirtió en un líder fuerte dentro la iglesia menonita. Todo lo estaba preparando para un trabajo especial que haría algún día.

La Primera Guerra Mundial estaba en su apogeo en Europa. Finalmente hubo una revolución en Rusia. Los menonitas que se habían quedado allí estaban en muchos problemas. Muchos morían de hambre. Muchos fueron asesinados. Muchos habían perdido sus hogares. ¿A dónde debían ir?

David se acordaba de lo que se sentía al tener hambre, tener sed, estar enfermo y no tener un hogar. –Debemos ayudar a que nuestra gente menonita venga a Canadá, -dijo.

-Eso es imposible, -dijeron algunos de los otros líderes. –Esta gente en Rusia no tiene dinero para pagar el viaje. Costará miles y miles de dólares. No podemos recaudar tanto dinero en nuestras iglesias. No funcionará. –

Pero David Toews estaba determinado. Esa gente necesitaba salir de Rusia. Lo correcto era ayudarles.

La Compañía Pacífica Canadiense de Ferrocarriles estaba dispuesta a prestarles medio millón de dólares para traer a los nuevos inmigrantes a Canadá. David Toews confiaba en que su gente que estaba en Rusia y los que estaban en Norteamérica, juntos, podrían pagar la deuda.

Los otros líderes no pensaban lo mismo. Pensaban que era un riesgo demasiado grande. Pero David firmó el contrato personalmente, dio su palabra de honor de que la deuda sería pagada.

Los menonitas en Rusia esperaron con ansiedad. Finalmente llegó el día en el cual el primer grupo pudo irse a Canadá. Después otro grupo, y después otro y otro, hasta que eventualmente unos veinte mil pudieron reubicarse en Canadá. Se tuvo que pedir mucho más dinero a la compañía de ferrocarriles. La deuda se convirtió en dos millones de dólares.

¡Cuán felices estaban las personas, que ahora podían vivir en paz, que podían adorar a Dios, y que podían criar a sus hijos en la fe cristiana!

Todos comenzaron a trabajar duramente en su nuevo país.

Lo primero que hicieron muchos de ellos fue juntar centavo por centavo, dólar por dólar, para pagar la deuda de su viaje. No comprarían nada para ellos hasta que pudieran pagar el dinero que debían. Sabían que David había firmado el contrato de préstamo porque confiaba en ellos.

Muchos de los otros inmigrantes nuevos querían pagar la deuda también, pero pensaron en comprar algo de muebles primero, algunos implementos u otras cosas que necesitaran. La deuda podía esperar. David tuvo más y más dolores de cabeza. El dinero no estaba entrando como debía hacerlo, aun así tenía que hacer los pagos pactados a la compañía de ferrocarriles.

Después había muchos inmigrantes nuevos que ni tenían la intención de pagar la deuda del viaje. Pronto se olvidaron cuanto habían sufrido con sus hijos. Estaban ganando dinero y no lo iban a soltar. Decían, -La compañía de

ferrocarriles tiene suficiente dinero. –Esto le producía mucha tristeza a David. Había confiado en que su gente era honesta.

Pasaron muchos años. David Toews ya era un anciano. Él y los otros líderes de la iglesia aún estaban intentando reunir el dinero que quedaba por pagar. Cada vez se hacía más difícil porque había una crisis económica y las cosechas eran malas. Muchos de los inmigrantes no tenían dinero. Algunos ya habían muerto. ¿Se terminaría de pagar la deuda alguna vez? David estaba cansado.

Pero la iglesia es un cuerpo de creyentes. Trabajaron juntos y se ayudaron unos a otros. Cuando una parte del cuerpo sufre, todo el cuerpo sufre. Toda la iglesia menonita sufría por la deuda. Entonces todos juntos, en Estados Unidos y Canadá, unieron fuerzas y en noviembre de 1946 todo el dinero fue finalmente pagado.

Uno de los líderes de la iglesia, lleno de felicidad fue a ver a David. –La deuda está pagada, -le dijo. David Toews ya era un hombre muy anciano. Ya no podía oír muy bien. No entendía. No entendía.

-¡La deuda está pagada! –dijo más fuerte su amigo.

David sacudió su cabeza. No podía creerlo.

Pero cuando finalmente se dio cuenta que sin duda era verdad, inclinó su cabeza y lloró. Eran lágrimas de alegría y gratitud. Su carga se había ido. Varios meses después falleció.

## **88. ¿CÓMO PUEDO AYUDAR?**

Alrededor del año 1940

Una pequeña congregación en Canadá tenía un problema. Un miembro de la congregación acababa de fallecer, el señor Dyck. Su esposa, ahora viuda, estaba muy mal del corazón. ¿A dónde debía ir?

Los Dyck habían venido de Europa recientemente. Habían logrado comprar una casa pequeña, pero estaba tan lejos de donde vivían los otros miembros de la congregación, que era difícil ayudar a la señora Dyck y ella necesitaba ayuda. Ella no tenía dinero para comprar otra parcela.

El pastor y los miembros de la congregación se reunieron para ver qué podían hacer.

-La señora Dyck no se puede quedar donde está, -dijo un miembro.

-No, -dijeron todos, -no se puede quedar sola. –

-No tiene hijos ni parientes que puedan acogerla. Tenemos que encontrar una forma de ayudarla, -dijo otro.

Todos asintieron con sus cabezas. Querían ayudar, pero ¿cómo? Todas las personas de la congregación eran pioneros en esa área. Todos estaban luchando para ganarse la vida. Nadie tenía dinero. Nadie tenía una casa lo suficientemente grande para acoger a otra persona.

Finalmente todos inclinaron sus rostros y oraron. –Padre, muéstranos cómo podemos ayudar. Danos los pensamientos correctos, para que podamos encontrar una forma. –

Después se sentaron y pensaron.

Al final alguien dijo, -Saben, tal vez ella se podría quedar en su casa pequeñita, si la casa no estuviera tan lejos de nosotros. –

-Tal vez podemos moverla, -pensó alguien en voz alta.

-¿Pero a dónde podemos moverla? –preguntó otro. –Las parcelas son muy caras y la parcela donde se encuentra la casa ahora no ha sido pagada aun. –

Todos quedaron en silencio.

De repente alguien dijo, -La única parcela que nos pertenece a todos es la parcela en la cual se encuentra la iglesia. ¿Por qué no movemos la casa a la esquina de la parcela donde se encuentra la iglesia? -

-Yo podría ver cómo ella está todos los días, -dijo una mujer que vivía al otro lado de la calle, -y hacerle lo mandados. –

-Si pusiéramos una luz en la puerta de su casa, podríamos verla desde la nuestra si ella la prende para pedir ayuda, -dijo el pastor.

El problema estaba resuelto. La señora Dyck estaba encantada cuando escuchó del plan. Los hombres de la congregación movieron la casita al patio de la iglesia. Pusieron una cuerda cerca de su cama para que pudiera prender la luz especial si necesitaba ayuda.

La señora Dyck vivió en el patio de la iglesia felizmente durante muchos años, en el medio de la congregación. La amaban y cuidaban de ella. Recibía a cualquiera que llegaba a verla y en su sabiduría contribuía mucho a la vida de la congregación. Cuando murió ese pequeño lugar en el patio de la iglesia parecía vacío.

## **89. SU DON**

Alrededor del año 1980.

Katie Peters siempre fue un poco tímida. Cuando otros niños hablaban fuerte y con seguridad, no podía pensar en una sola palabra que decir. Cuando los niños reían bulliciosamente, ella sólo sonreía. Cuando organizaban un juego rápidamente, ella se escondía en una esquina. Tenía miedo de no saber qué hacer.

Nadie le prestaba mucha atención a Katie. Era tan callada que las personas apenas la notaban. Si pensaban en ello, estaban convencidos de que Katie no podía hacer nada.

Pasaron los años. Katie se convirtió en una joven. Después se hizo aun mayor y mayor. Una enfermedad la dejó lisiada. Aún era tímida, y parecía que nunca hacía nada. Iba a la iglesia regularmente y también iba a la Círculo Misionero de costura de las Mujeres. Pero eso era todo lo que se sabía de ella.

Un día, la iglesia a la que iba Katie, junto con otras iglesias cercanas, decidieron organizar una venta económica para poder enviar más dinero al Comité Central Menonita y ayudar a la gente con hambre y sin hogar alrededor del mundo. El Círculo Misionero de Costura de Mujeres hizo una colcha para vender. Cosieron por semanas.

Finalmente llegó el día. Todos trajeron cosas que habían hecho para la venta. Había cosas horneadas, hermosos artículos hechos de madera, y muchos artículos hechos por el círculo de costura de mujeres.

La gente que venía a comprar, iba de lugar en lugar viendo las cosas antes de que empezara la subasta. Miraron los panes y los pasteles, miraban los cofres y sillas de madera, y miraron a todas las colchas. Pero siempre se detenían a ver una colcha en particular. ¡Tenía un diseño tan hermoso, artístico y complejo!

-¿Quién hizo esta colcha? –se preguntaban maravillados.

Las mujeres paradas cerca de la colcha sonreían. –Está diseñada por Katie Peters, -dijeron.

No la encontraban por ningún lado. Pero desde ese entonces la gente supo que Katie Peters tenía un don. Y Katie había encontrado un lugar, donde podía poner en práctica su don al servicio de Dios y del resto de la humanidad.

## **90. ESTUVE EN LA CÁRCEL**

Alrededor del año 1975.

Bob Hudson era un gran muchacho. Le caía bien a todo el mundo. Era muy divertido estar con él y era muy amistoso.

Pero tenía una gran debilidad. Tomaba mucho. No podía ayudarse a sí mismo. Era como si estuviera atado con cadenas. Y cuando tomaba, no sabía lo que hacía.

Su esposa, Ethel, también comenzó a tomar. Pronto ninguno de los dos sabía lo que hacía.

Una noche Bob y Ethel llegaron a su casa ebrios. Comenzaron a discutir por una tontería que no tenía mucha importancia, pero como habían estado tomando, lo convirtieron en una gran cosa. Bob sacó un arma que tenía en su bolsillo. Ethel lo agarró y él la aguantó. Lucharon y el arma disparó a Ethel y la mató.

Ahora Bob estaba en prisión. Hacía tiempo que estaba sobrio. Oh, ¡cómo deseaba nunca haber empezado a tomar! Amaba a su esposa. Y ahora le había disparado. Sus amigos habían desaparecido. Sus parientes vivían lejos. Completamente solo sentado en prisión día tras día.

Nadie venía a visitar a Bob Hudson. No tenía a nadie. Durante los días de visita venían amigos y familiares a visitar a muchos de los otros prisioneros. Pero no a Bob. Nunca llamaban su nombre. Le parecía que estaba solo en un mundo grande y feo que no tenía sentido.

Un año pasó como una gran sobra. Después otro año y otro. Bob ya no se sentía como un humano, a nadie le importaba.

Una tarde de domingo en primavera, los visitantes estaban entrando al complejo de la prisión. Iban llamando los nombres. Bob no prestó atención. Sólo se sentó en su celda. Ni siquiera vio el rayo de sol asomándose por la ventana. También eso parecía ser parte de otro mundo que había perdido para siempre.

Pero en esta tarde de domingo, de repente el guardia llamó, -¡Bob Hudson! Tienes visitas. -

Bob levantó su cabeza. Pero la dejó caer de nuevo. No podía ser. Nunca tenía visitas. Seguramente solo era su imaginación.

Pero devuelta se oyó por el altoparlante, -¡Bob Hudson, tienes visitas! –

Lentamente se levantó. Estaba confundido. ¿Quién habría venido a visitarlo?

Pero era verdad. Pronto estaba sentado frente a una pareja de ancianos que dijeron que querían ser sus amigos. Bob no podía entender de qué se trataba. Y cuando se fueron pensó que probablemente no los volvería a ver.

Pero estaba equivocado. El hombre y su esposa, con sus amigables ojos y cálidos apretones de mano volvieron al domingo siguiente.

Finalmente Bob les preguntó, -¿Qué ganan ustedes con esto? ¿Por qué lo hacen? ¿Por qué me vienen a visitar? –

-Bueno, -dijo el hombre, -oímos que había un hombre que no había tenido visitas por mucho tiempo. Hemos venido para ser tus amigos. –

Aún no tenía sentido para Bob, pero empezó a entusiasmarse con las visitas semanales de sus nuevos amigos. De alguna forma la semana no se hacía tan larga cuando sabía que algo bueno sucedería el domingo. De alguna forma las pequeñas indignaciones de la rutina en la prisión no eran tan difíciles de sobrellevar cuando sabía que podía contarle a sus amigos sobre ello. Y siempre la parejita de ancianos le traía nuevas del mundo exterior.

Bob nuevamente comenzó a tomarle interés a la vida. Apreciaba el rayo de sol que entraba por su ventana. Oía a los pájaros cantar. Disfrutaba caminar por el patio de la prisión. Pensaba en su hogar, sus padres, sus hermanos y hermanas de nuevo. ¡Qué hogar tan adorable tenían!

Se acordaba de que iba a la escuela dominical cuando era un niño. Lentamente se acordó de algunas cosas que estaban en la Biblia. De pronto comenzó a sonreír. Se había acordado de algo que le hacía pensar en la amistosa pareja de ancianos que venía a verlo. Era el versículo en Mateo 25:36: “Estaba en prisión y tú me visitaste.”

Reflexionaba sobre ese versículo. –Le preguntaré a mis amigos sobre esto. – se dijo a sí mismo.

## **91. JAMIE**

Alrededor del año 1975.

Jamie escuchó el sonido de la lluvia sobre el techo toda la noche. No sólo eso, sino que escuchó los enormes truenos y sus agudos y crujientes estruendos. Los rayos zigzagueaban por el cielo e iluminaban su pequeña habitación. Tenía mucho miedo. No podía levantarse rápido porque la parálisis cerebral había dejado a sus piernas lesionadas.

-¡Madre! –llamó.

Justo cuando otro relámpago inundó la habitación con luz, vio a su madre entrar por la puerta.

-Está lloviendo muy fuerte, -dijo, y se sentó en su cama. -Sólo espero que el río no se desborde. -

Jamie se estremeció. - ¿Y qué pasará si eso sucede? -preguntó. -¿El agua llegará a nuestra casa? -

-No lo creo, -dijo su madre. -Nuestra casa está más arriba. Pero la gente que vive en la otra cuadra tal vez tenga que salir de su casa. -

A la mañana siguiente, Jamie y su madre escucharon en la radio que el agua del río estaba creciendo cada vez más y más.

Cuando su madre lo llevó a la escuela camino a su trabajo, el agua ya había cubierto parte de la cuadra siguiente.

En la noche Jamie y su madre se pararon a la orilla del agua y vieron botes sacando gente de sus casas. Había abuelos y abuelas. Había niños y niñas que Jamie conocía. Estaban aterrorizados.

-¿A dónde irán? -preguntó.

-Los van a llevar a una iglesia grande más arriba, -dijo su madre. -La Cruz Roja les dará algo de comida y decidirán donde podrán dormir hasta que puedan regresar a sus hogares. -

-Pero sus casas están llenas de agua, -dijo llorando Jamie.

-Sí, lo sé, -dijo su madre. -Va a ser terrible para limpiar todo el barro. Lo siento mucho por ellos. Desearía poder ayudarlos, pero tengo que ir a trabajar.-

-Desearía poder ayudar, -pensó Jamie al mirar sus inútiles piernas en los reposapiés de su silla de ruedas.

Después de varios días, el agua bajó, pero la calle que se había inundado estaba llena de barro y había un olor espantoso. Jamie vio a la anciana señora Thompson que siempre le sonreía, parada frente a su casa llorando. Él sabía que ella no tenía la fuerza para limpiarla.

Esa noche él y su madre escucharon por la radio que gente de una organización llamada Servicio Menonita en Situación de Desastres (Mennonite Disaster Service) había venido de lejos a su ciudad para ayudar a las personas que se les había inundado la casa. Sacaban el barro con palas y ayudaban a las personas a arreglar las casas. El reportero dijo que les había preguntado por qué habían venido, y un hombre le había dicho, -Vinimos porque queremos ayudarles. Ayudamos porque es lo que Jesús quería que hiciéramos. -

Y efectivamente, a la mañana siguiente, que era sábado, Jamie vio un grupo de hombres y mujeres, e incluso algunos niños con palas, escobas y baldes, salir de una gran camioneta y subir por la calle. Él observaba. ¿Irían a la casa de la señora Thompson? Sí, vio a dos hombres entrar a su casa y comenzar a sacar los muebles que estaban mojados.

Jamie estaba emocionado. Él amaba a Jesús también. ¿Pero qué podía hacer?

Más tarde vio a sus amigos Benny, John, Sara y Margaret pasar corriendo por su casa. Pronto pusieron una gran caja en la esquina bajo un árbol. -¿Qué están haciendo? -preguntó Jamie cuando su amigo Sammy pasó corriendo.

-Vamos a vender limonada para ayudar a los menonitas, gritó Sammy.

-¡Llévame a mí también! ¡Llévame a mí también! –gritó.

Sammy se detuvo. Miró a Jamie y le dijo, -Ok, puedes revolver la limonada. –

Con Sammy empujando la silla de ruedas, Jamie fue volando por la calle. Y al instante estaba revolviendo el azúcar en la gran jarra de limonada. Se reía. Estaba contento de poder ayudar.

La gente pasaba y leía el cartel. –Limonada a la venta – a 5 centavos el vaso. Las ganancias irán al Servicio Menonita en Situación de Desastres. –Los hombres y mujeres sonreían. Los niños se detenían para mirar el cartel y hacer preguntas. Muchos compraron limonada.

Al final del día los niños tenían un dólar. Cuando le restaron el costo de la limonada, tenían setenta y cuatro centavos. Sammy puso el dinero en un sobre y puso un pedazo de papel en el puesto de limonada. Escribió, -Queremos dar este dinero al Servicio Menonita en Situación de Desastre. –Después Benny, John, Sara, Margaret y Sammy escribieron sus nombres. Jamie no podía escribir, pero Sammy escribió en la parte inferior de la hoja, -Jamie Smith también ayudó –

Después todos llevaron el sobre a uno de los hombres de la organización. – Gracias, -dijo y sonrió. –Esta es una verdadera ayuda para pagar los gastos de venir hasta aquí. –

Jamie sonreía. Él les había ayudado a venir y ayudar a la señora Thompson. Ella podía vivir en su casa de nuevo.

## **92. LE DEBES ALGO AL MUNDO**

Alrededor de 1980.

Margaret intentaba ayudar a los maestros de escuela dominical. Un día el pastor de la iglesia Plainview la llamó y le pidió que fuera a su iglesia para dirigir un taller el jueves a las siete y media en la nochecita.

Margaret preparó todo. Puso sus libros, notas y los demás materiales en su maletín. Cenó rápidamente y subió a su auto a las seis. Plainview quedaba a unas treinta millas y quería asegurarse de llegar a la iglesia con tiempo para aprontar todo para el taller.

Al principio todo salió bien. Su auto viejo hacía un sonido agradable, como siempre lo hacía, y Margaret iba pensando sobre qué le diría a los maestros.

Pero, ¿qué era eso? Su auto desaceleró y se detuvo. El motor se había calentado. -¡El taller! –pensaba Margaret. -¿Cómo haré para llegar al taller? –

Estaba a kilómetros de cualquier lugar, en un tramo solitario de una carretera. Pero su auto apenas se acababa de detener cuando Margaret vio por el espejo retrovisor que detrás venía un camión.

Sin pensarlo extendió su mano por de la ventana.

El pequeño camión pasó al lado traqueteando y se detuvo. Un joven muchacho se bajó. Vino hacia ella y dijo, -¿Cuál es el problema? –

Margaret no lo sabía.

El muchacho levantó el capó y examinó el motor. Sacudió su cabeza. –Voy a remolcar tu auto hasta el lado de la carretera. Alguien tendrá que venir a arreglarlo. –

Después de que hizo eso, fue hacia Margaret y le dijo, -¿A dónde ibas? –

-Iba hacia Plainview para dirigir un taller sobre escuela dominical, -dijo ella. –Se supone que ya debería estar ahí. –

-Bueno, -dijo el hombre, -estaría encantado de llevarla hasta allí, si no le molesta ir con mis peces dorados. -

Agradecida, Margaret agarró sus pertenencias, salió de su auto y se subió al pequeño camión. Efectivamente, había un gran contenedor de algo. – Ahí deben estar los peces dorados, -pensó.

Al rato estaban yendo en el camión que traqueteaba en la carretera. El hombre estaba callado.

Finalmente Margaret dijo, -Realmente me gustaría saber quién es mi buen samaritano. –

-No se lo diré. –dijo el hombre mirando hacia el frente. –De esa forma no me deberás nada a mí, sino que le deberás algo al mundo. ¡Pasa el bien a otro! -

Margaret pensó un rato sobre eso. Después dijo, -Sabes, de no ser por ti, los maestros de escuela dominical no tendrían su taller. –

-Entonces ellos también le deben algo al mundo, -recalcó el hombre, sonriendo un poco. –Espero que también ellos pasen el bien a otros. –

Margaret nunca supo, qué era lo que haría el hombre con esos peces dorados que chapoteaban en el agua en el contenedor que tenía a sus pies. El hombre sólo dijo que le gustaban.

Cuando llegaron a la iglesia, el hombre preguntó, -¿Alguien te llevará de regreso? –

Margaret le agradeció y le aseguró que habría alguien allí, que se encargaría de ella. Después entró a la iglesia y él se fue.

Como una introducción del taller Margaret les contó a los maestros su experiencia del buen Samaritano moderno, que había hecho posible que ella llegara. –Todos le debemos algo al mundo, -dijo, -hay que pasar el bien a otros-

# CONCLUSIÓN

## 93. LA LUZ HA LLEGADO

Hace mucho, mucho tiempo atrás, antes de que Jesús regresara a su Padre celestial, le dijo a sus discípulos de ir al mundo y hablarles a todos de él, para llevarles las buenas nuevas de que Dios los ama y que desea perdonarles sus pecados. Les dijo que le enseñaran a la gente todo lo que él les había mandado acerca del camino del amor. También les aseguró que les enviaría el Espíritu Santo para que les diera fuerza y coraje para seguir sus mandatos.

Jesús cumplió su promesa. Envío al Espíritu Santo. Y después todos los discípulos salieron como Jesús les había pedido que hicieran. Les contaron a todos con gran alegría, que Jesús estaba vivo, que los amaba, y que deseaba perdonarles sus pecados.

Los discípulos comenzaron en la ciudad de Jerusalén. Fueron por los pequeños pueblos de Judea, se dispersaron por Samaria y después se fueron más y más lejos por el mundo.

El apóstol Tomás fue a la India. Juan Marcos fue a Egipto. Pablo, el gran misionero, llegó hasta Grecia e Italia, y algunos piensan que llegó a ir a España.

En todos los lugares que fueron, muchos aceptaron las buenas nuevas y se convirtieron en seguidores de Jesucristo. Ellos no podían retener las buenas nuevas para sí mismos. Querían ayudar a otros, así como ellos también habían recibido ayuda. Querían que otros tuvieran la alegría y la paz que ellos experimentaron.

Las buenas nuevas se esparcieron más y más lejos. Patrick las llevó a Irlanda. Columba fue de Irlanda a Escocia. Agustín llevó las buenas nuevas a Inglaterra. Bonifacio dejó Inglaterra y se fue hasta Alemania.

Cuando la luz de las buenas nuevas entró en el corazón de las personas, por toda Europa pequeños puntos brillantes se encendieron en medio de la oscuridad de la superstición y del miedo,

Llegó el tiempo en que muchos misioneros fueron por todo el mundo para esparcir las buenas nuevas a gente en India, China, el Sureste Asiático, Japón, África. Las buenas nuevas llegaron a Sudamérica y Norteamérica. La gente de allí les contó a otros y también fueron a otros países lejanos. Aparecieron más y más puntos brillantes en el mundo.

Pero estos puntos brillantes no crecieron todos de igual forma. En algunos casos pasó mucho tiempo hasta que se vio otro punto en la oscuridad.

Aunque las buenas nuevas llegaron a todos los países, aún había muchas, pero muchas personas que no las creyeron o no tuvieron la oportunidad de escucharlas. Aún había mucha oscuridad por todos lados.

La gente que intentó seguir el camino de Cristo, el camino de amor y paz muchas veces fue perseguida. Muchos de ellos murieron por su fe. Pero Jesús les dio fuerza y alegría. Jesús siempre estuvo con ellos como había prometido.

Jesús dijo una vez que las personas vendrían del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarían a la mesa en el Reino de Dios. Jesús siempre

mantuvo su promesa. Algún día todas personas de todas las culturas, razas y naciones alabarán a Dios juntos y se regocijarán en el amor de Cristo, su Salvador.